El Bosque De Lerian

Cristina Leyva Limonchi

Image not found.

Capítulo 1

Introducción

Hace mucho tiempo, en un lugar llamado Lerian, vivía un dragón azul, (Dorgan era su nombre), que cuidaba, amaba y protegía de todo mal todo cuanto había en el bosque en el que vivía, incluida a su gente, la cual lo apreciaba desde el fondo de su corazón. Él custodiaba una flor, llamada la flor de la vida, y quien la tomase sería inmortal.

Un día, un elfo llamado Darlos, entró en la guarida del dragón cuando él se encontraba ausente, y con sus malvadas intenciones, encontró la flor después de haber evitado varias trampas que impedían llegar hasta ella.

La suerte estuvo de su lado cuando entró en la cueva, pero entonces, teniendo la salida a unos metros frente a él, iluminada por el sol del atardecer, llegó Dorgan y lo sorprendió con la flor en la mano, intentando escapar. El elfo, sorprendido, mientras se la guardaba en un bolsillo con cuidado, dio dos pasos atrás lentamente e intentó desenvainar la espada, pero nada más poner la mano en la empuñadura, el imponente dragón, con furia, se alzó sobre sus dos patas traseras y le asestó un zarpazo en el hombro izquierdo, dejando caer su cuerpo pesadamente, haciendo estremecer la cueva, levantando polvo y dejando caer pequeñas piedras del techo; el elfo cayó al suelo, dolorido, con la sangre que brotaba de su herida, resbalando lentamente por su delgado brazo.

Éste, apretando los dientes, aguantó su dolor y se levantó lo más rápido que pudo, tambaleándose un poco, y alzando su espada, le cortó dos de las garras de su pata delantera derecha. El dragón comenzó a sangrar, pero no se inmutó, y empezó a escupir fuego con una ira tremenda, pero el elfo se escondió tras una pared y, cuando Dorgan detuvo la llama, Darlos salió en su busca y, con un golpe muy certero, su espada afilada atravesó el corazón del dragón.

Dorgan cayó y el elfo huyó de la cueva con mucha prisa, para que nadie descubriese lo que había hecho, (aunque desde las sombras alguien lo observó todo, siendo el único testigo presente). Y desde ese instante, una maldición cayó sobre el bosque: las flores ya no crecerían, las cosechas no darían sus frutos, y el bosque quedaría estéril para toda la

eternidad, además de desprotegido frente a sus enemigos.

Tres días después del incidente, el elfo preparó la flor y la ingirió. Tras ello, abandonó su casa para dirigirse a otra, lejos de la civilización, lejos de que descubrieran su secreto, dejando casi todas sus pertenencias atrás.

Capítulo 2

1. Tommy y Billy

Lerian era un pequeño país que estaba constituido mayormente por su bosque, y mínimamente por tierras ricas en vegetación, que lo rodeaban, y que, en total, no medían ni la mitad de él.

Nadie habitaba esas tierras, todos vivían en el interior del bosque, tanto hombres, como elfos, monstruos y seres inimaginables que se encontraban por todas partes.

Este bosque tenía varios reinos, y cada uno de ellos poseía sus propias tierras y gobernaban en ellas en paz, debido a que todos ellos se llevaban bien y no discutían por nada. Si surgía algún problema que los concerniese a todos, o alguno pedía ayuda a otro por algún motivo, los consejeros de los reyes, bajo sus órdenes, o ellos mismos, si el asunto solo lo podían solventar ellos, se reunían en una fortaleza, que era parte de todos, para resolver los problemas, utilizándose solo para ello.

Después de un tiempo de lo ocurrido con Darlos, unos muchachos de veinte años, llamados Tommy Con, (alto, de pelo rubio y largo hasta los hombros, y de ojos azules), y Billy Zontés, (también alto, de pelo negro y largo como su compañero, con ojos color miel), desde Tharia, su tierra natal, embaucados por aquella historia tan fascinante, fueron en busca de la verdad de la historia del dragón y el elfo a este bosque, para averiguar más sobre ella, y a ser posible, poder ayudar al elfo que, según una de las leyendas, se había arrepentido de esos actos del pasado.

Estaban en la linde del bosque, al atardecer, dispuestos a entrar en él para dirigirse hacia el oeste, cuando avistaron una delgada figura elegante, no muy lejos de ellos, con la mirada perdida hacia el este, que daba a espaldas de ellos.

Tenía el cabello largo, negro como el azabache, que iba a la par del viento, llevándolo a su antojo, y ojos azules que, si los mirabas fijamente, parecía que el cielo moraba en ellos; sus orejas picudas, asomaban entre finos hilos de su bruna melena. Era alto y muy apuesto, con finos rasgos y piel clara, e iba vestido con una larga camisa de color verde oscuro y pantalones ajustados de un verde más claro.

Cuando él se dio cuenta de su presencia, mientras ellos lo observaban, maravillados ante tanta belleza, se acercó, y, cuando lo tenían encima,

comprendieron que era un elfo.

Frunciendo el ceño, les preguntó, extrañado:

— ¿Quiénes sois, viajeros?

—Somos Tommy y Billy, de Tharia, de muy al este —contestó Tommy amablemente—, y venimos en busca del elfo que tomó la flor de la vida. Aunque no sabemos si su historia es cierta.

—Me extraña que dos humanos vengan a buscar a ese elfo, además de que ningún forastero se ha adentrado en este bosque desde hace incontables años atrás —dijo, sin afirmar o negar lo último que él había dicho.

—Sé que puede sonar brusco, pero es que nos gustaría preguntarle por su historia; nos encantaría poder ayudarlo. Y viendo que no ha negado nada,

¿puedo creer que esto es realmente cierto? —dijo Billy, adelantándose antes de que hablara Tommy.

Él pensó un momento.

—La historia es cierta, pero..., ¿no es ninguna trampa? No es que a mí me incumba, pero eso de que vengáis desde tan lejos para ayudar a un elfo al que ni siquiera conocéis, me extraña.

—No, por supuesto que no es ninguna tram... —cortó Billy. Acababa de darse cuenta de lo que ocurría; con mirada inquisitiva, le preguntó —: No me diga que usted le conoce. ¿Estoy equivocado? —lo miró a los ojos, algo sonriente.

Él dudó un segundo.

—Está bien —suspiró, algo disgustado—. Es cierto que le conozco —bajó la voz—. ¿Podemos discutir esto en otro lado y aclaramos las cosas mejor? Por favor —preguntó, suplicando con la mirada.

—Tommy, ¿tú qué opinas? —se volvió Billy hacia él, que se encontraba a su lado.

— ¿Crees que podemos fiarnos de esta persona, así como así? —preguntó, algo molesto—. Yo no quiero ir con ningún desconocido. No sabemos qué puede sucedernos.

—Eso es cierto. ¿Por qué fiarnos de usted? —le preguntó Billy,

volviendo a poner la mirada sobre el elfo.

—Sé que es precipitado, pero no quiero hablar de esto aquí, así que solo fiaros de mí. No haré nada malo, lo juro —respondió. Sus ojos seguían mostrando súplica.

Billy suspiró y le dijo a Tommy:

—Creo que podemos fiarnos.

—Pero Billy, ¿tú oyes tus propias palabras? No podemos fiarnos por las buenas —replicó.

—Pues si quieres ayudar a Darlos, tenemos que creer en él. Y si dice la verdad y conoce a Darlos, ¿entonces, por dónde buscaremos?

Tommy abrió la boca para hablar, pero la cerró nuevamente, sin saber qué decir.

El elfo, harto de escucharlos, se quitó la camisa. Ellos dejaron de discutir y observaron su comportamiento, extrañados.

—Mirad aquí —señaló su hombro izquierdo con el dedo índice. Tenía la cicatriz de unas grandes garras marcadas en él.

Ellos se acercaron y se sorprendieron por lo que estaban viendo; los dos tenían la boca abierta.

—A juzgar por vuestra reacción, parece que conocéis esta parte de la historia y que ya me creéis, ¿no es cierto? —sonrió.

—Entonces, tú eres... —quiso decir Tommy, pero él lo calló, interrumpiéndolo.

—Por favor, aquí no. Aunque estamos solos, no es seguro —dijo él, preocupado.

—Lo siento. Guardaré silencio —dijo Tommy, con su enfado ya olvidado.

— ¿Querréis acompañarme ahora? —preguntó con una sonrisa.

Ellos dos asintieron con la cabeza.

Sin decir más, entraron dentro del viejo bosque por el este, pero lo curioso, es que el paisaje no se mostraba como decían las leyendas; estaba verde y sano allá por donde miraban. Y caminando recto, (aunque a veces con pequeños rodeos, debido a los árboles que se plantaban en su

camino como viejas estatuas inertes), encontrándose a su paso, piedras, tierra y una hermosa vegetación, anduvieron más de una hora larga hacia el oeste, hasta que llegaron a la morada del elfo.

Ante ellos se encontraba un pequeño claro que terminaba a mitad de la casa; era de planta baja, con casi cuatro metros de altura; la madera tenía un color grisáceo y la hiedra que trepaba por ella, rodeando las ventanas, le daba un color agradable a esta.

Pasaron dentro y percibieron un olor a madera recién cortada, y eso agradó mucho a Billy y Tommy.

El pasillo era largo y ancho, y a su izquierda había dos habitaciones, al igual que a la derecha. Y al fondo, muy cerca de la esquina izquierda, se encontraba el salón, (y la cocina dentro de él), y doblando la esquina del pasillo, a la derecha, estaba el baño.

El elfo los hizo pasar al salón y les ofreció zumo de arándanos, que aceptaron con gratitud; y después de servirles en la mesa unos pastelillos de carne, se sentó con ellos.

—Bueno, primero, os agradezco el voto de confianza hacia mí. Ahora podemos hablar libremente.

Tommy fue quien comenzó.

—Sentimos mucho el alboroto de antes. Acabamos de llegar y no podemos fiarnos de cualquiera.

—Lo entiendo —asintió varias veces con la cabeza—. Y también entiendo que sois muy tozudos vosotros dos, por lo que veo —dijo, soltando algunas carcajadas, recordando su discusión.

Ellos mostraron grandes sonrisas, aunque estaban algo avergonzados por su comportamiento.

— ¿Por qué usted sí ha confiado en nosotros rápidamente? —preguntó Billy.

—Primero, por favor, llamadme de tú a tú. Y respecto a tu pregunta, me he dado cuenta de que vuestro corazón no alberga ninguna maldad. Además, un presentimiento me decía que debía fiarme de vosotros.

Ellos comprendieron.

—Todavía no entiendo cómo habéis venido de tan lejos solo para ayudar a un desconocido, y mucho menos sin saber si era alguien cruel o

no.

—Algunas leyendas decían que tú eras malvado y que tramabas algo malo contra la gente allá dónde estuvieras; pero yo nunca creí eso. Pensaba: ¿tanto tiempo se tomaría para ello? —dijo Billy, muy seguro de sí mismo.

A Darlos se le hizo un nudo en la garganta, conmovido por su respuesta.

—Aquí todavía hablan mal de mí, aun sin saber si sigo vivo —suspiró, algo triste—. Gracias por creer en mí ciegamente —inclinó la cabeza levemente.

—No debes dármelas —sonrió él—. También había gente diciendo cosas buenas, como que tú estás arrepentido de lo que hiciste y quieres enmendarlo todo.

—Me pregunto cómo habrá llegado eso hasta tan lejos, porque aquí todo el mundo me odia, y con razón; y tampoco saben de mí... —dijo, pensativo.

—No creo que importe mucho; lo importante es que es cierto y que no todo el mundo parece odiarte, puesto que alguien habrá descubierto tu verdad de una manera u otra y la habrá hecho llegar lejos de algún modo.

Darlos sonrió para sí mismo, como sabiendo quién habría podido ser; pero no dijo nada.

— ¿Y cómo comenzó vuestro viaje? —preguntó él, muy curioso.

Tommy habló esta vez:

—Nosotros escuchamos varias historias de algunas personas extranjeras sobre ti, principalmente hablando bien; comerciantes que hablaban entre ellos, para ser más exacto. Nos dio curiosidad saber más sobre eso, así que les preguntamos, y un anciano que pasaba por allí y escuchó todo atentamente, se acercó a nosotros y nos sonrió. Nos dijo que toda leyenda tiene una verdad, y que a veces hay que salir de los límites para conocer más sobre lo que se desea. Al principio no le dimos vueltas a esas palabras, pero al pasar los días, una chispa de querer salir al mundo exterior, de querer saber más y poder ser de ayuda, incendió nuestro corazón, inquietándonos. Decidimos venir por eso.

Darlos escuchó aquello con cariño, conmovido por aquellos dos

muchachos que habían ido en su busca, sin conocerlo, para ayudarlo.

—Os agradezco esto con todo mi corazón. Jamás pensé que alguien creería en mí, y menos, personas ajenas a este bosque.

—Me alegra que podamos ayudar —sonrió Tommy—. Ahora que hemos explicado nuestra historia, queremos que tú cuentes la tuya.

Él asintió y comenzó a relatar lo que ocurrió en aquel entonces.

—Mi historia va un poco más lejos, años antes de la muerte de Dorgan —aclaró—. Desde niño, siempre me maravillaron sus historias; tenía un libro que hablaba sobre él y me encantaba leerlo todas las noches. Crecí admirando realmente a ese Dragón. Un día, (yo debía de tener diecisiete años), paseaba con unos amigos por el campo; mientras reía con ellos, unos rox nos asaltaron y todos ellos murieron, salvo yo, que pude huir después de verlos morir sin poder hacer nada, para salvar mi vida. Me encerré en casa, temblando de pies a cabeza, y no salí en días; pensaba que la vida era demasiado frágil, que no sabías hasta cuándo ibas a seguir vivo; además, pensando que Dorgan era nuestro protector, ¿por qué no vino cuando más lo necesitábamos? Todos esos pensamientos oprimían mi cabeza. Lo único que pude sacar en claro era que, nunca debías confiar en nadie, porque siempre te defraudarían.

“Mi miedo a morir fue en aumento y, el odio hacia Dorgan también. Sabía que

él tenía en su poder esa flor que concedía la inmortalidad, y ciegamente, decidí conseguirla a cualquier coste, ya que nada me importaba ya, solo poder vivir para siempre. Me llevé un arma y acabé en la cueva de Dorgan. Pude llegar hasta la flor, luché contra él y lo maté sin remordimientos; mi odio no me dejaba ver más allá. Cuando me marché de allí y tomé la flor, me sentí vacío; pensé que todos mis malos sentimientos y pensamientos se irían en ese momento, pero solo conseguí hundirme más en el fango, con toda la gente odiándome cuando descubrieron que fui yo el asesino de su querido Dragón.

“No pasaron muchos días cuando me di cuenta de mi error; dejé que el rencor y el miedo pudiesen conmigo y, fue cuando me perdí; podría haber buscado ayuda para superar eso, y no lo hice, actué por mi cuenta, sin pensar en las consecuencias. Finalmente quise enmendar mi error, así que debía empezar por averiguar cómo hacerlo y, lo conseguí; supe que podía resucitar a Dorgan —sus ojos mostraban mucho arrepentimiento.

Se levantó y fue hacia una de las habitaciones; ellos dos esperaron en silencio.

Cuando volvió, llevaba en la mano una vaina negra que les mostró a ellos.

Ésta era de cuero, con piedras verdes incrustadas en ella, la cual portaba una espada, que desenvainó. El filo de la espada tenía una mancha reseca por el tiempo, de un color azulado.

—Esta es una mancha de... sangre... del dragón al que maté —dijo con dificultad; no se sentía orgulloso de ello—. Cuando intenté limpiarla no pude borrarla y ahí quedó marcada.

También les dijo que el dragón era del mismo color que su propia sangre, y que sus escamas relucían con la luz del sol y de la luna, como agua cristalina. Y les explicó que el bosque debería ser una triste sombra de lo que era, abandonado, marchito y sin vida, pero que, en cambio, no era así. Aunque lo que sí había cambiado, era el peligro; apenas hubo monstruos antes de la muerte de Dorgan, el cual los mantenía a raya, y ahora todo estaba plagado de ellos, aprovechándose de su ausencia.

—Entonces, ¿qué ocurrió para que la maldición que debía afectar al bosque no lo haya hecho? —preguntó Tommy, muy curioso.

—Sí que cayó la maldición —dijo con un suspiro pesaroso, asintiendo con la cabeza—. Cuando murió Dorgan, todo cambió y quedó arrasado; nada crecía y todo lo que ya había crecido se había marchitado por completo. Pero entonces, viendo que la gente se iba a marchar de allí, desesperanzada, el espíritu del Dragón Azul, lloró desde allá donde mora en cuerpo etéreo y, con sus lágrimas cargadas de vida, hizo que la vegetación creciera en todo el bosque, sana y fuerte, y la tierra pudiese ser utilizada para sembrar de nuevo; pero eso será... —su mirada sombría apuntaba hacia un lado, como ausente—, hasta que un día lleguen a secarse y todo vuelva a estar yermo y extinto, como la luz de una vela ya sin cuerpo, que se apagará para jamás volver a brillar. Pero si él vuelve a nosotros, eso no sucederá —dijo esta última frase volviéndolos a mirar.

—En cierto sentido es una bonita historia; en medio del caos, nace la belleza —comentó Billy.

—Pero yo soy el responsable de toda esta tragedia —dijo Darlos, apesadumbrado.

—No debes torturarte más, porque tú serás el que termine con eso. Nosotros sabemos que estás arrepentido por ello, porque además de que, con tan solo mirarte a los ojos lo demuestra, tu determinación también lo hace —indicó Billy.

—Pero es duro que por mi culpa toda la gente tenga que sufrir, y tener que vivir en soledad porque me odian y me quieren ver muerto

—respondió. Sus lágrimas, a punto de derramarse sobre su bello rostro, cubrían sus ojos colmados de tristeza—. Todo por mi anhelo egoísta de querer ser inmortal y hacer pagar a Dorgan con su vida, por culpa de mi rabia y mi cobardía.

—Nosotros no te odiamos, Darlos —le dijo Billy, levantándose de la silla y poniéndole la mano en el hombro.

—Me odiaríais si hubieseis presenciado la desgracia que creé, aun sabiendo las consecuencias —hizo una pausa—. Supongo que este es mi castigo por lo que hice. Pero gracias a vosotros, al fin voy a poder arreglar esto —dijo él, con un nudo en la garganta.

—Hasta hace un momento —empezó a decir tranquilamente Tommy—, esto

lo queríamos hacer Billy y yo por comenzar una aventura, saber más sobre lo que escondía esta gran historia llena de tantas terribles situaciones y, ayudarte a ti si todo era cierto; pero ahora que hemos escuchado esto, aparte de querer hacer todo eso, por encima de todo, me he dado cuenta de que es una empresa demasiado grande e importante de cumplir, y quiero comenzarla y concluirla a cualquier coste; ahora quiero ayudarte incluso más que antes. Sé que no soy una persona fuerte, ni tampoco quiero gloria o hacerme el héroe, pero quiero ayudar a que esta gente deje de tener miedo y que la tranquilidad vuelva a este bosque.

—Yo también lo veo así —dijo Billy.

—Muchas gracias, de verdad —dijo Darlos muy agradecido—. Y no importa si no eres fuerte como un guerrero, cualquier persona puede hacer lo que se proponga si así lo decide y pone todo su ser en ello; al fin y al cabo, la fortaleza exterior no puede protegerte siempre de todo, pero la interior te hace sobrevivir hasta en los peores momentos y te hace luchar con ganas cada día; ésa es la verdadera fortaleza, así que no debes subestimarte por ello —sonrió.

—Gracias por tus palabras, Darlos. Tienes razón en lo que dices —dijo él, devolviéndole el gesto.

Darlos borró su sonrisa de la cara y suspiró:

—Pero debo deciros, que estaréis solos en el momento en que pongáis un pie en el camino hacia vuestro destino, y que nadie podrá saber hacia dónde os dirigís o las intenciones que tenéis.

—Vinimos aquí sabiendo que podría ser muy peligroso, así que no daremos marcha atrás por nada de lo que pueda acontecer en ese viaje que debemos hacer, aunque estemos solos —dijo Billy, muy determinado.

Tommy asintió con la cabeza varias veces.

—No lo pongo en duda —sonrió Darlos.

Hubo un momento de silencio mientras pensaba, pero después habló de nuevo:

—Imagino que no sabéis coger un arma —les dijo.

—Nunca necesitamos alguna, aunque pienso que aquí sí va a hacer falta —respondió Tommy.

—No te has equivocado, así que mañana os enseñaré a empuñar una.

Ellos asintieron con la cabeza, agradecidos por ello.

Todos se levantaron y, Billy fue hacia una ventana y la abrió un poco para tomar el aire fresco de la noche, mientras Tommy ayudaba a Darlos con la cena.

Luego, antes de ir a dormir, Darlos les preparó un baño de agua caliente, y seguido, les preparó una habitación con dos camas, pasando una noche tranquila.

Capítulo 3

2. Días sin descanso

A la mañana siguiente, el sol, acompañado por nubes negras en la lejanía, asomó por las ventanas de la habitación de Billy y Tommy, despertándolos.

Bien descansados, bajaron a desayunar después de asearse un poco. Tenían preparado en la mesa del salón, frutas variadas y unos zumos.

Después de ello, los dos recogieron las espadas melladas que tenían junto a la puerta de cristal del patio, que estaba situada en la pared del fondo del salón, a la derecha, y encontraron fuera a Darlos.

El patio medía unos diez metros de largo y unos seis de ancho; el suelo era de tierra, y por sus muros altos y de piedra, desde fuera, sobresalían las ramas de unos robles altos y fuertes a ambos lados.

—Bien, ya estáis aquí. Os estaba esperando —les dijo Darlos, que se encontraba de pie, con la espada desnuda en su mano derecha.

— ¿Llevas mucho esperándonos? —preguntó Tommy.

—No, solo un poco. Lo he preparado todo mientras os estabais aseando —contestó sonriente—. Bueno, primero empezaré con uno y después con el otro. ¿Quién quiere comenzar? —preguntó, mientras señalaba con la punta de su arma a uno y a otro.

—Yo mismo —dijo Billy, acercándose a él con una de las espadas que habían cogido.

—Pues empecemos —le indicó él.

Esperó un momento a que Billy se preparase, y cuando lo estuvo, Darlos comenzó a atacar.

Él se cubrió el primer espadazo, y el segundo, y los que se le echaron encima, pero no atacaba, solo se ocultaba de los golpes tras su espada.

— ¡Vamos, Billy! ¿iA qué esperas para atacarme!? La espada no me va

a atacar sola —le dijo Darlos mientras seguía embistiendo.

—No veo el momento de ello —le respondió él, todavía defendiéndose.

—Aunque creas que todavía no has visto ninguno, créeme, han pasado muchos —le dijo Darlos entre choques de espada.

—Intentaré concentrarme —dijo Billy.

Respiró hondo, y entonces, después del siguiente ataque, se decidió y chocó su arma contra la de él; así estuvieron durante diez minutos.

— ¡Así se hace, Billy! —exclamó Darlos—. Si sigues a ese ritmo aprenderás rápido.

Después de ello, Darlos tiró el arma de Billy, lo empujó de una patada floja que lo tiró al suelo y, puso la punta oxidada de su arma en su garganta.

—Has estado bien —le dijo Darlos mientras apartaba su arma y lo ayudaba a levantarse con su mano extendida—. Para nunca haber cogido un arma, eres realmente bueno. No he tenido que darte muchas explicaciones.

—Gracias —contestó él.

—Ahora descansa un poco y ve fijándote en los movimientos de mi cuerpo mientras lucho contra Tommy. Así aprenderás bastante —le dijo sonriente.

Mientras estuvo entrenado a Billy, las nubes negras que se habían visto a lo lejos cuando se habían despertado, avanzaron hacia ellos cubriendo el cielo, y ahora, había comenzado a llover fuertemente, descargando sobre ellos, su furia.

—Está lloviendo —comentó Tommy, mirando al cielo, con las gotas precipitándose sobre su rostro, rápidas, pero suaves—. ¿Lo vamos a dejar para otro día? —preguntó.

— ¿Acaso temes a unas cuantas gotas de agua? —le preguntó Darlos irónicamente.

Tommy sonrió confiadamente y se abalanzó sobre Darlos. Entrechocaron sus espadas entre gotas de agua, y unas chispas de fuego

saltaron al aire.

Tommy acometía contra su arma con mucha energía, y no dejaba que Darlos pudiese devolverle los golpes, tan solo cubrirse, pero justo cuando Darlos vio un poco de cansancio en él y que sus golpes tardaban más en llegar, lo atacó.

De seguida, Tommy le respondió con ataques muy violentos, pero ya estaba demasiado fatigado, así que Darlos, cuando vio su oportunidad, se lanzó hacia él y, mientras frenaba hacia arriba un flojo golpe de la espada de Tommy, le metió la pierna por detrás de la suya y lo tiró al suelo, cayendo sentado sobre el barro, entonces, Darlos se agachó tras él, apoyado en una rodilla y le puso el filo de la espada en la garganta.

—Estás muerto —le dijo él, con una sonrisa—. Vamos, levanta —le tendió la mano al cabo de un momento.

—Ya me levanto yo solo —contestó Tommy de malhumor.

—Tú solo te has metido en esto, Tommy —le dijo él entre carcajadas.

—Si he luchado bien, ¿cómo has podido derrotarme? —preguntó, un poco enfadado todavía, levantándose del suelo.

—Sí, has luchado bien y sabes manejar el arma como Billy, aun cuando nunca habéis luchado con una, pero te voy a decir los dos fallos que has tenido; aunque no sé cómo no has visto tus errores —le respondió—. Te has lanzado con todas tus fuerzas hacia mí y te has cansado demasiado rápido, y debes saber, Tommy, que en una pelea tienes que guardar tus fuerzas y utilizar solo la necesaria en cada golpe, para así no cansarte tan rápido y no dejarle vía libre para vencerte a tu oponente u oponentes. Y también, te has lanzado muy rápido a atacar y, en vez de pensar con cabeza y con rapidez, has ido directo al ataque sin más; por ello podrías haber muerto en un combate de verdad.

—Tienes razón, me he precipitado demasiado. Y siento mucho haberte hablado mal hace un momento; estaba frustrado —dijo Tommy, agarrándose la nuca.

—No importa, tranquilo —le dijo—. La próxima vez no te precipites como un loco, ni ataques con todas tus fuerzas a tu oponente, porque así no verás más allá de lo que tú le estés haciendo a él si vas imprudentemente, y no reaccionarás a los movimientos del otro ni los adivinarás.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Darlos —le dijo, inclinándose.

—Ya hemos terminado por hoy. Mañana volveremos a entrenar —les dijo a los dos, mientras se metía en casa.

Billy se fue detrás de Darlos para darse un baño, pero Tommy, incluso lloviendo todavía, se quedó entrenando hasta casi la noche, sin comer y sin beber en ningún momento.

—Me alegro de que se lo haya tomado muy en serio —le dijo Darlos a Billy, que lo observaban desde la puerta del patio.

—Ya, pero ya lleva muchas horas; son casi las seis de la tarde y no ha comido ni bebido nada desde esta mañana. ¿Crees que estará bien? —le preguntó Billy, preocupado.

—Sí, no te preocupes. Además, cuanto más antes empiece a corregir sus errores, mejor —le contestó sonriente.

Tommy estaba empapado de agua, pero ya había parado de llover hacía un momento, aunque el cielo seguía negro aún.

Paró de entrenar cuando el sol estaba desapareciendo y se veía demasiado cansado para seguir.

— ¿Cómo te ha ido todo? —le preguntó Billy, mientras Tommy entraba por la puerta, medio seco.

—Muy bien. He mejorado un poco, la verdad —le contestó—. Aunque me duele un poco todo el cuerpo —dijo, estirando sus brazos a un lado y otro, calmando su dolor.

—Me alegro por ello. Pero para mañana te dolerá más el cuerpo —le dijo con una sonrisa burlona.

—Y yo —dijo también Darlos, amablemente—. Mañana me demuestras cómo ha sido de eficaz tu entrenamiento en solitario; y no valen excusas sobre dolores musculares si veo que no has avanzado —rio, bromeando.

—Pero qué gracioso, riéndoos a mi costa —sonrió él.

Al día siguiente llegó la mañana con otro espléndido día de sol, pero

esta vez sin espesas nubes negras en lontananza.

Tommy se levantó antes que ninguno para seguir entrenando, y los otros dos se lo encontraron ya fuera, en el patio, manejando su espada.

—Hoy te has levantado enérgico, ¿no, Tommy? —le preguntó Darlos con una sonrisa.

—Sí, y esta vez ten por seguro que no me dejaré derrotar y que te ganaré —le contestó él, de muy buen humor.

— ¡Así se dice, Tommy! —exclamó Billy, riendo.

—Bien. Pues empecemos —avisó Darlos mientras cogía su arma del suelo.

Los dos se colocaron en posición, uno en frente del otro.

Darlos se acercó a Tommy muy despacio, con la espada apuntando hacia su pecho, entonces, Tommy la apartó con su arma y los dos comenzaron a entrechocar sus espadas.

Él había mejorado mucho con respecto a utilizar solo la fuerza necesaria en cada golpe, y apenas estaba cansado después de unos minutos de combate.

Darlos le estaba dando trabajo, pero Tommy no cedía terreno, sino que se lo quitaba a su contrincante.

De repente, él, cuando vio que Darlos alzaba su espada y que tenía las piernas abiertas, se deslizó rápidamente por debajo de ellas, con la ayuda de un poco de barro que había justo debajo, para acabar detrás de él, y mientras Darlos bajaba la espada, ya demasiado tarde para atacar con ella a su compañero, Tommy se incorporó y lo empujó de una patada. Darlos cayó con el pecho hacia el suelo y Tommy colocó el filo de su espada al lado de su cuello, mientras él apoyaba sus manos en el suelo.

—Derrotado —le dijo Tommy con una sonrisa de oreja a oreja.

Y mientras Darlos se incorporaba y se sacudía la tierra (algo húmeda aún), de la ropa, le contestó:

—Has estado muy bien —sonrió—. En una noche has mejorado bastante y me alegro por ello —le dijo, inclinándose.

—Gracias, Darlos. Estuve inquieto toda la noche por que llegara hoy,

para demostrar lo que ayer entrené —dijo con una sonrisa.

—Has mejorado mucho —le dijo Billy.

—Gracias —contestó amablemente.

—Bueno, Billy, te toca mostrarme lo que aprendiste ayer —le dijo Darlos volviéndose hacia él.

—Pues adelante —contestó, mientras desenvainaba su espada.

—Pero no lucharás contra mí, sino contra Tommy —le indicó él.

—Muy bien, como desees —asintió Billy con la cabeza.

Se colocaron uno frente al otro.

—Puedes empezar tú —le dijo Tommy.

Billy levantó su arma y lo atacó, pero Tommy lo esquivó, y seguido, entrechocaron espadas.

Darlos, que observaba a Billy, se dio cuenta de que no movía mucho los pies, y paró el combate.

— ¡Alto, alto! —gritó Darlos, interrumpiéndolos—. Billy, debes de mover más los pies, si te estás quieto puedes perder el equilibrio mientras manejas tu arma. Así que simula por un momento un combate tu solo; y recuerda, mueve los pies y piernas.

—Vale —asintió, mientras estaba atento a lo que él le decía.

Entonces, comenzó a mover su espada como si estuviese atacando a alguien, y a su vez, más consciente de ello que del movimiento del arma, movía los pies y las piernas hacia un lado y hacia otro, hacia detrás y hacia delante, hasta que Darlos le dio una señal a Tommy y éste se metió dentro de la lucha imaginaria de Billy, que comenzó a frenar sus golpes y a atacarle.

Darlos veía, que, Billy, poco a poco, mejoraba sus movimientos, aunque hubo veces en los se olvidaba de ellos por completo.

— ¡Sigue así, Billy! —le dijo Darlos, muy contento de ver como progresaba.

Tommy estaba haciendo que Billy trabajase duro.

Al cabo de unos minutos de parar golpes y demás, Billy corrió fuertemente hacia Tommy con la espada alzada, y viendo que este se acercaba de esa forma, se preparó para detener el golpe, pero lo que este no sabía es que era un ardid, y cuando Billy se acercó a él y él iba a frenar el golpe, tiró su arma al suelo para confundirlo, esquivó el arma de Tommy agachándose, y mientras lo hacía, estiró su pierna, la pasó por detrás de la suya y lo tiró, y seguidamente fue a recoger su espada y le apuntó con ella.

— ¿Qué te ha parecido? —le preguntó Billy con una gran sonrisa, mientras le daba la mano para poder levantarse.

—Has estado estupendo —lo halagó Darlos mientras aplaudía lentamente.

—Es cierto —añadió Tommy, sonriente y con gran asombro.

—Me alegro de que hayas mejorado. Y aunque tu distracción ha sido un poco arriesgada, me ha impresionado —le dijo Darlos—. Bueno, realmente me alegro de que los dos hayáis perfeccionado. La verdad, es que no os va a costar demasiado aprender a manejar la espada por completo, y eso que nunca habéis usado una —hizo una pausa, pensando en su siguiente comentario—. Y cada uno tiene su manera de luchar —habló de nuevo—. Tommy, tú luchas con paciencia y determinación, y usas la fuerza adecuadamente, y Billy, tú peleas con ingenio y sabes aprovechar los movimientos del otro a tu favor.

—Muchas gracias por enseñarnos —le dijeron los dos a la vez, mientras se inclinaban.

—Casi estáis preparados para salir ahí fuera y cumplir esta misión —dijo Darlos, orgulloso.

—No fallaremos —dijo Tommy, apretando sus puños.

—Estoy seguro de ello —asintió él.

Volviéron dentro y Darlos los hizo sentarse para conversar un momento, antes de que fuesen a bañarse para limpiarse el sudor y barro.

—Os quiero decir una cosa antes de que sigamos con esto —comenzó a decir—. No lo he mencionado antes ni tampoco lo habéis preguntado, pero no quiero esperar a decirlo más tarde. Lo que haréis por mí, será traer los huesos de Dorgan. Una vez los traigáis aquí, yo lo resucitaré, porque soy

el único que puede. No podré acompañaros porque conmigo todo se volvería más peligroso; me siento inútil por ello, pero lo mejor que puedo hacer es mantenerme al margen por el momento —suspiró, sintiéndose impotente.

—Lo entiendo —asintió Billy con la cabeza—. No debes sentirte mal por no poder acompañarnos; además de lo que has dicho, no puedes arriesgar tu vida, debido a que todo el mundo depende sólo de ti, aunque ellos no lo sepan.

—Gracias por entenderlo —dijo, muy agradecido.

Una vez instruidos en lo básico de la esgrima, les enseñó muchas otras técnicas. Y al fin, al cabo de unos días más, aprendieron todo lo que había que

saber para sobrevivir durante ese viaje tan duro que tenían que emprender.

Una tarde cálida, Darlos llevó al patio a Billy y Tommy, y los condujo hacia lo hondo, y allí, en el suelo, bajo una fina capa de tierra que él apartó con la mano, había una trampilla. Él se agachó y la abrió tirando de la anilla, y una escalera de piedra que bajaba, los llevó hasta un pasillo estrecho, no muy largo, iluminado por antorchas, que llegaba hasta una habitación donde una forja descansaba.

Avanzaron hasta el fondo y Darlos habló:

—He aquí —dijo, señalando con sus manos el yunque, el cual tenía encima el arma que mató a Dorgan—, la forja donde le di forma a mi espada, hace ya mucho tiempo. La espada se llama Rindellion; es más fuerte y poderosa de lo que vosotros imagináis; mataba a muchos brecuils con ella, y es capaz de atravesar a un caballo de extremo a extremo —y sujetándola con las palmas de sus manos, le dijo a Tommy—: Coge esta espada y guárdala para los peligrosos momentos del viaje; y utilízala con cuidado —y con esto, la depositó en las

manos de Tommy junto con su vaina—. Siempre tened ojo avizor para las

emboscadas de los brécuil; y aún peor, hay enemigos más desagradables

y fuertes que esos, más de lo que os podéis imaginar.

La espada era estrecha y larga, y el filo era algo especial; tenía la forma de tres raíces de un árbol, pero planas y afiladas, entrelazadas entre sí, de plata y oro, y la empuñadura de plata, era el tronco del árbol, con la copa repleta de hojas.

Tommy le dio las gracias por ello, mientras contemplaba el arma con sumo cuidado.

—Antes de venirme aquí, esta casa ya estaba construida, pero nadie vivía en ella —comenzó a explicar Darlos—. Era de mi familia, y yo venía desde mi antigua casa, que está muy lejos de aquí, para estar tranquilo y estar un tiempo alejado de la gente. Siempre cuidaba de ella y la mantenía limpia. Mi arma la forjé aquí cuando planeé robar la flor de Dorgan, unas semanas antes.

“Después de lo que pasó con Dorgan, hui de mi casa y vine aquí para quedarme por siempre. Fue la mejor decisión, porque nadie sabe que esta casa existe.

— ¿Nadie te ha molestado nunca? —le preguntó Billy.

—No. Este sitio está alejado de la civilización y, como vagan bastantes monstruos por este bosque, nadie se aparta mucho de las aldeas —le contestó él.

— ¿Y tampoco te han molestado los monstruos? —le preguntó Tommy.

—Por suerte para mí, todavía no. Aunque una vez merodearon cerca de casa, pero no se percataron de ella; aun así, de todas formas, les di caza.

— ¿Y tu familia dónde está? Nunca la has mencionado —preguntó Billy.

—No tengo familia. Mis padres murieron en un incendio cuando yo era pequeño —respondió con un suspiro.

—Lo siento mucho. No debería de haberte preguntado —le dijo Billy, apenado.

—No te preocupes, no pasa nada.

Después de un mes desde que llegaron a Lerian, Darlos llevó a sus

amigos a

un pequeño lago cercano a su casa.

La hierba alta, que bailaba lentamente empujada por la leve brisa cálida, rodeaba el oscuro lago de aguas negras y brillantes, imitando el color de la obsidiana. Éste estaba en calma, como si deseara que nunca se le interrumpiera en su largo letargo, tan solo levemente perturbado por el aire, haciendo que se formasen finas estrías al contacto. En una parte de su orilla, se encontraba una explanada de piedra blanca, en la que su filo, se sumergía ligeramente en el agua. Las secuoyas rojas que rodeaban aquella zona, se elevaban muy arriba, donde sus ralas copas inalcanzables, dejaban paso a los rayos del sol de mediodía, con gentileza.

—Este es el Lago Sin Fondo —dijo Darlos, conduciéndolos hasta la explanada de piedra.

— ¿Por qué ese nombre? —preguntó Tommy—. Es muy simple para lo hermoso que es —dijo, mirando sus aguas.

—Antaño tuvo un bello nombre, pero debido a la oscuridad de sus aguas, que se volvieron así después de la muerte de Dorgan, yo mismo lo bauticé con este otro —explicó él.

— ¿Cuál era? —preguntó Billy, interesado.

—Su nombre era Míniavar, que significa mar, el mar en el que el sol y la luna se bañan... o más bien se bañaban —suspiró tristemente—. Es alguna lengua antigua que se perdió hace mucho, pero del que sabemos su significado. Le puse Lago Sin Fondo para que ese feo nombre me recordara lo que hice en el pasado cada vez que viniese aquí o lo mencionase; puedo decir que esto es lo único que quedó mancillado por mi egoísmo después de que las lágrimas de Dorgan cayesen.

—Mancillado o no, el lago es hermoso y no merece tal nombre. Ni tu tanta mortificación —comentó Billy.

—Es hermoso y peligroso —agregó Darlos, con énfasis en su última palabra.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Tommy.

Darlos volvió su mirada hacia él y respondió:

—Aquí hay una llave en forma de estrella que os ayudará al final del camino; pero debéis sumergiros para poder encontrarla.

—Pero, ¿cómo vamos a encontrarla si no se ve nada? El agua es demasiado turbia —preguntó Tommy.

—Debéis buscar la manera de hacerlo, sino la cueva no se abrirá para vosotros —respondió Darlos.

—Está bien, la hallaremos sea como sea —dijo Billy.

—Pero..., antes de nada, debo deciros que... —comenzó a decir con mirada grave—, hay un inconveniente más: solo uno de los dos... saldrá con vida de él. No quiero que hagáis esto por mí, ni os retendré si queréis volver a casa —finalizó.

—Bromeas, ¿cierto? —dijo Tommy con cierta confusión.

Darlos negó con la cabeza.

— ¡Pero... pero no puede ser! —exclamó Tommy con disgusto. Se calmó respirando hondo, mientras pensaba, y continuó hablando—. Pues entonces iré yo solo a por esa llave; no voy a volver a casa, porque me he comprometido a ayudar en esta tarea y quiero hacerlo por sobre todos los peligros que se muestren delante. No voy a salir corriendo como un cobarde.

—Gracias por querer ayudarnos a todos, siempre os estaré agradecido; pero no puede ir uno solo —suspiró, culpándose por haberlos advertido ahora y no antes—. Lo siento, amigos —dijo, deteniendo a Tommy, agarrándolo del brazo, antes de que se zambullese en el agua—. Las normas son así; vosotros os ofrecisteis a ayudarme y por ello debéis ir los dos, sino, uno solo nunca encontrará la estrella. Si queréis marcharos porque no estéis de acuerdo con esto, podéis hacerlo, ahora es vuestra oportunidad.

— ¿De verdad creías que te iba a dejar ahí abajo a ti solo? —le preguntó Billy a Tommy, un poco molesto—. Debemos ir los dos. No hay de otra —dicho esto, tiró de su brazo y lo hizo caer al agua junto con él.

Al sumergirse, después de tomar aire, se sorprendieron por la claridad del agua, siendo su superficie muy oscura. Comenzaron a nadar hasta el fondo buscando la estrella, porque pensaban que podría estar enterrada en la tierra.

Cuanto más bajaban, menos luz llegaba, pero vieron que algo brillaba en el suelo, un poco más abajo, entre las sombras. Nadaron hacia allí, confiados, pero aquella cosa se movió, acercándose a ellos a mucha

velocidad.

Cuando casi estaba ante ellos, se dieron cuenta de que era un pez gigantesco que doblaba el tamaño de los dos, con dos grandes aletas, del tamaño de las alas de un águila, y lo que resplandecía, eran sus grandes ojos azules, que hacían relucir sus largos, afilados y sobresalientes dientes.

Ellos dos, con reflejos bastante rápidos, dieron media vuelta para salir del agua, nadando muy aprisa, pero el pez consiguió atrapar el pie de Tommy, el cual ya estaba casi sin aire.

Billy se dio la vuelta percatándose de que su amigo no estaba con él, miró hacia abajo y vio que Tommy estiraba sus brazos intentando subir hacia la superficie, con el poco aire que quedaba escapando de sus pulmones, haciendo que cientos de burbujas se esparciesen en el agua, pero en cambio, el pez lo arrastraba más hacia abajo.

Él, que también andaba escaso de aire, bajó a por él sin importarle nada, pero vio que su amigo se agarraba el cuello, desesperado, ahogándose sin remedio. Nadó impacientado, en su rescate, y cuando casi llega cogerle la mano, el pez se internó entre unas algas rojas de varios metros de largo, ocultando así, sus cuerpos.

Billy se adentró también, apartando las plantas con sus manos, pero los había perdido de vista. Cuando salió de entre ellas para volver a buscar desde arriba, la falta de aire lo estaba haciendo marearse y que su vista se nublara, pero se dio cuenta de que más adelante, entre el mar de algas, había sangre tiñendo el agua.

Más angustiado por Tommy que antes, pensando que la sangre pertenecía a él, intentó no perder el conocimiento y avanzar hacia allí, pero detrás suyo, algo lo agarró por el hombro fuertemente y lo hizo girarse hacia ello.

Sorprendido, pero sin poder mostrarlo en su rostro debido al desvanecimiento de su mente, vio que había sido Tommy el que lo había agarrado. Éste le hacía señas con la mano, indicándole que se calmase, mientras respiraba profundamente, y ahí fue cuando Billy, mientras se hundía lentamente, comenzó a respirar poco a poco, imitando a su amigo, volviendo en sí de nuevo. No sabían por qué, pero podían respirar bajo el agua.

Tommy le hizo una señal con el dedo para volver a subir a la superficie y recuperar fuerzas antes de bajar de nuevo. Así lo hicieron, pero mientras nadaban hacia arriba, se percataron de que, en medio del lago, más arriba de donde ellos se encontraban, casi rozando el exterior, un brillo azulado, como proveniente de un rayo de sol que atravesaba el

agua, ondeaba suavemente.

Los dos se miraron y nadaron hasta allí. Cuando lo observaron fijamente, su resplandor les llamó la atención; era un brillo inusual, como si estuviese mostrándose desde otro lugar que no fuese ese.

Billy pasó la mano por él, pero solo consiguió atravesarlo, al igual que Tommy; pero repentinamente, su resplandor se desató lentamente, dejándolos ciegos por un momento.

Al abrir los ojos y quitar sus brazos de su visión, ante ellos, una estrella azul caía tranquila hacia las profundidades. Los dos alargaron sus brazos y la cogieron, sonrientes.

Darlos esperaba impaciente debido a su preocupación, asomado al agua, al borde de la explanada, mojando las puntas de sus botas inevitablemente.

Uno de sus amigos salió del agua, con el cabello pegado a su frente y hombros.

—¡Billy! —exclamó él. Y buscando a Tommy, muy preocupado y nervioso, preguntó—: ¿Dónde está?

Pero antes de él le pudiese dar una respuesta, Tommy asomó en la superficie y subió a la roca, echando su cuerpo bocabajo en ella, descansando un momento, con la estrella en la mano de su brazo extendido.

Las piernas de Darlos flaquearon del alivio y cayó sentado.

—Menos mal que estáis bien los dos —suspiró calmado. Pero se dio cuenta enseguida de que Tommy tenía la camisa manchada de sangre—. ¿¡Estás herido!?! —preguntó, mientras gateaba hacia él rápidamente con manos temblorosas.

Tommy alzó su cabeza y, sonriente, negó con ella.

—He matado al pez que me había enganchado del pie, con una piedra larga y puntiaguda que encontré en el fondo —explicó—. No me ha hecho nada, solo arrastrarme hasta abajo. Me ha costado atravesarle con ella, pero lo he logrado. Pensaba que mi vida acabaría pronto, pero estoy vivo —sonrió alegremente de nuevo.

Darlos, sentado aún, miró hacia las copas de los árboles y rio de lo

aliviado que se sentía.

—Pensé que en serio habíais muerto. Menudo mal rato he pasado. Me alegro de que volváis a estar aquí.

—Y con la estrella, de hecho —agregó Billy sonriente.

Tommy se incorporó y se la entregó a Darlos. Éste la miró con asombro.

La estrella, del tamaño de la mano de un hombre, de seis puntas, era de un azul claro brillante, y en cada una de ellas había como una especie de perla azabache, fulgurando con mucha intensidad.

—Extrañamente, bajo el agua se podía respirar —comentó Tommy.

—Eso es porque la estrella os ha ayudado —contestó Darlos.

—Y ahora que caigo, ¿por qué has dicho que solo uno viviría y estamos aquí los dos? —preguntó él, habiéndose olvidado por completo de eso que les había dicho antes de lanzarse al agua.

Darlos dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—Antes os había engañado; eso de morir era solo una prueba. Me lo habéis hecho pasar mal pensando que sí que os había pasado algo, pero habéis salido ilesos, o casi —dijo eso último mirando preocupado el pie de Tommy, que estaba lleno de marcas de colmillos y la carne se veía entre los agujeros de la piel.

Tommy se miró también a la vez que Billy, pero él le respondió a Darlos:

—Desinfectando esto y vendándolo, mi pie estará bien en poco tiempo —sonrió.

—Eso espero —respondió él—. Continúo con lo que decía. Y me habéis demostrado que estáis decididos a ayudaros pase lo que pase y a protegeros el uno al otro; eso es lo principal en esta misión. Me alegro de que seáis vosotros quien me ayudéis en esto. Sois unos buenos amigos y os doy las gracias por ello. Volvamos a casa.

— ¿Nos habías engañado, entonces? ¿Esto era una prueba para ver si sabíamos cuidarnos el uno al otro? —preguntó Billy, un poco sorprendido.

—Exacto. Aunque la estrella la necesitáis de verdad; y de que el lago es

peligroso, vosotros mismos lo habéis experimentado.

Los otros dos callaron un momento, mirándose el uno al otro, y después comenzaron a reír a carcajadas porque habían caído en su mentira inocentemente, uniéndose Darlos a ellas.

Los cantos de las cigarras se esparcían por la joven noche estrellada. Billy las escuchaba mientras, asomado a la ventana, esperaba junto a Tommy, que se encontraba sentado en una silla, a que Darlos entrase en el salón, para hablar con ellos.

—Gracias por esperar tanto —dijo Darlos, que acababa de entrar por la puerta.

Billy metió su cabeza adentro y se volvió hacia él.

—Está bien. Yo estaba disfrutando mientras escuchaba los sonidos de la naturaleza —dijo sonriendo—. En Tharia no hay tanta tranquilidad.

—Y aquí mucha menos —dijo Darlos con expresión seria—. Ten en cuenta que nosotros estamos lejos de la civilización, pero más allá no solo hay personas, sino cosas peores que mejor ni conocer. La crueldad azota a este bosque, aunque no lo veamos con nuestros propios ojos; donde aquí hay calma, más lejos, pero en este mismo lugar, hay monstruos y humanos haciendo daño o pensando en provocar dolor; no lo olvides, porque en cuanto pongáis un pie en el camino vuestras vidas correrán peligro y deberéis ir concienciados, para que nada os pille por sorpresa.

—Tienes razón —dijo Billy, suspirando—. He dicho una gran tontería.

—Espero que no malinterpretes mis palabras, por muy duras que suenen —dijo él, rascándose la frente—. Solo digo las cosas por vuestro bien, porque no quiero que os pase nada malo, y menos por ayudarme a mí.

—Tranquilo. Sé perfectamente el porqué de lo que has dicho.

Darlos inclinó su cabeza una vez.

—He encontrado lo que estaba buscando —dijo.

En una mano llevaba un largo pergamino enrollado que extendió sobre la mesa. Éste era un mapa que parecía ser del bosque.

—Escuchadme atentamente —dijo, mirándolos a ambos, que se encontraban de pie a su izquierda y derecha—. Debéis llegar hasta la

Cueva de Dorgan, situada al límite norte de Lerian —dijo, señalando con el dedo una cruz roja—. Desde aquí tendréis que avanzar un poco hacia el este, hasta que veáis un ancho sendero. Esa vía os llevará directamente a la cueva; aunque lo más seguro es que os tengáis que desviar más de una vez, debido a los enemigos —explicó.

—Entendido —asintió Tommy con la cabeza.

Darlos se volvió hacia Billy, esperando su respuesta.

—Lo tengo —dijo él.

—Si el camino será peligroso cuando os marchéis, cuando estéis volviendo lo será aún más, porque si algún enemigo se entera de alguna forma de que lleváis los huesos, correréis grave peligro.

—Estamos concienciados. Pero a pesar del riesgo, los traeremos sea como sea —dijo Tommy.

—Sé que puedo confiar en vosotros —asintió Darlos una vez con la cabeza—. Y no sé qué es lo que os podrá ocurrir una vez dentro de la cueva, pero tenéis suficiente valor para afrontar lo que se os venga encima. Esto es todo lo que os puedo decir.

Ocho días más tarde, los dos se prepararon para partir poco después de la llegada del sol, en busca de la Cueva del Dragón.

Antes de marcharse, Darlos ya les tenía preparado provisiones y mantas, y se despidió de ellos en la misma puerta de casa.

—Ya ha llegado la hora de partir. Billy, coge esta espada —le dijo Darlos, entregándosela—. De ahora en adelante es tuya. Esta se llama Dáragar, Cabeza de León; la forjé anoche para ti. El significado de la tuya, Tommy, no te lo dije; significa Árbol de esperanza.

Dáragar era un poco más larga que la espada de Tommy, pero un poco más estrecha; el acero plateado del filo, brillaba con un verde intenso al reflejarse el sol en él. Su empuñadura era de bronce y tenía la forma de la cabeza de un león, como su nombre indicaba.

—Gracias, Darlos. Es muy bonita y manejable —le agradeció Billy, esgrimiendo un poco el arma.

—Sé que os sentiréis algo intranquilos ahora, ya que no sabéis que os deparará el camino y que todavía tenéis la meta muy lejos. Ahora os digo:

tranquilizaos, sois muy fuertes de espíritu y podréis con todo lo que se interponga en vuestro camino. También, vuelvo a deciros que siento muchísimo el no poder ir con vosotros; no lo hago por cobardía

—Sabemos que vendrías con nosotros a hacer este viaje si el riesgo no fuese tan grande; eres el único que puede arreglar esto. Y también sabemos que no eres un cobarde; tu valentía te lleva a afrontar ese pecado tan grave del pasado —dijo Tommy.

—Tommy tiene razón —dijo Billy, sonriente.

—Gracias por estas palabras, amigos. Me siento un poco mejor —dijo él, dándoles un abrazo.

Los tres se despidieron y ellos dos marcharon, pero Darlos se quedó observándolos hasta ya desaparecer de su vista.

Capítulo 4

3. La larga, larga caminata hacia la cueva

A la siguiente mañana del comienzo de su viaje, el sol llevaba poco rato alzado en el cielo y, ya estaban en pie. Las nubes blancas y espesas, estaban coloreadas de naranja por los rayos del sol, dando una sensación de paz y calidez. El aire fresco los mantenía despiertos mientras se despejaban sus sentidos.

Ellos tenían cosas para desayunar, pero habían encontrado un manzano cerca de donde habían dormido, a unos pocos metros hacia el oeste, y decidieron comer deliciosas manzanas rojas, recoger unas pocas más para el viaje, y continuar con su camino.

Llegó la noche y Billy y Tommy se dispusieron a cenar, acomodados bajo un gran roble que se encontraba cerca del camino.

De pronto, creyeron escuchar un ruido de pasos rápidos y metálicos en la oscuridad, acercándose más y más a ellos; entonces, intuyendo lo que se avecinaba, decidieron recoger las cosas rápidamente y esconderse tras los árboles, esperando a que pasaran de largo.

Los observaron desde unos matorrales que asomaban entre dos árboles, mientras pasaban muy cerca de ellos, avanzando a paso rápido, siempre mirando hacia el frente en silencio, como si fuesen atraídos por algo que esperaba más adelante.

Éstos eran brecuils, monstruos que medían metro sesenta, de piel carmesí. Sus cabezas llevaban dibujadas líneas negras que iban desde la nuca hasta el rostro, pero cada uno llevaba un trazo distinto. Sus ojos, de pupilas verticales, eran de un brillante color ámbar. Vestían con armaduras negras y ligeras, sin casco, y llevaban unas espadas cortas y anchas del mismo color que las armaduras.

Casi los habían pasado de largo, cuando, uno de ellos que no estaba entre la fila, los sorprendió por la espalda con un cuchillo en el cuello de Billy. Éste los hizo detenerse a todos con un "alto" claro y fuerte y salió a su encuentro con Tommy por delante de ellos dos, amenazado con matar

a su amigo.

—Mira lo que tenemos aquí —sonrió burlonamente con dientes afilados el que parecía ser el cabecilla, que tenía una cicatriz en su ciego ojo derecho.

—Los he encontrado escondidos tras los árboles —informó el otro.

— ¿Qué hacen aquí dos humanos en este paraje tan solitario? —les preguntó el cabecilla.

Ellos no respondieron.

Éste miró a uno de los suyos, y con un simple movimiento de cabeza, le hizo darle un puñetazo en el estómago a Tommy, haciéndolo caer al suelo de rodillas, dificultando su respiración gravemente.

— ¡Tommy! —gritó Billy, alargando el brazo hacia él.

El que lo retenía, lo detuvo bruscamente, acercando más el cuchillo a su garganta.

—Y ahora, ¿me responderéis? —sonrió de nuevo.

—Somos soldados. Venimos de muy lejos buscando a un fugitivo peligroso que se adentró en este bosque —respondió Billy, con mirada fiera.

—Así que soldados, ¿eh? —dijo, mirándolos de arriba abajo con mirada despectiva—. ¿Y por qué no lleváis uniforme?

Billy intentaba mantener la compostura; no podía perder los nervios y dejar que sus enemigos sospechasen de algo.

—No queremos levantar sospechas entre la gente con nuestro atuendo, para que el fugitivo no descubra dónde estamos o por dónde hemos pasado —explicó con voz firme.

Parecía que el cabecilla estaba creyendo sus palabras, pero, aun así, siguió inquiriendo.

— ¿Y por qué os escondíais ahora?

—Escuchamos vuestros pasos, y como queríamos evitar que alguien nos viese en la medida de lo posible, nos escondimos.

—Pues os habéis metido en el lugar equivocado —rio.

Los demás lo imitaron.

—Podéis divertirlos con ellos y acabar con sus vidas —dijo finalmente, mientras se quedaba al margen, a un lado del camino.

Justo después de estas palabras, antes de que ninguno pudiera hacerles daño, Billy aprovechó el segundo de descuido de su captor, que miraba a su líder, y le dio un codazo en el estómago que le obligó a soltar el cuchillo y retroceder, y entonces, desenvainó su espada y se dio la vuelta, atravesándosela por el cuello.

Ello causó revuelo entre los breuils y, aprovechándolo, Tommy se levantó aprisa y sacó su arma.

Sin perder más tiempo, sus enemigos se abalanzaron sobre ellos con toda su furia.

Billy, respondiendo con rápidos reflejos, le cortó la cabeza a uno de ellos; y Tommy, con la hoja de su espada reluciendo a la luz de la luna, detuvo la espada de otro de sus enemigos, la cual, iba directa a su cabeza.

Por más que sus enemigos caían, los seguían rodeando. Los superaban en número, pero, aun así, ellos se desenvolvían bien en la lucha, incluso ya agotados, lo cual ellos mismos no esperaban.

Tommy estaba rodeado por cuatro rivales; no tenía mucho espacio entre ellos, pero él no se dejó amedrentar. Ellos atacaron a la vez, con sus armas de frente, intentando atravesarlo, pero él se agachó justo cuando iban a asestarle una fuerte puñalada, y sus armas chocaron entre sí, haciendo que dos de ellos se atravesaran el vientre mutuamente.

Al caer sus enemigos al suelo, Tommy vio su oportunidad y se levantó de seguida; a ambos lados tenía a los otros dos, agarró su arma fuertemente y, violentamente, se volvió hacia su izquierda, levantó su espada desde el suelo y lo desarmó, y antes de que pudiese reaccionar, se la atravesó en el corazón, abriéndose paso por su armadura como si fuese mantequilla. Su otro enemigo, algo atemorizado, alzó su espada para atacarle de espaldas, pero, rápidamente, mientras la espada ya bajaba en su dirección, él se giró y lo detuvo, haciendo tropezar su arma con la suya; el sudor le caía por el cabello y rostro, mientras respiraba cansado.

Al final, los dos saltaron hacia atrás, separándose, y cuando su rival volvió a la carga, Tommy esquivó el golpe apartándose a la derecha, y a

la vez, movió su espada ladeada, que fue a parar al costado de su adversario.

Billy ya había derrotado a cuatro adversarios en poco tiempo, pero hubo uno que se le resistió bastante. Después de haber atravesado su arma en el vientre de uno de sus rivales, una espada ladeada fue directa hacia su rostro; él se echó hacia atrás justo a tiempo, esquivándola, pero resbaló con la tierra y cayó sentado. Vio a su enemigo volver a por él con el arma levantada para acabar con su vida, y cuando cayó pesadamente hacia su cuerpo, éste rodó hacia un lado y lo volvió a evadir. Se levantó rápidamente y se puso en posición de combate, esperando que volviese a por él de nuevo.

Detuvo uno de sus ataques, y uno tras otro, los espadaños se continuaban; pero repentinamente, su enemigo consiguió desarmarlo, haciendo que su arma cayese al suelo, y cuando alzó su espada para dar el último golpe y acabar con él, Billy se echó a un lado y esta se encalló en un árbol. Entonces, mientras la intentaba recuperar, Billy le propinó una patada en su muñeca, haciendo que éste la soltase; él la agarró con todas sus fuerzas y logró sustraerla del árbol, dándole así, un espadazo en su cabeza, acabando con su vida.

No tuvo tiempo para respirar tranquilo un momento, porque se le echaron más enemigos encima. Tanto sus fuerzas como las de Tommy habían mermado, así que pensaban que pronto caerían ante sus enemigos, pero, aun así, su voluntad inquebrantable, los llevaba a seguir luchando, por Darlos, por todos.

En el preciso instante en que sus ojos comenzaban a nublarse por el cansancio, casi destruidos por la mano del cabecilla, que levantó su hacha en alto, una espada atravesó su vientre por la espalda.

Un hombre, alto y fuerte, de cabello negro y ondulado, largo hasta los hombros, de ojos oscuros, fue descubierto al caer el cadáver al suelo.

—Debéis aguantar y luchar sólo un poco más —les habló amablemente, con su mano colocada en el hombro de Tommy.

Seguidamente, se volvió hacia atrás con el arma levantada, atravesando el corazón de un enemigo que iba hacia ellos.

Tommy y Billy se miraron el uno al otro, y asintieron una vez con la cabeza, decididos. Sacaron las últimas fuerzas de su interior y exterminaron a los brecuils, luchando junto a las asombrosas habilidades

de aquel hombre que parecía ser un guerrero.

Todo quedó atrapado en el silencio, rodeados por el olor a sangre y muerte. Billy y Tommy observaron callados al hombre que había irrumpido en medio de la pelea, mientras éste extraía su arma de la cabeza de un enemigo. Seguidamente, se acercó a ellos.

—Me presento —dijo—. Me llamo Eros y soy un amigo de Darlos. No debéis desconfiar de mí —dijo, con rostro cordial, dejando su espada cortésmente en el suelo, mientras el sudor resbalaba por los cabellos pegados a su frente.

—Gracias por ayudarnos —dijo Billy, inclinando la cabeza.

—Para eso me mandó Darlos, para ayudaros y acompañaros hasta el final de esta misión. Me mandó una carta —y enseñándosela, sonrió.

La carta llevaba el nombre de los tres, y la letra correspondía a la de Darlos.

— ¿Y cómo no nos dijo Darlos que lo enviaría con nosotros? —le preguntó Tommy a su compañero, sobre Eros.

Billy se encogió de hombros.

—Tampoco nos mencionó nada sobre usted. Pensábamos que no tenía conocidos —dijo éste, volviéndose hacia él.

—Soy su único amigo, aparte de vosotros; aunque esa es una larga historia —respondió esto último con un suspiro—. La carta la envió en cuanto partisteis. Al principio no quiso decirme nada para no importunarme con sus problemas, pero finalmente lo hizo; lo puso en la carta, que también iba dirigida a vosotros, explicándolo todo.

Después de leer el escrito, Tommy respondió:

—Le creemos. No nos hace falta que diga más. Lo ha demostrado con su

carta y con su ayuda. Gracias. Casi caemos en combate si no llega a ser por

usted.

—No hace falta que me deis las gracias, y tampoco hace falta que me

llaméis de usted —sonrió Eros.

— ¿Cómo nos has encontrado? —le preguntó Billy.

—Por vuestro rastro y calculando por donde estaríais a estas alturas; y, además, vine corriendo en cuanto escuché gritos y sonidos de batalla, aunque tardé un poco en llegar.

—La verdad es que nos sorprendiste cuando llegaste así de repente. Y gracias por acompañarnos. —dijo Tommy.

—De nada. Estoy aquí porque le debo un favor a Darlos, pero siempre estaré dispuesto a ayudarlo porque es un gran amigo. Y los amigos de Darlos también son los míos —sonrió—. ¿Cómo os habéis metido en esta pelea? —preguntó.

—Nosotros no buscamos esto —respondió Billy—. Escuchamos pasos sospechosos, y entonces nos escondimos, (no queríamos acabar en problemas tan pronto; nuestro deber es pasar desapercibidos en la medida de lo posible).

Él continuó con su historia hasta el final.

—Comprendo —dijo Eros, después de entenderlo todo—. Pero..., ahora que

lo pienso, es extraño que rondasen por este lugar desierto —dijo distraído, con

rostro preocupado.

—Ellos se dirigían hacia el sur... —comentó Tommy, con mirada asustada—. ¿¡Y si querían ir a por Darlos!?! —se preguntó, agitado.

—Cálmate —dijo Eros—. Nadie sabe dónde está él, ni siquiera si está vivo o muerto. Y aunque fuese así, ya nos hemos encargado de ellos.

—Pero, ¿y si los ha mandado alguien más? —preguntó Billy, pensativo—, alguien que sepa dónde se encuentra.

Eros sintió una punzada en el corazón, como si una aguja hubiese sido clavada en él.

—Podemos volver y avisarle para que al menos esté prevenido —dijo

Billy.

Eros se calmó, dejando que los latidos de su corazón volviesen a la normalidad.

—No podemos volver ahora, aunque sólo estemos a dos días de camino —dijo, muy a su pesar—. No sabemos si esas sospechas son ciertas, por ello y porque es nuestro deber llegar hasta los huesos de Dorgan y traerlos aquí, no podemos desviarnos del camino. Además, Darlos sabe cuidarse él solo, aunque no lo avisemos, porque él siempre está al acecho.

Billy iba a responder, pero no dijo nada; sabía que Eros tenía razón y que debían centrarse en completar su misión, porque Darlos era consciente del peligro que corría, incluso alejado de la gente, y que estaba preparado para cualquier cosa. <<Y tal y como ha dicho Eros, no es seguro que estos brecuils se dirigiesen a su hogar>>, pensó, aunque sus dudas no se disiparon de su corazón del todo.

La mañana llegó soleada y los pájaros revoloteaban en el aire agitando sus alas libremente, cuando los otros dos despertaron. Se encontraron con el desayuno preparado y a Eros listo para partir.

—Id desayunando. Yo seguiré un poco más adelante para ver si encuentro un poco de agua. Nos veremos en el camino —dijo Eros.

—Está bien —asintió Billy mientras comía.

Eros se marchó, silencioso.

Era ya mediodía, el sol les daba de lleno en la cara, sin piedad, y se encontraron a Eros por el camino, agachado frente a unos matorrales, mirando muy callado hacia el oeste, hacia unos árboles.

Se acercaron a él sin hacer ruido, y cuando se percató de su presencia, puso el dedo en sus labios, señalándoles que no hablaran. Ellos, haciéndoles caso, se agacharon a su lado y miraron hacia donde Eros tenía la vista fijada, y advirtieron entre los árboles, a un grupo de gente muy extraña.

Ellos eran altos, delgados y fuertes, y ellas altas, delgadas y esbeltas; eran pálidos de piel, con el pelo largo y plateado, tanto hombres como mujeres; los ojos de algunos eran purpúreos y los de otros, dorados. Ellos llevaban túnicas largas de colores verdes, marrones y blancos, y ellas

vestían con vestidos largos y lisos, de tirantes finos, sin ningún tipo de adorno, de color rosa pálido, blanco o celeste.

Parecían estar buscando a alguien o algo.

—Parece que quieren algo —susurró Eros, casi ininteligiblemente—, se les ve demasiado ocupados y desesperados. Vayámonos de aquí sin hacer ruido; ahora no es momento de que nos vean.

Sin decir nada más, se fueron despacio y sin hacer ruido, y cuando ya se retiraron un poco, comenzaron a correr lejos.

Pararon para coger aire antes de continuar su camino.

—A esta gente... se les llama nicroll —comenzó a explicar Eros, mientras recuperaba el aliento, inclinado un poco hacia delante con las manos en los muslos—. Estos son seres inmortales que solo viven en el este del bosque, casi en la linde, y son muy peligrosos si nos consideran enemigos.

—Vayamos a un lugar más seguro mientras descansamos un poco —dijo Billy.

Encontraron un claro no muy lejos del camino, rodeado por gran cantidad de robles.

Eros, al sentarse en el suelo, en un pequeño montículo bajo la sombra de un árbol, se clavó algo en el trasero, y, al levantarse para ver qué era, se dio cuenta de que se trataba de un colgante.

Era una piedra redonda, azul marino, de cinco centímetros de diámetro, y la sujetaba una cadena muy fina, de plata; brillaba mucho y centelleaba por el sol.

A él le gustó muchísimo y se lo quedó, pero le resultaba extraño; miró fijamente la piedra, preguntándose qué podría ser, y de pronto, apareció en ella la imagen de una muchacha joven, de unos treinta años, con ese mismo colgante en la mano; le estaba hablando al mismo y éste le mostraba una imagen que veía borrosa, y que, momentos después, desapareció; el colgante que Eros sostenía, volvió a su color natural.

—Parece que este colgante muestra cosas. Se me ha aparecido una mujer en él y le hablaba ella a uno igual, y él parecía contestarle con imágenes, pero se veían borrosas —hizo una pausa—. A lo mejor responde a las preguntas; ya lo averiguaré —les dijo a sus compañeros,

hundido un poco en sus pensamientos.

—Resulta bastante extraño. Nunca he oído hablar de algo parecido —dijo Tommy.

—Deberías de tener cuidado con él, no me da muy buena espina —le advirtió Billy.

—Tienes razón, Billy. Pero de todas formas me quedaré con él, por lo menos hasta averiguar qué hace, y si no es maligno lo conservaré, pero si lo es, lo destruiré. Lo guardaré en mi bolsillo —concluyó Eros.

Tres días más tarde, llegó una noche con brisa fresca, que los alivió después de una dura caminata y de mucho calor. Estaban hambrientos y se acomodaron para cenar bajo un árbol, alejados de la senda, en un gran claro donde unos pocos arces se habían hecho dueños de sus dominios.

Los tres estaban apoyados en el tronco de un cedro, y justo antes de que le pegasen bocado a su deliciosa carne asada, un crujido, como el de una rama quebrarse, se oyó cerca de donde se encontraban. Todos, sobresaltados, miraron a la vez hacia el mismo sitio, y vieron aparecer cerca de ellos, de entre los árboles, a un extraño hombre, que se acercaba a ellos lentamente, con rostro y patas de guepardo, y cuerpo de hombre musculoso, pero cubierto de pelo corto de color gris; tenía el pecho al descubierto e iba vestido con unos pantalones negros, por donde debajo de ellos le sobresalían unas grandes garras y una cola por detrás.

Eros se quedó mirando a aquella extraña figura por un momento, y de pronto, se levantó con la espada desnuda en su mano, diciéndoles rápidamente a Tommy y Billy que prepararan sus armas, porque iban a luchar contra alguien poderoso.

Apresurándose, le hicieron caso, y cuando el guepardo llegó hasta donde estaban ellos, miró a Billy y Tommy con desprecio.

—No puedo creer que mis soldados muriesen por vuestra culpa. Sólo sois unos niños —dijo con voz ronca.

—Así que aquellos contra los que luchamos ayer eran tus subordinados —dijo Eros con mirada seria—. Debí imaginarlo.

—Lo que les pasó se lo buscaron ellos solos —dijo Tommy—. Nosotros no íbamos a atacar, pero ellos quisieron matarnos así sin más.

El guepardo sonrió burlonamente.

—Quizás les parecisteis molestos —respondió.

Tommy se echó hacia delante, queriendo golpearle con el arma, pero Eros lo detuvo interponiendo su brazo.

—Ellos solo iban a por Darlos, pero os encontraron a vosotros antes, y ellos no dejan a nadie con vida a no ser que les sirva para algo —dijo, mirándolos desdeñosamente de nuevo.

Sus corazones dieron un vuelco y comenzaron a palpar fuertemente al oír el nombre de su amigo. Al final habían dado justo en el clavo, Darlos era el objetivo de aquellos soldados.

El guepardo aún continuaba hablando.

—Sé exactamente lo que pasó allí; tuve la suerte de que uno de mis soldados permaneciese escondido fuera de vuestra vista y escapase de allí para contármelo todo. Ni ellos ni yo, sabíamos que sois amigos de ese elfo, ni lo que pretendéis hacer, hasta hace poco. Pero he venido a hablar al respecto sobre eso —sonrió maliciosamente—. Tengo a una persona muy querida para vosotros, capturada —el viento, que se había levantado con algo de fuerza ahora, azotaba el vello de su rostro, y su cola.

—Córcum, no me hagas perder el tiempo y ve al grano —le dijo Eros, perdiendo la poca calma que aún conservaba.

—Tengo a Darlos en mi poder, y si queréis volver a verlo, debéis hacer lo que os diga —dijo—. Ahora mismo está de camino hacia mi guarida y no tardará mucho en llegar. Mañana al mediodía estará encerrado en mi prisión.

Tommy y Billy estaban confundidos, y preocupados por Darlos; no sabían qué era lo que quería de ellos, ni por qué Eros conocía a aquella bestia.

Eros, sobrecogido, sabía que Córcum no llevaba escolta porque tenía demasiada confianza en sí mismo, y creía que, por tener a Darlos en sus manos, iba a hacer lo que él le pidiese, sin más.

—Os lo voy a decir más claro: al principio solo quería a Darlos por mi venganza hacia ti, Eros, por abandonar al maestro que te enseñó a ser el guerrero que eres ahora —dijo, mirándolo con ojos llenos de ira.

Una fría punzada recorrió las espaldas de sus amigos, petrificados al

escuchar aquello.

—Por eso mandé a mis soldados a por él; yo descubrí que era tu amigo, y también, dónde vivía, buscando en cada rincón de los más solitarios lugares. Pero, un día después de la noticia de la muerte de mis subordinados, me llegó un mensaje de mi comandante, el cual no sabía que yo descubrí dónde se encontraba Darlos; decía que él pretendía resucitar a Dorgan con ayuda de dos niños, que los encontrase a los tres de una forma u otra y que los llevase ante él con vida. Y aquí estoy; pero quiero usaros a mi favor —sonrió otra vez.

— ¿iY qué es lo que queréis de nosotros!? —preguntó Eros, muy enfadado, apretando sus puños.

—Mi comandante no me dijo qué es lo que planea hacer con vosotros, pero pienso que quiere lo mismo que yo: conseguir los huesos de Dorgan para usarlos a su favor. Así que, si los conseguís para mí, liberaré a Darlos y os dejaré a todos en paz.

— ¿Y para qué queréis sus huesos? ¿Qué ganáis con ello? —preguntó Tommy.

—No os diré nada más. Solo haced lo que os digo y os devolveré a Darlos. Luego, os dejaré en paz.

Eros apretó los dientes, respirando rápidamente, con ira. Caminó con paso ligero hacia él y lo embistió contra un árbol con su brazo derecho apretando su cuello, mientras que en la otra mano llevaba su espada con la cual apuntaba a su cabeza.

—Si crees que así conseguirás lo que quieres, estás muy equivocado —le dijo él, muy cerca de su cara—. Te mataré e iré a por mi amigo. No dejaré que nos uses para tus retorcidos planes.

El guepardo rio fuertemente y le asestó un puñetazo en la mejilla, dejándolo aturdido por un momento, haciendo que su arma cayese de su mano, lo agarró del pelo y esta vez él fue quien lo empujó contra el árbol. Su mano agarraba con fuerza su cuello.

—Tú no me haces falta —gruñó.

Sus amigos iban a atacarle, pero Eros los detuvo estirando su mano abierta.

— ¡Córcum..., ninguno de nosotros va a hacer... algún trabajo para ti! —gritó él, con dificultad, mientras intentaba retirar su mano con las suyas.

Éste se preparó para asestarle otro puñetazo en la cara, y cuando su puño izquierdo atravesó el aire para llegar hasta ella, Eros sacó un puñal de su cintura y le hizo un corte en la mano que aún lo retenía contra el árbol. Córcum lo soltó, Eros le dio una patada en el vientre empujándolo hacia atrás, y se agachó a recoger su arma.

Córcum sacó su gruesa espada del cinto y sus armas chocaron, y del frío acero saltaron chispas de fuego. Los otros iban a arremeter también sobre él, pero Eros, mientras peleaba, les dijo que se apartasen.

Luchaban con la misma fuerza, a igualdad de condiciones, aunque no lo pareciera por la diferencia de sus cuerpos. Ni una vez se habían rozado, esquivaban y chocaban sus armas con tremendo nervio; se notaba que Eros estaba muy entrenado en la lucha y que ya había pasado por más de una pelea; Tommy y Billy, mirando con atención su lucha, se daban cuenta de ello, y de que por muy buenos que ellos fueran, les faltaba tiempo para forjarse y desenvolverse como él.

Córcum acabó hiriendo su brazo izquierdo, pero él, aun con el brazo ensangrentado, con mucha energía, como si la hubiese absorbido repentinamente, se abalanzó otra vez sobre el guepardo; sus armas chocaron, los dos saltaron hacia atrás, y después de Eros esquivar su espada que apuntaba hacia su lado derecho agachándose por debajo de ella, se levantó, hizo un giro de 180 grados, y le atravesó la espada en el estómago, echándola hacia atrás desde su costado derecho.

Córcum, moribundo, todavía de pie con la espada clavada, le dijo con una risa retorcida:

—Ja, ja. Te crees que matándome conseguirás sacar de mi guarida a ese elfo. Se pudrirá allí y cuando llegues no podrás rescatarlo, porque ya será demasiado tarde para él —le escupió un esputo de sangre que iba hacia su cara, pero Eros se apartó secamente, dejando que cayese a un lado.

—Cuando lleguemos allí, a toda tu escoria la mataré una por una —dijo, acercándose lentamente a él. Y sin decir nada más, y antes de que su enemigo pereciera, Eros sacó su espada de su cuerpo y le cortó la cabeza. Lo miró fijamente, con desprecio, en un momento de silencio, y después dijo—: Te lo merecías, por todo el daño que has causado desde tu existencia.

Volvió a donde tenían sus cosas y se quedó de pie, con expresión violenta.

Billy, que se encontraba a su espalda con los puños apretados y la cabeza gacha, cortó el silencio:

—Sabía que teníamos que haber avisado a Darlos de que tuviese cuidado —suspiró, furioso e intranquilo.

— ¡Ha sido mi error!; debería de haberte hecho caso —gritó él, dando un golpe contra un árbol, sintiéndose muy responsable por ello.

—Todos hemos tenido la culpa aquí —comenzó a decir Tommy, con tono sereno—. Billy aceptó lo que habías dicho y no insistió; tú creíste que Darlos estaría bien sin avisarle, y yo... yo ni siquiera hablé. Pero debemos asumir nuestra culpa e ir a rescatarlo, así que dejaos de lamentos y hagamos lo que tengamos que hacer para arreglar esto; rascar el pasado no sirve para remendar el presente.

Ellos dos guardaron silencio; no tenían nada más qué decir en ese momento.

El cielo permanecía desnudo, sin estrellas, y solo la luna arrojaba luz al claro.

Todos permanecían en silencio, dando bocado tras otro a su cena.

—Os resumiré de qué conozco a Córcum —dijo Eros, rompiendo la calma. Pensaba que se merecían saber la verdad—. Ya que tenemos que descansar

para partir muy temprano, no me demoraré —después de un suspiro, comenzó—: Fue en mi oscuro pasado. Yo paseaba de vez en cuando por su guarida, cuando tenía quince años; me encantaba observar escondido a sus

esbirros porque quería ser como ellos, un fuerte luchador, y quería ser un gran

guerrero y que me aclamaran; pero me equivoqué.

“Un día decidí presentarme ante Córcum, cuando yo ya tenía diecisiete años, pero no me fue fácil, debido a que no me dejaban verle, e incluso me

amenazaron con matarme la próxima vez que me viesen. Mi tozudez me obligó a seguir intentándolo, y por suerte, una vez lo vi paseando por allí mientras yo observaba escondido entre los arbustos, y pude acercarme a él rápidamente antes de que me detuviesen sus soldados. Le dije que

necesitaba hablar con él. Sus guerreros se me echaron encima, y él, con su sonrisa endemoniada y un gesto con la mano, les dijo que se apartasen y, me preguntó qué quería una cosa tan insignificante como yo, y le contesté que quería ser uno de sus hombres. Él, riendo a carcajadas, me dijo: <<Veo que tienes agallas para venir hasta mí, aún después de que mis soldados te amenazaran>>. Me llevó dentro de su guarida y estuvimos hablando a solas. Me dijo que podría ser un guerrero, y me enseñó todo lo que sabía con la espada y, muchas cosas más.

“Desde entonces, no regresé a mi verdadero hogar, y convivía con todos los sirvientes de Córsum. Y siempre que éste me veía o me entrenaba, me trataba muy mal, como todos los demás; sin embargo, yo... —hizo una pausa y cerró los ojos, como si sintiese dolor, mucho dolor—. Yo solo veía poder en mí y no me daba cuenta de lo que Córsum hacía conmigo —sus ojos oscuros se dejaron ver, reflejando un profundo amargor, mientras miraba a la nada, visualizando aquellos tristes recuerdos—. Notaba una sensación de satisfacción dentro de mí cada vez que sentía crecer ese poder en mi interior, y una maldad de la que ni un monstruo con el corazón más negro, albergaba; era atrayente sentir aquello —lo decía con una gran congoja en su corazón; temblaba de pies a cabeza, al igual que su voz.

—Si no puedes o no quieres continuar, no pasa nada —le dijo Tommy, con voz calmada, con la mano en la espalda.

—No pasa nada. Estoy bien. Además, me hace falta contarlo —respondió.

Respiró hondo y continuó con su historia—. Me invadía el deseo de querer tener a todo el mundo a mi merced, de que la gente no supiese si temerme o respetarme; me estaba convirtiendo en un monstruo. Córsum me estaba enseñando a ser terrible, a ser capaz de devorar todo lo que encontrara en mi camino.

“Cuando llegó el momento, después de tres largos años, pude acompañar a los demás guerreros a una pequeña misión, <<un trabajo si mucha importancia>>, según decía Córsum; pero no tenía nada de pequeña, porque lo que hice ese día no tenía, ni tiene perdón —apretó sus puños—. Matamos a toda la gente de una aldea y dejamos sus cuerpos allí para que los devoraran los cuervos, desde niños inocentes a gente mayor, y lo saqueamos todo. Desde ese momento, mirando lo que había hecho, todo el odio que tenía acumulado en mi interior desapareció para siempre, como si junto con aquellas personas, también hubiese muerto mi ser maligno; pero no dejo de atormentarme por todas las vidas que quité. Y también me di cuenta de que todo ese odio que creció en mí, fue debido a Córsum; me maltrataba para que el odio que naciese en mi corazón se

apoderase de mí, y así, él pudiese utilizarme a su antojo.

“Cuando llegué a la guarida, le dije a Córcum, que estaba sentado en su trono, que renunciaba y que me iba de allí, arrojando la espada al suelo; y cuando me di la vuelta para irme, él se levantó de su trono de piedra y se puso tras de mí, me detuvo con la mano en el hombro y, me dijo con voz apaciguada, que algún día me lo haría pagar. A eso se refería con Darlos; por eso quiso capturarlo —hizo una pausa—. Aunque ahora sus intenciones eran otras.

Billy y Tommy se quedaron estupefactos al haber escuchado aquella historia tan terrible.

—Siento mucho oír eso. Pero te aseguro que hay perdón para ti si tú de verdad te arrepientes de ello —le dijo Billy—. Uno puede equivocarse, pero puede volver a tomar el rumbo correcto.

—No merezco tan buenas palabras; pero te lo agradezco —sonrió tristemente.

—Yo pienso como Billy —sonrió Tommy.

Después de un largo silencio, él habló de nuevo:

—Me pregunto para qué querrán los huesos de Dorgan —dijo.

—No para algo bueno, eso seguro —respondió Eros—. Mi ira hacia él ha hecho que lo matase antes de averiguar algo más —dijo, con las manos en la cabeza y los codos apoyados en sus rodillas—; aunque no le hubiésemos sacado más información. ¡Maldito! —exclamó en un murmullo, dando un golpe con sus puños en el suelo.

—Ya lo averiguaremos todo a su tiempo —dijo Billy—. Esto no se ha terminado aquí; volveremos a cruzarnos a más enemigos.

Eros suspiró.

—Espero que Darlos se encuentre bien —dijo—. Quisiera ir a rescatarlo ya, pero si no cogemos fuerzas puede que caigamos muertos allí mismo; no sé lo que va a ocurrir.

—Él estará bien —dijo Tommy—. Es muy fuerte de espíritu y, además, sabrá que iremos a buscarlo; nos esperará el tiempo que haga falta.

—Le debo tanto —dijo Eros, con la cabeza alzada hacia el cielo—. Él me salvó de una horrible vida.

—Quisiéramos escuchar tu historia —habló Tommy.

—Os la contaré con gusto —sonrió levemente—. Fue algunos días después de dejar a Córsum, y siete años después de que Darlos tomase la flor —respondió—. Salí de aquella guarida y fui a casa después de tres años fuera. Recuerdo que llegué allí por la tarde y que todo el cielo estaba nublado, y algo hizo inquietarme. Cuando me adentré hacia el interior del pueblo, solo lo encontré todo en ruinas, en mitad de un silencio abrumador, y todo ello es lo que me preocupó. No había nadie, ni siquiera animales, solo destrucción. Y acordándome de lo tranquilo que estaba Córsum cuando me dejó marchar y de aquellas palabras que me dijo, me di cuenta entonces, de que todo eso lo había provocado él mientras me entrenaba, porque sabía que algún día lo traicionaría y me marcharía, y quería hacerme ver que yo estaba solo, para que volviese a él.

“Yo estaba allí, de rodillas, destrozado, sin saber qué hacer. Comenzó a llover y yo grité al cielo con toda mi rabia que algún día pagaría por lo que había hecho y por lo que hiciera; y así ha sido, antes de lo que yo creía. Y antes de irme, recé por todos los que habían muerto por mi culpa y les pedí disculpas, aunque sé que eso no sirvió de nada. Después, me di media vuelta y me marché de allí hacia ningún lado, porque no sabía a donde ir, no tenía familia, ni amigos, ni nada —suspiró—. Vagando por el bosque, me encontré a un elfo solitario que espiaba desesperado detrás de unos arbustos altos, que parecía que lo perseguían, y en cuanto se percató, sobresaltado, de que yo estaba allí, detrás de él, sentado en el suelo, apoyado contra un árbol, me preguntó que qué buscaba, y yo le respondí que nada, que solo estaba buscando cobijo, que no tenía a donde ir, que mi hogar había desaparecido. Y él me dijo que iría con él y que me acogería en su casa.

“Sin saber nada sobre mí, me tendió la mano y me llevó a su hogar; yo se lo agradecí. Pensé que debía confiar en él, y no me equivoqué en nada. Cuando llegamos a su casa varios días más tarde, se presentó y me dijo que se llamaba Darlos. Y mientras me servía comida, me preguntó qué me había pasado. Yo le conté mi historia, y él, comprendiéndolo todo, sin asustarse de mí, ni de todo lo malo que había hecho, me dijo que me quedase en su casa hasta que quisiese. Yo le volví a agradecer todo lo que había hecho, aunque realmente estaba avergonzado porque me tratase tan bien y yo no poder darle nada a cambio.

“Nos hicimos muy amigos, pero un día decidí que ya era hora de marcharme; como nadie me conocía ni sabía que yo había trabajado para Córsum, decidí errar e ir a donde necesitasen mi ayuda para proteger a los ciudadanos y hacer algo por ellos.

— ¿Y tú no le preguntaste a Darlos si huía de alguien o de algo el día

que os encontrasteis? —curioseó Tommy.

—Al tiempo se lo pregunté; pensé que no tenía derecho a hacerlo cuando me acogió en su casa, pero lo hice más adelante. Me explicó toda la historia sobre Dorgan y la flor, y me impresionó que él fuese el mismo elfo que mató al dragón, pero no me asusté de él, ni jamás lo delaté. Luego me dijo, que ese mismo día, cuando nos conocimos, solo se aventuró a salir de su escondite diez días atrás, antes de encontrármelo, para matar a un grupo pequeño de rox y breuils, que merodearon cerca de su casa, pero que se alejaron antes de llegar a verla, y para no tener complicaciones futuras por si decidían volver, siguió sus pasos hasta que consiguió pillarlos desprevenidos y matarlos.

“Dio la casualidad, que después de matar a esos desgraciados y de vuelta a casa, se percató de que por allí cerca estaba su antiguo hogar, pero cuando decidió echar a correr para salir a un lugar más seguro, se dio cuenta de que un hombre lo apuntaba con una ballesta por la espalda. Este pronunció su nombre y a Darlos se le heló la sangre; cuando se recuperó, poco a poco y con las manos en alto se dio la vuelta hasta verle la cara, dándose cuenta de que lo conocía. Era un amigo suyo de la infancia, y éste lo conocía muy bien, además de que Darlos no había cambiado nada en apariencia después de siete años.

“<<Te veo muy bien —le dijo su amigo con tono irónico—. No has cambiado nada>>.

“<< ¿Qué es lo que quieres, Devran? >>, le preguntó Darlos seriamente.

“<<Matarte. Llevas mucho tiempo perdido y es hora de que alguien te haga pagar por lo que hiciste>>.

“<<Déjame marchar y no te haré daño>>, le advirtió Darlos.

“Su amigo sonrió y le dijo: <<Por si no te has dado cuenta todavía, tú eres el que está amenazado por mi ballesta>>.

“Darlos le devolvió la sonrisa.

“<<No voy a dejar que te marches>>, indicó su amigo.

“<< ¿Y a qué esperas para matarme? Si lo vas a hacer, hazlo ya>>.

“Devran dudó un momento y le tembló el brazo que sujetaba la ballesta, pero le disparó.

“Darlos esquivó la flecha y huyó de allí porque no quería asesinar a una persona inocente, a un buen amigo, y se escondió de él, mientras Devran

lo buscaba.

“Finalmente se encontró conmigo y nos marchamos de allí con la suerte de no encontrarnos con aquel hombre.

—Menos mal que todo acabó bien —dijo Tommy.

—Por suerte, sí —sonrió Eros.

Billy estaba callado, debido a que ya estaba muy cansado, pero había escuchado atento toda la historia. Finalmente, dijo:

—Me alegra saber que Darlos no resultase herido —dijo mientras se desperezaba—. Ya no puedo seguir despierto; me voy a dormir. Buenas noches —se arrebujó entre sus mantas y cerró sus ojos.

—Tú también deberías descansar; yo haré la primera guardia —le dijo Eros a

Tommy.

Capítulo 5

4. La guarida de Córcum

La mañana acababa de nacer; estaban en pleno verano, a finales de junio. Dos días habían pasado tras el encuentro con Córcum. Ya llevaban dos horas de camino después de haber recogido su campamento, y se encontraron por casualidad con una cascada.

—Parece que se escucha un río —dijo Eros mientras caminaban—. Vayamos a echar un vistazo.

Se dirigieron al este y, después de andar unos pasos, tras unos arbustos de mediana estatura, vieron una cascada no muy grande, ni muy alta, que caía desde una pequeña pared de roca hasta el caudal de un río angosto que no se alzaba a más de medio metro del lecho y que seguía hacia el este.

Se hallaba a poco menos de un día de camino de la guarida de Córcum, y ya que Tommy, Eros y Billy se habían desviado del camino para buscar el río, rellenaron sus botas.

Mientras estaban inclinados hacia el agua, un caballo, como salido de la nada, cruzó el río hacia la orilla en la que estaban ellos, con las crines castañas al viento y de pelaje un poco más oscuro.

Eros se acercó al caballo mientras éste se detenía frente a él, lo miró fijamente de arriba a abajo y se dio cuenta de que tenía la pata delantera izquierda herida, aunque no parecía grave.

—Podremos curársela fácilmente, lo que más me preocupa es que puede haberle pasado a su dueño o dueña, ¿no veis que tiene la montura? —les dijo Eros, mientras le acariciaba suavemente el cuello.

—Lo buscaremos por los alrededores, no tiene que andar lejos —dijo Billy.

—Ataremos al caballo por aquí para que no se escape —indicó Eros, buscando un árbol donde amarrar sus riendas.

Después de hacerlo, buscaron al dueño por todas partes y lo llamaron a voces para ver si respondía.

<< ¿iHola!? Tenemos a su caballo>>, gritaban los tres, pero nadie

respondía a sus llamadas.

Ya casi al mediodía, alejados bastante del río, lo encontraron inconsciente en el suelo, entre unos árboles, con la cabeza cubierta de sangre y rostro pálido; era un hombre de mediana edad. Tommy se agachó, le posó la cabeza en sus rodillas con cuidado y le puso un paño grueso debajo de ella para intentar cortar la hemorragia. Momentos después, Billy lo despertó despacio.

El hombre abrió los ojos lentamente, y él le preguntó:

—Oiga, señor, ¿qué le ha pasado? Encontramos un caballo vagando libremente por ahí. ¿Es suyo?

El hombre, que aún se encontraba algo aturdido, tardó en responder un poco.

—Sí —contestó, con una voz que apenas se oía—. Salí del pueblo a cazar,

entonces... al venir por aquí con mi caballo, se asustó de algo, no sé muy bien... de qué, no lo recuerdo, creo que apenas me... dio tiempo a mirar nada. Al encabritarse me tiró al suelo y me golpeé contra una piedra en la cabeza —explicó, medio moribundo, apenas sin poder pronunciar palabra.

—No se preocupe, lo llevaremos al pueblo más cercano y curarán sus heridas —le dijo Eros.

—Este hombre no podrá moverse de aquí —indicó Tommy—. Debemos traer a un médico lo antes posible.

—Tienes razón. Iré con Billy a prisa hasta el pueblo más cercano —respondió Eros—. Usted debe venir de un pueblo próximo, ¿no es cierto? —le preguntó al señor.

—Sí. Se llama Thoenian y está a unos pocos kilómetros de aquí, hacia el noroeste, pero no creo que aguante mucho más; gracias por preocuparse y buscarme —hizo una pausa—. Les pido por favor, que, si pasan cerca de aquel pueblo, le expliquen a mi mujer, Ramga, lo que os he contado a vosotros y, que le digan que siempre la querré. Y usted —le dijo a Billy, rozando su mano levemente—, quédese con mi caballo como muestra de agradecimiento por haber venido a buscarme. Gracias por todo —de nuevo hubo momento de silencio, y luego dijo—: Coged mi anillo y llevádselo a ella si la veis.

Después de decir eso, murió desangrado en las rodillas de Tommy.

Eros, que llevaba siempre una pequeña pala con él en su mochila, abrió un agujero con ayuda de sus amigos. Después, entre los tres, cogieron el cuerpo y lo enterraron en un claro rodeado de árboles que había por allí cerca, donde crecían margaritas de diversos colores, y se despidieron de él.

Los tres volvieron donde se encontraba el caballo.

— ¿Qué nombre le pondrás? —le preguntó Eros a Billy.

Él se lo pensó un poco.

—No sé si debería ponerle nombre. Creo que debería devolvérselo a su familia —respondió cabizbajo, después de un momento.

—Él ha querido que sea tuyo. Deberías aceptar su deseo —le dijo Eros amablemente.

—Lo sé, pero es que me siento muy mal por ello.

—No deberías sentirte así —comentó Tommy—. Ese señor lo había pedido en sus últimas palabras; deberías quedártelo. No te sientas mal por ello; no estás haciendo nada malo.

—Está bien —suspiró—. Me lo quedaré.

Después de pensar un poco, le puso el nombre de Cronn. Luego lo llevaron a la orilla del río para curarle la pata, que al parecer se le había enganchado en una zarza; se la lavaron y le untaron una medicina que llevaba Eros consigo, cubriéndola después con unas vendas.

Tommy se introdujo en el agua para quitarse la suciedad y la sangre, y se cambió de ropa.

—Nosotros iremos al pueblo y compraremos dos caballos más, así iremos más

rápido hasta Darlos —explicó Eros—. También iremos a ver a la esposa del hombre que ha fallecido. Billy, quiero que tú vayas a la guarida de Córcum y nos esperes allí mientras nosotros llegamos. Busca la forma de entrar en la cueva, porque, como os habréis imaginado, no podremos entrar tan fácilmente, y mucho menos que ahora sabrán que hemos matado a Córcum y vamos a por Darlos. No te lo pediría si no fuese importante. Tú llegarás antes que nosotros, y nosotros te retrasaríamos yendo a pie.

Enviándote a ti, ahorraremos tiempo para rescatarlo.

—Espera un momento —le dijo Billy—. Me hubiese gustado ir con vosotros a hablar con su esposa, (no quiero sentirme mal por no haber ido y no haberle dicho que siento lo de su marido); pero es cierto que ahora mismo la prioridad es Darlos, así que me marcharé ya.

—Nosotros hablaremos con ella por ti —dijo Tommy.

—Ahora bien, para saber dónde se encuentra la guarida, deberás volver al camino principal que lleva hasta la cueva de Dorgan, sigue hacia el norte y, si sigues por la primera bifurcación que hay a la izquierda, a unos cinco kilómetros, te guiará hacia el noroeste. Conforme vayas avanzando verás una montaña con colores rojizos hacia tu izquierda; ese es el hogar de Córsum. No te acerques mucho con Cronn, déjalo bien escondido y amarrado, donde nadie pueda oírlo, e intenta que tampoco te vean a ti.

—Lo tengo —asintió Billy.

—Sé que en la parte principal de la cueva hay o había dos rox controlando la entrada, que son demonios más fuertes y viles que los breuils; los reconocerás porque siempre llevan el pecho al descubierto; son de piel oscura y en la cara llevan marcadas con hierro y fuego unas cicatrices que son la marca de su señor. Son de cuerpo fuerte y sus manos son capaces de estrangular hasta a un jabalí. Y puede que hayan doblado la guardia; ten cuidado.

Billy asintió con la cabeza y subió a lomos de Cronn.

—Nos vemos más tarde —dijo.

—Cuídate —le dijo Eros—. No hagas nada peligroso.

Sin nada más que decir, Billy cabalgó hacia el oeste lo más recto posible.

Thoenian se encontraba rodeado por grandes sauces que daban sombra a los demás árboles, y por sus calles, los jardines repletos de rosas, liberaban un agradable aroma.

Los dos se dieron cuenta de que era un poco solitario: las calles estaban casi vacías de gente.

—Parecería un lugar bastante triste si no fuera por estos jardines

—indicó Tommy, mientras caminaban lentamente.

—Sí, es cierto. Apenas hay nadie aquí fuera —asintió Eros con la cabeza una vez.

—Pues debemos buscar a alguien que nos indique donde vive Ramga —dijo Tommy.

Comenzaron a preguntar a la poca gente que había en la calle que si sabían dónde vivía la mujer del cazador, describiendo como era él, hasta que dieron con un hombre mayor y les señaló el lugar donde ella vivía.

Después de darle las gracias, se dirigieron a su casa, y tras unos minutos de caminata se detuvieron frente a una pequeña y acogedora vivienda. Tocaron a la puerta y Ramga corrió a abrir pensando que su marido ya había vuelto de cazar. Cuando se asomó, los tres vieron que era una mujer de baja estatura con el pelo rizado, negro y canoso.

Ella, al ver que él no era el que estaba allí, y viendo a dos caras desconocidas, se asustó y preguntó, con el rostro empalidecido, que si ellos le traían noticias sobre su marido.

—Sí, señora —Eros hizo una pausa—. Lamentablemente su marido falleció este medio día debido a un accidente —se lo explicó todo—. Lo sentimos. Lo enterramos hacia el sureste, a unos siete kilómetros de este pueblo, en un claro donde se encuentran flores de varios colores. Si quiere podemos llevarla hasta allí.

La mujer comenzó a llorar desconsoladamente.

Al rato, les habló más calmada:

—Perdón por no haberles dado las gracias por molestarse en traerme esta noticia y por haberlo enterrado. Sé dónde se encuentra exactamente. Siempre suele cazar por esa zona y varias veces me ha llevado ahí. Muchas gracias por todo.

—No se preocupe, señora —respondió Eros—. Le quería dar mi más sincero pésame, y con mucho respeto, hablarle de una cosa que dijo su marido antes de fallecer.

—Adelante, dígame —respondió ella amablemente.

—Su marido quiso que un amigo nuestro, (que ahora no se encuentra con nosotros), se quedase con su caballo como agradecimiento. Se sentía

muy mal por no poder decírselo en persona.

La mujer le sonrió con afecto.

—Si mi marido ha querido que se quedase con su caballo, yo me alegro por su decisión. Además, a mí no me hace ninguna falta, mi marido lo crio para llevarlo con él a cazar, y es muy joven y alegre para dejarlo aquí encerrado en su establo. Seguro que estará mucho más feliz con su amigo —respondió.

—Muchas gracias, señora. Le aseguro que lo cuidará muy bien —le dijo Eros, sonriente.

—Seguro que sí. Si su amigo es igual de amable que ustedes —dijo ella.

—Yo también siento lo de su marido —dijo Tommy, inclinando su cabeza—. Y otra cosa —suspiró—. Su marido nos dio un recado más. Nos dijo que le ... —intentó decir, con delicadeza—, que le comunicásemos que la amaré por siempre —metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño objeto—. Aquí tiene su anillo.

Las lágrimas de Ramga cayeron con suavidad por sus mejillas, mientras lo cogía con cuidado.

—Y yo también a él —contestó en un murmullo, para sí, dando un tierno beso al anillo.

—Nos tenemos que marchar ya, señora. ¿Puedo darle un abrazo antes de irnos? —le preguntó Eros.

—Por supuesto —sonrió ella, con tristeza.

Los dos la abrazaron y le dijeron de nuevo que lo sentían. Después, siguieron con su camino.

Llegaron hasta una plaza donde había todo tipo de puestos de mercaderes, donde había bastante gente, (más de la que se habían encontrado por las calles). Dieron una vuelta por el mercado y por todo el pueblo buscando a alguien que vendiese caballos jóvenes y fuertes, para que soportasen el largo viaje, hasta que dieron con una casa, la más alejada del pueblo, con un establo junto a ella, situado en un gran prado.

—Parece que hemos dado con el sitio —señaló Eros, mirando hacia el

prado, protegiéndose los ojos con la mano, de los rayos del sol.

Allí, dos señoriales caballos galopaban uno junto al otro, relinchando felizmente.

—Acerquémonos a preguntar si están en venta —dijo Tommy.

—Espero que sí, porque es nuestra única oportunidad.

Se adelantaron y tocaron a la puerta de aquella vivienda, donde nadie respondió ni abrió. Esperaron un momento y volvieron a tocar por última vez; la puerta se abrió al poco.

—Perdonen, no podía abrir. Estaba ocupado con el parto de una cabra —explicó un hombre joven que salió a atender su llamada mientras se secaba las manos húmedas con un paño—. ¿Qué desean?

—Perdone si le hemos molestado —se disculpó Tommy.

— ¡Oh, no se preocupen! Ya he acabado —respondió amablemente.

—Hemos venido a preguntarle si tiene a los dos caballos que corretean por el prado, en venta —explicó Eros.

—Por supuesto. Soy criador de animales y después los vendo para sacar beneficio —afirmó el hombre—. Síganme, los llevaré hasta ellos para que los vean.

Los condujo hacia el prado y llamó con un silbido a los caballos que todavía galopaban libremente. Ellos hicieron caso a su llamada y se pararon junto a él.

—Miren que hermosuras —comentó el hombre.

Uno de los caballos era negro con manchas blancas por todo el cuerpo, y el otro, era negro con una mancha blanca en la frente.

Por petición de Eros, Tommy eligió a uno y se decidió por el de las manchas blancas, al que le puso de nombre, Milgo.

— ¿Qué nombre le pondrás al tuyo? —le preguntó a Eros.

Sin meditarlo mucho, él contestó:

—Sérox me parece un nombre adecuado —sonrió.

El dueño les dijo que eran hermanos y que tenían mucho nervio.

—Por suerte me quedaban esos dos. Ahora son de ustedes —les dijo amablemente el hombre—. Les voy a dejar a mitad de precio las monturas.

—Muchas gracias. Es muy amable, pero pagaremos lo que valgan—dijo Tommy.

—Insisto —dijo sonriente el hombre.

—Como quiera. Muchas gracias por ello —le agradeció Eros.

Cuando todo estuvo listo, se despidieron del hombre y se dirigieron hacia la Guarida de Córcum.

Tommy y Eros tomaron el mismo camino que Billy y, cuando el sol se estaba ocultando para dar paso a la noche, se detuvieron en los alrededores de la cueva, buscando a Billy.

Todo en torno a ellos era gris, incluidos los árboles de hojas blanquecinas y el suelo de arena y piedras, que parecía estar bañado por las cenizas de un volcán.

—Es bastante siniestro —comentó Tommy en un susurro, rompiendo el silencio que allí habitaba.

—Bastante más de lo que yo recordaba —añadió Eros, también en voz baja.

Escucharon un pequeño ruido de una rama que había crujido, o algo parecido. Los dos se alarmaron y miraron hacia todos lados con la vista atenta, y casi sin darse cuenta, una figura borrosa salió de entre unos arbustos, la cual se estaba acercando a ellos.

—No te muevas —avisó Eros a su compañero, en un susurro, y sacando su arma lentamente.

Mientras le hablaba, Tommy fijó la vista en aquella figura y, un momento después, dijo, deteniéndolo con su mano:

—No te preocupes. Es una falsa alarma, no es ningún enemigo —sonrió.

Era Billy, que salió al encuentro de ellos cuando los vio acercarse.

—Perdonad si os he asustado. Es que he estado escondido y vigilante para cuando llegaseis, y hasta que no he estado seguro de que erais vosotros no he salido a buscaros. Ahora venid conmigo, no creo que estemos muy seguros aquí fuera.

Se los llevó por donde él había venido, en dirección norte. Atravesaron los setos altos que Billy había cruzado momentos antes, siguieron andando un poco más y acabaron en un espacio cerrado, donde unos árboles que se juntaban unos con otros, lo rodeaban haciendo un círculo casi entero; la entrada estaba oculta por unos arbustos altos, así que era difícil que los descubriesen.

En ese sitio entraban justos, incluidos los caballos, pero podían moverse con algo de facilidad.

—Esto está lejos de la cueva, así que nuestros caballos no correrán ningún peligro aquí, por eso he dejado antes a Cronn solo.

—Es un buen escondite —observó Tommy.

— ¿Qué tal ha ido todo? —le preguntó Eros a Billy, al fin.

—Bastante bien, la verdad. Nadie me ha visto llegar. Y tienes razón, han doblado la guardia; pero tranquilos, hasta aquí no vienen a vigilar —contestó él.

—Menos mal —dijo Tommy, aliviado—. Entonces, ¿te has acercado bastante? —preguntó.

—Sí. Pude observar algo, pero tampoco me quise arriesgar demasiado —respondió.

—Entonces, ¿has encontrado otra entrada o algo por donde poder introducirse en ella? —inquirió Eros, con cierto nerviosismo.

—Sí. Hay otra cueva un poco más allá de esta, y están conectadas. Está hacia el oeste, y no hay nadie vigilándola desde fuera, pero por lo que he escuchado de los soldados, un ser maligno habita en ella. ¿Qué podemos hacer? —preguntó Billy, con rostro de preocupación.

—Debemos entrar como sea. ¿A qué distancia está la otra cueva de esta? —le preguntó Eros.

—A un kilómetro más o menos, contando desde la entrada que está vigilada por los soldados. Tuve que rodear mucho para que no me

capturaran—contestó Billy.

—Bien. Pues sea lo que sea que haya allí, no nos detendrá —señaló Eros—. Es la única manera que tenemos de entrar en la cueva para salvar a Darlos sin que nos vean.

—Pero tendremos que estar preparados para lo que sea —indicó Tommy, pensativo—. Así que debemos pensar qué hacer.

—Tienes razón, Tommy. Debemos preparar un plan —dijo Eros.

—Deberíamos atacar de noche a la bestia, así seríamos menos visibles para los guardias. También deberíamos dejar las cosas aquí escondidas y solo llevarnos lo imprescindible —explicó Billy.

—Muy bien. En cuanto anochezca partiremos, y nos llevaremos con nosotros algunas vendas y agua, por si pasara cualquier cosa, o por si Darlos se encuentra herido —concluyó Eros.

Cuando las estrellas decoraron el cielo, los tres partieron hacia la guarida. Al estar bastante cerca de ella, la luz de las antorchas se hizo visible, y cuando llegaron a la puerta decorada con estandartes raídos, escondidos tras unos arbustos solo por un momento, unos metros más atrás, vieron a muchos subordinados esperando su llegada. Billy les dijo en un susurro casi ininteligible, que había muchos más de los que había visto por la tarde.

Al fin, fueron alejándose de todos silenciosamente, hasta llegar a la otra cueva, ocultos por los árboles y los matorrales que había a su paso, e intentando que la luz de las antorchas no los delatase.

Como ellos deseaban, con todo su corazón, los soldados no patrullaban aquella zona, pero antes de salir de su escondite, examinaron atentamente el lugar, y después corrieron hacia el umbral que quedaba frente a ellos.

La entrada solo estaba iluminada débilmente por la luz de la luna, y estaba cubierta alrededor, por una gran capa de enredaderas negras que trepaban hacia lo alto de la cueva. Por dentro, una luz amarilla y muy intensa, brotaba

hacia fuera.

Los tres decidieron entrar a la vez, con los ojos protegidos de la luz por sus manos, pero con la suficiente visibilidad para intentar poder percibir su alrededor.

Cuando cruzaron el umbral, un olor putrefacto e insoportable, hizo que sintieran náuseas, y por cada paso que daban, crujidos bajo sus pies sentían. Y aunque no veían nada, sabían que en el suelo había huesos, (seguramente de los grandes festines que la bestia se daría).

—Debemos andar con cuidado —dijo Eros a media voz—. Deberíamos parar e intentar situarnos como sea, para poder avanzar mejor.

Y antes de que los demás pudiesen contestar a sus palabras, un viento fuerte azotó sus caras, las luces se hicieron más tenues, y un animal de cuatro patas se acercó trotando hacia ellos, mientras sus fuertes pisadas hacían eco en su interior.

Se asemejaba a un perro gigante. Su pelo era negro como el azabache, y estaba completamente erizado; sus ojos de feroz mirada, eran enteramente rojos. Los dientes puntiagudos, parecían cuchillos afilados, y sus garras se clavaban en los duros huesos que cubrían el suelo. Tenía una cicatriz en la cara que le llegaba desde el ojo izquierdo hasta el otro lado de su hocico, y sus babas chorreaban como espuma negra.

El perro, quieto a dos metros frente a ellos, se abalanzó de un gran salto, y Billy y Tommy consiguieron apartarse uno a cada lado, pero Eros, que estaba en medio, se precipitó por debajo de él, cayendo al mar de huesos. Éste se levantó rápido con espada en mano, mientras que Tommy y Billy ya estaban armados

La bestia se giró y gruñó, e iba a volver a arremeter nuevamente sobre ellos, cuando se dio cuenta de que estaba rodeado.

— ¿iOs creéis que vais a poder contra mí!? —preguntó sarcásticamente el monstruo, con voz ronca y burlona—. ¡Yo soy Derktherian, Señor de los Grandes Perros-Bestia!

Todos quedaron perplejos al saber que hablaba, y Derktherian se echó a reír.

— ¿Nunca habéis escuchado a una bestia hablar? —les preguntó, riéndose de ellos.

—Me da igual que sepas hablar o no; me dejarás cruzar la cueva sí o sí —le contestó Eros seriamente, con mirada fulminante.

— ¡No podréis contra mí, miserables! —respondió el monstruo.

Y terminando de hablar, se arrojó sobre Billy.

Él intentó apartarse de Derktherian echándose a un lado, pero la bestia alcanzó su brazo izquierdo con sus grandes garras, y lo hirió; gritó fuertemente mientras caía al suelo. Y antes de que Derktherian lo volviese a atacar, Tommy se lanzó sobre él y cortó su larga cola.

Billy se volvió a levantar mientras pudo, tiró la espada y se agarró el brazo dando otro grito de sufrimiento, mientras la brillante sangre recorría sus dedos y su piel. Tommy se acercó al él, soltando la espada a su lado, y le miró el brazo;

tenía una herida bastante profunda.

La bestia, que se estaba retorciendo en el suelo de dolor, se olvidó de ello pronto y se volvió hacia Eros, que corría hacia él para lanzarse sobre su cuerpo sin detenerse. Continuó hasta dar un salto y, alzando la espada, quiso asestarle un golpe en el hocico, pero ya la bestia estaba preparada para frenar ese ataque, y lo que hizo fue cortar la espada con sus garras, en unos cuantos pedazos.

Eros comenzó a retroceder despacio mientras Derktherian iba lentamente hacia él, porque ya no tenía con qué atacar o defenderse, hasta que dio con la pared y se atrapó él solo. Y justo cuando su enemigo alzó sus garras para atacarle, la voz de Billy se alzó:

— ¡No lo matarás! ¡Me tendrás que matar a mi primero para poder hacerlo! —gritó, amenazándolo con una mueca de dolor.

Derktherian, mientras se daba la vuelta hacia él lentamente, ya tenía su espada atravesada en la nuca, y momentos después, se desplomó hacia un lado.

Billy sacó el arma de su carne, se desmoronó en el suelo, de rodillas, dejando caer la espada de nuevo y agarrándose el brazo.

Sus amigos se acercaron a él y Eros curó su herida. Luego lo levantaron y continuaron hacia delante.

La sala en la que estaban, toda llena de huesos por doquier, tanto humanos como de animales, no era muy profunda pero sí ancha, y la puerta que daba hacia el interior de la guarida de Córcum no estaba lejos, solo a unos pocos metros de donde ellos se encontraban.

Llegaron hasta ella; era una puerta gruesa, de mármol, y de ella colgaba un cráneo de un perro gigante. No sabían cómo abrirla, debido a

que no había pomo, pero no les hizo falta hacer nada, ya que comenzó a abrirse sola hacia ellos.

Todos se pusieron tras ella, y de allí salió un guardia. Eros lo atacó por sorpresa y en silencio, con su puñal atravesándole el cuello. Y antes de que se cerrara de nuevo, cruzaron por ella, sin saber qué o quién había dentro. Por suerte, ya estaban en las mazmorras.

Toda la gran sala era de piedra fría, y en ella había hileras de grandes jaulas rectangulares, de metal, con una antorcha en cada equina. Estaban separadas dos metros de cada una, y entre fila y fila, había una distancia de tres metros, dejando un pasillo entre ellas.

No había nadie vivo dentro de las celdas, solo unos cuantos cadáveres putrefactos en algunas, donde los gusanos devoraban su carne, y en otras, esqueletos con telarañas enmarañadas entre sus huesos.

De pronto, después de dar unos pasos al cruzar la puerta, aparecieron seis guardias humanos, y los tres comenzaron a luchar.

A Tommy lo hirieron con una cimitarra en el costado derecho y resistió, pero ese mismo hombre se lo llevó con él a rastras. Billy y Eros no podían hacer nada, puesto que dos de los otros guardias todavía seguían vivos y les cerraban el paso, y, además, Billy apenas podía luchar; pero con fuerza sacada de su ira, le cortó la cabeza a su oponente, y Eros le clavó su puñal en el corazón al otro. Y corriendo, siguieron los rastros de sangre de Tommy.

— ¡Debemos encontrar a Tommy y al guardia! ¡Daré la alarma si no lo hacemos! —exclamó Eros, desesperado.

Ya perdidos, sin saber a dónde ir, porque el rastro de Tommy ya había desaparecido, de nuevo tuvieron compañía, pero no les resultó difícil acabar con ella, pues eran dos brecuils debiluchos y mal alimentados, y por suerte, uno de ellos llevaba colgando de la cintura las llaves de todas las celdas, las cuales parecían ser cientos.

Después de volverse locos de tanto buscar a su amigo, encontraron a Darlos por casualidad en una celda, teniendo por compañía a dos esqueletos.

Lo sacaron de allí sin apenas poder moverse por sí mismo.

Estaba sin camiseta y los pantalones los tenía desgarrados por todos lados. También tenía ojeras, moretones por todo el cuerpo y sangre seca en la cabeza.

Lo sentaron en el suelo fuera de la celda y lo apoyaron contra los barrotes. Le preguntaron si había visto a Tommy y asintió débilmente con la cabeza.

—Se lo han llevado unas celdas más adelante —dijo, casi sin poder pronunciar palabra.

—Iré yo solo —señaló Billy—. Tú quédate con él hasta que yo regrese con Tommy —le dijo a Eros.

— ¡No! —exclamó él, antes de que se marchara—. No debemos separarnos; debemos ir juntos por si nos encontramos a más guardias y así no nos pillen sin apoyo a ninguno.

Billy asintió con la cabeza.

—Lo siento, Darlos —dijo Billy mientras colocaba su brazo encima de sus hombros.

Él se encargó de su amigo y buscaron a Tommy celda por celda, hasta que dieron con él.

Estaba ensangrentado, pálido y sudoroso, no se tenía en pie y necesitaba que lo curasen rápido.

Lo sacaron de allí y, Eros lo subió a cuestras para llevarlo hasta donde habían dejado las cosas y los caballos, lo más rápidamente que pudieran; sin embargo, ya era tarde, porque el soldado que había herido y encerrado a Tommy, dio la alarma y avisó a sus compañeros.

— ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Billy, alterado, mientras escuchaba la campana de alarma.

—Debemos salir de este sitio por el mismo camino que hemos tomado para llegar aquí, antes de que nos encuentren —respondió Eros.

—Pero sabrán por dónde hemos entrado.

—No hay de otra. No sabemos dónde hay otra puerta y no hay tiempo de buscarla.

— ¡Tú eres el que estuvo aquí durante unos años! —respondió Billy,

algo

malhumorado. Los nervios le estaban haciendo perder la calma.

—Sí. Pero eso fue hace mucho tiempo y no conozco toda la cueva. Así que dejemos de discutir ya y marchémonos —dijo seriamente, zanjando el asunto.

—Pues guíanos, yo no recuerdo el camino —suspiró él.

Corrieron todo lo que pudieron hacia la salida cargando con Tommy y Darlos, y todo fue bien, hasta que salieron fuera.

Veinte rox los estaban esperando allí mismo para matarlos, a la salida de la cueva, con el cielo oscuro todavía.

Los cuatro sabían desde el principio que no iban a poder escapar tan fácilmente, y menos estando dos de ellos malheridos. Intentaron volver adentro para huir por el otro lado, pero ya, otros diez soldados humanos los tenían rodeados por detrás.

—No podréis escapar —indicó el cabecilla de todos, que se encontraba fuera—. Rendíos ahora o sucumbid en el intento de luchar contra nosotros.

Mientras este seguía hablando, Eros le dijo a Tommy en un susurro, intentando que no lo vieran:

—Nosotros que tenemos armas y podemos combatir —dijo, refiriéndose también a Billy—, los distraeremos. Mientras, vosotros os alejáis. Coged los caballos y el resto de nuestras cosas, y marchaos lejos de aquí. No os detengáis e id lo más rápido que podáis. Toma, el último puñal que tengo —se lo dio lo más secretamente posible—. Debes llevártelo; te hará falta.

Al final, Billy miró a Eros sin saber qué hacer, y entonces, Eros respondió a las palabras del otro:

—Prefiero perecer en el intento de acabar con vosotros, que rendirme a vuestros malditos pies.

Con estas palabras, Eros, después de soltar a Tommy en el suelo, agarró su puñal, Billy su espada, y los unos se abalanzaron sobre los otros. Pero justo en el momento en que sus armas chocaron fieramente, alguien alzó su voz entre el escándalo.

— ¡Alto! —los detuvo un gran soldado que salió del interior de la cueva.

Todos callaron y se volvieron hacia él.

Un brécuill más corpulento y alto de lo normal, con una armadura pesada, pero sin casco, se acercó a Eros, mientras los soldados le abrían paso; parecían algo atemorizados.

Este soltó unas carcajadas de burla hacia él.

— Mira a quien tenemos aquí —lo miró de arriba abajo, mientras lo rodeaba tranquilamente.

—Dúnasar —mencionó Eros, con desdén, mientras lo miraba con odio.

Dúnasar soltó una carcajada de desprecio:

—Veo que te acuerdas de mí. Ya me dijo Corcum que me encargase de ti si él no volvía.

— ¡Cómo quieres que olvide al monstruo que hizo que atacáramos una aldea de personas inocentes! —gritó Eros con ira, acercando su cara a la de él.

Los soldados levantaron sus armas preparados para atacarlo, pero Dúnasar

alzó el brazo para que las bajarán.

— ¡Tú fuiste el que se unió a nosotros después de rechazarte varias veces! —replicó—. Te dejamos marchar vivo y aun así volviste a nosotros para volverte un asesino.

Eros tragó saliva, dándole la razón con su silencio.

—Yo os admiraba —sus puños cerrados temblaban—. ¡Tan solo era un maldito crío que quería aprender a luchar! ¡Pero me equivoqué de lugar! ¡Vosotros me convertisteis en un ser despreciable y maté a personas inocentes, incluido niños!

Todos escuchaban atentamente. Tommy se apoyaba en Billy.

— ¡No quieras culpar a los demás de tus propios actos!

El corazón de Eros dio un vuelco. Sabía que no podía defenderse a él mismo.

—Al menos me di cuenta de mis acciones justo después de cometer ese acto cruel, y no me quedé a vuestro lado para seguir cometiendo atrocidades.

—Pero lo hiciste. Mataste a personas inocentes —lo miró con una sonrisa perversa. Intentaba que su mente se desmoronase.

— ¡No he venido aquí a hablar contigo sobre el pasado!
—inesperadamente, su puñal atravesó su cuello y Dúnasar cayó al suelo.

Los enemigos se sorprendieron por esto, y cegados por su odio, volvieron su vista hacia él y se abalanzaron para matarlo.

Billy, aprovechando que estaban centrados en él, empujó a Tommy y Darlos fuera de aquel caos, dándoles la oportunidad de huir. Después, se unió a Eros en la lucha; una lucha perdida.

En medio del revuelo, mientras Eros y Billy luchaban desesperadamente, intentando no salir heridos, las vendas que cubrían el brazo de Billy, fueron cortadas por una espada enemiga, atravesando su piel ya lastimada anteriormente. Este ahogó un grito de dolor mientras la sangre manchaba la manga de su camisa, pero no se detuvo y continuó peleando.

Los soldados caían uno tras otro, mientras Eros se defendía y combatía con tan solo el puñal que llevaba. Billy, al agacharse una vez para esquivar un golpe, cogió una espada del suelo.

— ¡Eros, cógela! —gritó.

Él, que no estaba muy lejos de Billy, se volvió en el momento en que pudo, y extendió el brazo mientras la espada volaba hacia su mano. Cuando se dio la vuelta nuevamente hacia sus enemigos, uno de ellos quiso atravesar su espada en su garganta, pero Eros se hizo a un lado. Justo tras eso, con su arma en el costado, echándola hacia atrás, mató a otro apuñalándolo en el estómago. Luego se posicionó frente al otro nuevamente, y cortó su pierna antes de que este pudiese hacer algo más; lo remató en el suelo, con la espada hundida en su corazón.

La mañana casi estaba encima; la lucha se hacía eterna, y sus rivales menguaban, pero las fuerzas les empezaron a flaquear y cada vez los veían más encima, aunque no se daban por

vencidos.

Al final, acabaron cayendo heridos, y Billy, más de lo que ya lo estaba. Y momentos después de dar su última gota de energía, sus vistas se nublaron y se desplomaron en el suelo, sin poder batallar más, permaneciendo a manos de sus enemigos.

Habían perdido esta vez y no podían hacer nada al respecto. Sus vidas les serían arrebatadas, pero no se sentían mal; al menos sus amigos habían logrado escapar y podrían continuar con su cometido.

Capítulo 6

5. Caras nuevas, amigos nuevos

El sol calentaba su rostro; escuchaba a alguien llamándolos, como si las voces proviniesen de debajo de la tierra. Notaba que algo mojaba su cara y abrió sus ojos de súbito. Se sentó y miró a su alrededor; vio muchos cadáveres esparcidos por el suelo, a Eros tendido a su izquierda, y a su derecha, se inclinaba hacia él, Cronn. Frente a ellos estaban sus amigos.

— ¿Cómo te encuentras, Billy? —le preguntó Darlos.

—...Bien —respondió, aún aturdido—, aunque herido. ¿Cómo se encuentra Eros?

—No despierta; estará demasiado extenuado —respondió Tommy, que se encontraba bastante mejor y tenía mejor color de piel después de haber curado su herida.

Billy, cayendo en la cuenta de lo que había pasado antes de desmayarse, se alteró, aferrándose a la manga de Tommy fuertemente.

— ¿iCómo seguimos vivos!? Todavía quedaban enemigos en pie cuando nos desmayamos —preguntó. Se puso en pie, tambaleándose un poco, y miró a su alrededor, desesperado.

— ¿De qué estás hablando, Billy? —le preguntó Tommy, un poco desconcertado—. No te fuerces —dijo, sujetándole el brazo para que no cayese al suelo.

—Cuando llegamos aquí solo estabais vosotros dos tendidos en el suelo, aparte de los cadáveres —señaló Darlos—. No había nadie vivo.

—No puede ser —dijo, nervioso—. Voy a contar los cuerpos —se acercó a ellos.

—No hace falta. Ya nos encargamos nosotros por si alguno había ido en busca de ayuda —dijo Darlos—. Hay treinta cadáveres, ni uno más, ni uno menos.

—Yo pensaba que no os íbamos a encontrar con vida, pero gracias a algún milagro, sobrevivisteis —dijo Tommy, con una pequeña sonrisa.

—Yo estaba muy seguro de que quedaban más soldados vivos, y que era nuestro fin —mientras decía eso, su corazón se oprimió por un

momento—. Sí que ha sido un milagro —sonrió, aliviado.

Eros despertó momentos después, como de una pesadilla, mirando hacia todos lados con brusquedad, creyendo que todavía había enemigos.

—Tranquilo, estamos a salvo. Los matamos a todos —le dijo Billy, con suavidad.

Él respiraba con ansiedad, pero se dio cuenta de su presencia y la de sus otros amigos; tragó saliva.

— ¿Qué... ha pasado con nuestros enemigos? —preguntó, confundido.

—Al parecer, los derrotamos a todos —respondió Billy.

Su respiración volvió a la normalidad poco a poco; se quedó un momento pensativo, pero después lo miró atentamente y dijo, fijando su vista en su costado:

—Estás herido. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Podría estar peor. Tú también tienes una herida en la pierna, y en la cabeza.

—No te preocupes, estoy bien. Sanará rápido. No son más que heridas superficiales.

—Tu brazo lo hemos curado hace un momento —le dijo Darlos a Billy—. Tenía mala pinta.

Él se miró las vendas que lo cubrían.

—Una espada cortó mis vendajes y rozó mi otra herida, abriéndola un poco de nuevo, pero si estoy aquí, vivo, es porque no ha sangrado gravemente.

—Deberíamos irnos ya de aquí y buscar algún sitio donde poder recuperarnos —les dijo Tommy.

—No quiero que estemos aquí más de lo necesario, así que, yo me marcharé ya hacia casa; no puedo permitir que me vean —dijo Darlos.

—Vete con el caballo de Tommy, si él está de acuerdo. Es el más rápido —le indicó Eros.

Tommy asintió con la cabeza.

—Yo lo llevaré a él conmigo —continuó diciendo Eros—. Llévate algo de comida para el viaje y coge algún arma de las que hay por aquí. Yo me llevaré otra.

Darlos le hizo caso y se guardó comida en una pequeña mochila, cogió un arma y montó sobre Milgo.

— ¿Estás seguro que quieres partir así, en tu estado? —le preguntó Billy.

—Estoy mejor que cuando me habéis rescatado —respondió—. He comido algo antes de venir aquí y he repuesto algo de fuerzas. Más que maltratarme los soldados de Córsum cuando me obligaron a ir con ellos, me dejaron muerto de hambre.

—Espero que te vaya bien el viaje, entonces —le dijo él.

—Quiero daros las gracias por todo. Sabía que me ibais a sacar de ahí. Además, vosotros dos —dijo mirando a Tommy y Billy—, os habéis vuelto fuertes en este poco tiempo; pero por mi culpa todos estáis heridos y casi caéis en combate. Siento todo esto. Me siento avergonzado de que me hayan podido pillar por sorpresa —dijo, con la mirada al suelo.

—No lo sientas —respondió Eros—. Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado. Nosotros sospechamos que irían a por ti, del primer grupo con el que peleamos, porque se dirigían hacia el sur y estaban a dos días de tu casa, pero decidimos seguir adelante, pensando que, si era así, tú estarías preparado para ello.

—No os sintáis mal. Si nos ponemos así, yo tengo parte de la culpa por no estar atento; sé que mi vida corre peligro si no lo estoy. Os vuelvo a dar las gracias por haberme salvado —inclinó su cabeza—. Con lo que ha pasado, me habría gustado acompañaros y luchar a vuestro lado más que en ningún otro momento, pero... ya sabemos que no es lo mejor; si me ven, la misión se haría aún más complicada conmigo a vuestro lado y no podría liberar a Dorgan de las cadenas de la muerte que lo sujetan, por la pena de muerte que me tienen jurada —dijo, cerrando sus ojos, sintiéndose mal por todo—. Lo siento.

—No volvamos a esta conversación de nuevo; nosotros elegimos esto, y así lo haremos, sin fallar —sonrió Tommy.

Eros se acercó a Milgo, y acarició su hocico tranquilamente.

—Ahora, vete ya —dijo—. Será mejor que no nos demoremos mucho en este sitio; tarde o temprano llegarán más soldados sea por lo que sea.

—Sí —sintió una vez con la cabeza—. Ya nos veremos cuando todo esto acabe. Mucha suerte en vuestro camino —dijo—. Y, además, Tommy, cuidaré de Milgo hasta que regreséis. Cuidaos y sanad pronto.

—Gracias, Darlos. Ten mucho cuidado tú también; no sabemos si alguien más sabe dónde vives —le dijo Tommy.

—Tranquilo. No me volverá a pasar lo de antes —sonrió él.

—No dejes que la gente te vea o ya sabes qué ocurrirá —le advirtió Eros—. Adiós, amigo mío.

—Hasta nuestro próximo encuentro —dijo Billy.

Darlos cabalgó con la velocidad del viento, desapareciendo rápidamente de sus vistas.

Los tres volvieron a tomar rumbo hacia el norte, pero antes de seguir hacia la cueva, se detuvieron dos días en una posada para recuperarse un poco de sus heridas.

Tardaron dos horas en llegar desde el territorio de Córcum. Toda la clientela los miraba muy extraño por todas las heridas que tenían y las manchas de sangre que había en sus ropas.

La posadera les preguntó por qué estaban magullados, pero no dijo nada de las armas, porque estaba acostumbrada a ver a gente así que pasaba casi siempre por su negocio.

—Mientras viajábamos nos encontramos con un pequeño grupo de brécuils que nos atacaron, pero aun no saliendo tan airosos, pudimos acabar con ellos —respondió Eros.

Ella se disculpó con ellos:

—Siento haberos preguntado, pero no puedo fiarme de la mala gente que hay por aquí.

—No se preocupe. Ha hecho usted lo que debía; hay demasiados bandidos por el bosque —le respondió él, con comprensión.

—Solo os pido que me dejéis las armas aquí para tranquilidad de los clientes —pidió amablemente.

Ellos, sin ningún inconveniente, depositaron sus armas en un baúl de madera que la mujer cerró con candado, y ésta les dio una habitación con

tres camas y les preparó unas jofainas grandes con agua caliente y jabón, para que se asearan.

Después de un buen baño, se volvieron a curar las heridas. Luego, un mesonero subió a la habitación unos platos de deliciosa carne asada y la depositaron en una pequeña mesa que había allí, acompañados por un jarrón de agua y otro de vino.

Mientras comían, estuvieron hablando de lo que había sucedido en la guarida de Córcum.

—Antes de volver a por vosotros, le dije a Darlos que se marchase con un caballo, que iría yo solo en vuestra ayuda, pero el muy cabezota quiso venir conmigo —explicó Tommy, mientras pinchaba un jugoso trozo de carne y lo cortaba con el cuchillo—. Regresamos a por vosotros después de recoger las cosas y los caballos del escondite, pero él tuvo que comer algo antes de partir porque estaba demasiado débil y hambriento, y mientras tanto, yo me limpié la herida del costado y la vendé. Intentamos llegar lo antes posible para ayudaros, si no era demasiado tarde. Cuando os encontramos, estabais tendidos en el suelo con un mar de cadáveres a vuestro alrededor; pensábamos que estabais muertos, pero os oímos respirar. Y tú —dijo mirando a Billy con una gran sonrisa—, te despertaste porque Cronn te estaba lamiendo la cara con su gran lengua.

Todos estallaron de risa.

Cuando se calmaron, continuaron hablando.

—Gracias por haber venido a por nosotros —le dijo Eros a Tommy—; aunque no deberíais haberlo hecho; podría haber pasado cualquier otra cosa y que os hubieran ejecutado a vosotros también.

—Cuando huimos fue precisamente para salvaros; Darlos no tenía arma y

vosotros teníais las justas para defenderos, y yo no podía mantenerme mucho rato en pie, así que nos fuimos lo más rápido que pudimos para volver preparados. Y si Darlos hubiese tenido algo para defenderse, aún sin fuerzas como estábamos, no os hubiésemos abandonado; y aunque yo tenía un puñal para defendernos a ambos mientras escapábamos, no podía dejar que Darlos huyera solo, a su suerte, mientras yo luchaba a vuestro lado; así que yo os debo pedir perdón en su nombre y en el mío, por haberos dejado allí solos contra tantos enemigos —señaló, sintiéndose mal por lo que habían hecho.

—No voy a aceptar ninguna disculpa, porque no hay nada que perdonar. Yo os dije que os marchaseis y volvisteis para luchar —respondió él a sus palabras.

—Gracias, Eros, por ser tan amable —le dijo con una pequeña sonrisa—. Y otra cosa, ¿por qué no has querido que nos quedásemos en Thoenian? —le preguntó, curioso.

—Para que nadie se hiciese o nos hiciese demasiadas preguntas por nuestro aspecto. No quería levantar alguna falsa sospecha, ni asustar a los ciudadanos, por eso decidí que viniésemos a un sitio como este, donde no hay tanta gente. Mira como nos han mirado todas esas personas y cómo nos ha preguntado la posadera por nuestro aspecto; creía que éramos bandidos, y menos mal que me ha creído al contarle lo de los breuils, sino nos hubiésemos buscado algún problema —respondió él.

—Entiendo —asintió Tommy con la cabeza.

— ¿Te dijo Darlos algo sobre qué le pasó cuando lo capturaron? —le preguntó Billy a él.

Tommy asintió.

—Solo me dijo que mientras cortaba leña cerca de su casa, tres rox lo rodearon sorpresivamente y no le dejaron escapatoria, y un cuarto se acercó por su espalda y le tapó la cabeza con un saco, para cegarlos y así no poder defenderse. Lo llevaron caminando hora tras hora, sin darle un poco de tregua, tan solo descansando un rato por la noche, pero un rato insuficiente para él. Apenas lo alimentaban, tal y como ya os dijo, pero lo mantenían vivo lo suficiente; no lo querían muerto.

Eros hincó el codo en la mesa y apoyó su cabeza en su mano.

—Y todo eso por mi culpa —después de decir eso, los miró a ambos—. ¿De verdad podemos dejarlo solo en esta situación? No sabemos si alguien más sabe de su paradero; conociendo a Corcum seguro que a alguien más le contó dónde vivía; él era muy precavido.

— ¿Y qué podemos hacer junto a Darlos? —dijo esta vez Billy—. Ahora ya conoce el peligro en el que está, así que esta vez no será fácil que lo capturen. Sabemos que no lo quieren muerto, porque lo necesitan vivo lo deseen o no, así que esa es una ventaja, porque significa que no corre tanto riesgo y no debemos preocuparnos por su vida. Así que nosotros debemos concentrarnos en coger esos huesos y volver junto a él para que resucite a Dorgan, antes de que nuestros enemigos se adelanten y los obtengan de una forma u otra, porque no creo que se conformen con

intentar capturarnos a nosotros para que hagamos el trabajo para ellos.

—Billy tiene razón —le dijo Tommy a Eros.

Él suspiró y dijo:

—Está bien. Sé que es como debemos actuar —cogió su vaso medio lleno de vino y se lo bebió de un trago. Lo puso en la mesa y se levantó de la silla—. Me voy a descansar. Buenas noches —se dio media vuelta y se acostó en su cama.

Pasaron dos días y estaban bastante recuperados, así que continuaron con su viaje bien temprano, poco después de la salida del sol. Le dieron las gracias a la posadera por su hospitalidad y marcharon después de que sus armas les fuesen devueltas.

Todo el día cabalgaron sin problemas hasta casi caer la noche. El sol se estaba escondiendo ya detrás de las montañas lejanas del oeste y todo estaba quedando silencioso en aquel siniestro paraje.

El lugar era muy triste, la tierra era estéril y oscura, como si una sombra se extendiera sobre ella. Los árboles dispersos que la ocupaban, estaban secos y tenían un color negruzco; parecía que aquel sitio hubiese sido devastado por el fuego tiempo atrás. Ni siquiera habitaba allí persona, animal o monstruo alguno.

—Está anocheciendo, hay que acampar —dijo Eros, buscando con la mirada un sitio en el cual descansar, mientras cabalgaban lentamente.

Al salir el sol, Billy se despertó al lado de Tommy, el cual estaba dormido, y no vio por ningún lado a Eros, que fue el último en hacer la guardia, pero Sérox sí estaba, así que decidió despertar a su amigo para desayunar y recoger las cosas del campamento mientras él volvía.

Mientras daban el último bocado a su comida, él apareció.

— ¿Por qué no me has avisado? —le preguntó Billy a Eros algo disgustado, mientras se levantaba del suelo—. Podría haber pasado

cualquier cosa inesperada mientras tú no estabas y nosotros dormíamos.

—Tranquilo, Billy —le habló con calma—. No ha ocurrido nada durante la noche y no lo iba a hacer durante un rato que he estado fuera. He estado buscando agua a más de dos kilómetros de aquí, pero el paisaje sigue igual y no hay forma de dar con algún riachuelo, tan solo lechos secos.

—De todas formas, has sido muy confiado en dejarnos aquí dormidos —le replicó él, con tono serio.

—Déjalo ya, Billy. No ha ocurrido nada, estamos bien —intercedió Tommy serenamente, intentando dejar las cosas lo más calmadas posibles.

—Lo siento —se disculpó Eros—. No sabía que te ibas a poner así por no haberte despertado antes de marcharme; solo quería dejaros dormir un poco sabiendo que no había peligro.

Él se dio cuenta de que estaba sacando las cosas de quicio.

—Perdóname tú a mí —suspiró—. Me he irritado sin razón. Sé que lo has hecho con buena intención.

—Todo olvidado —le sonrió Eros.

Salieron del extraño lugar donde habían acampado, y poco a poco, el paisaje volvió a la normalidad, con los árboles altos y fuertes siguiendo la orilla del camino y difuminándose en la distancia, y la hierba que aparecía de vez en cuando bajo sus pies.

Decidieron desviarse del camino por el este, para buscar un lugar lo bastante alto como para mirar hacia él a lo lejos, por si alguna sorpresa les esperaba.

Después de seguir hacia el norte, cubiertos por los árboles, lejos de miradas traicioneras, llegaron a un claro del bosque donde había una pequeña pero alta colina y los árboles de alrededor eran bajos. Desde allí, miraron hacia el noroeste, hacia el camino que tenían que seguir, y por suerte no había nada anormal, al menos a simple vista.

De repente, emergió un grupo de rox del mar de árboles que había a

espaldas de ellos y los rodearon desde abajo del montículo.

Los tenían bloqueados y no podían ni huir ni defenderse debido a que había demasiados por todas partes; pero entonces, un fuerte viento se levantó y de él surgió un vendaval que los arrojó hacia los árboles fuertemente, haciendo que, del impacto, murieran.

A ellos tres no les afectó en absoluto, solo el viento meció con intensidad sus cabellos. Y los caballos no se asustaron; estaban completamente tranquilos ante aquel extraño suceso.

Asombrados, miraron hacia todos lados, buscando alguna respuesta a lo que estaba sucediendo, y en medio de esa ventisca, apareció una mujer alta y delgada, de pelo largo, liso, rubio y suelto, de ojos verdes y labios rosados, y lucía un vestido dorado, bordado con hilos de plata.

Se fue acercando a ellos lentamente, mientras espléndida, subía como un rayo de sol por la colina.

—No os asustéis —dijo ella con voz dulce, cuando se plantó ante ellos, acompañada por una bella sonrisa—. ¿Sois Eros, Billy y Tommy? Soy una bruja elfa y he venido a ayudaros. Ningún enemigo me envía, creedme. ¡Oh, perdón!, no he dicho mi nombre. Soy Selene —dijo ella, inclinándose elegantemente.

—Sí, somos nosotros —contestó Eros amablemente, pero desconcertado por lo que estaba sucediendo—. Encantado —le devolvió el gesto.

—Lo mismo digo, bella dama —respondieron los otros dos a la vez, imitándolo.

— ¡Oh, gracias! —respondió ella, sonriente—. Querría deciros algo; pero, antes de nada, si no os importa, me gustaría que nos marchásemos de aquí por si vuelven más enemigos; y, además de eso, no hace falta que me llaméis de usted.

Accedieron a marcharse de allí, pensando que la cara de aquella mujer demostraba que quería decirles algo importante, aunque no sin estar atentos a algún movimiento o cosa extraña que ella hiciese.

Después de una hora de camino, pararon para comer algo en un pequeño claro que había cerca del sendero, y allí, ella les explicó lo que debían saber.

—Conozco vuestras intenciones—comenzó a decir—. También sé, que tenéis en vuestras manos la estrella celeste.

Ellos tres se miraron seriamente y mostraron en sus ojos la desconfianza sobre la mujer. Ella, percatándose de ello, dijo sin mostrar enfado:

—Os dije antes que no soy enemiga vuestra. Escuchad lo que os tengo que decir y después me juzgáis como queráis.

Ellos atendieron a sus palabras.

—Me gustaría poder acompañaros, si me permitís, en vuestro viaje. Sé que hay enemigos que os buscan y quiero poder luchar a vuestro lado y proteger los huesos de Dorgan; puedo hacer un conjuro para que nada ni nadie se interponga en vuestro camino cuando salgáis de la cueva.

— ¿Cómo sabes lo de los huesos? —le preguntó Eros, ahora más desconfiado que antes; su mano estaba posada en la empuñadura de su cuchillo.

—Dorgan es amigo mío —contestó ella.

Ellos se quedaron sin palabras; sus ojos estaban muy abiertos.

— ¿iCómo es posible!? —exclamó Eros, estupefacto, cuando al fin pudo pronunciar palabra.

—Déjame que me explique y lo entenderéis todo —habló calmada—. Puedo sentir la presencia de él gracias a las lágrimas que derramó, y hace muy poco me habló en mi pensamiento. No me habló claramente, pero él me dio vuestros nombres, me mostró con imágenes vuestro propósito y me hizo buscaros para unirme a vosotros, además de decirme que hay enemigos que os quieren para sus sucias intenciones. Esto fue hace tres días, así que aquí estoy. Y quiero ayudaros tanto a vosotros como a Dorgan.

—Todo esto es increíble —dijo Eros, más asombrado que antes. Él soltó su cuchillo—. Si a mis amigos no les importa, acepto que vengas con nosotros; a ti también te incumbe esto. Tu ayuda nos vendrá muy bien.

—Como Eros ha dicho, Dorgan es tu amigo, y si quieres ayudarlo, quien soy yo para negarme —dijo Tommy.

—Nos alegramos por la ayuda, aunque nos haya pillado de sorpresa —dijo Billy—. Ahora que todo está aclarado, con vuestro permiso, me gustaría ir con Tommy a buscar comida. Darlos se llevó bastantes provisiones cuando se marchó, y tampoco compramos nada en la posada,

así que no nos queda ni para dos días. Tampoco sabemos si nos encontraremos con alguna tienda en este margen de tiempo, así que...

—Id tranquilos —dijo Eros—. Pero tened cuidado.

Mientras ellos estuvieron ausentes, Selene y él hablaron con calma.

—No me esperaba que hubiese alguien más que quisiera ayudar a Darlos, y menos, conocer a alguien que fuese amigo de Dorgan —dijo él.

—Yo tampoco me esperaba que Darlos quisiera resucitar a Dorgan. Y, aunque Dorgan no me hubiese avisado de esto, si me hubiese enterado de otra forma, igualmente os habría acompañado —le dijo con amabilidad.

—De verdad que agradecemos tu ayuda. Y el habernos salvado antes —sonrió él.

Esta vez, Selene mostró una expresión grave; movía sus manos entrelazadas con nerviosismo.

Eros borró su sonrisa, sabiendo que ella iba a decir algo malo.

—Siento tener que decir esto —comenzó a decir ella—. Lo que os había dicho antes no es lo único que tenía que hablar con vosotros —suspiró—. Tú sabes que el Dragón Azul es inmortal.

Él asintió con la cabeza una vez.

—Pues si él revive, Darlos morirá. Esa flor contenía la mitad del alma de Dorgan, donde estaba casi todo su poder, además de su inmortalidad, y Darlos, al tomársela, todo eso pasó a él; aunque el poder está sellado y solo lo puede liberar Dorgan dentro de su propio cuerpo. Con esto quiero decir, que absorberá el alma a Darlos y la suya propia, para así poder vivir inmortalmente y recuperar su poder; sin embargo, Darlos morirá debido a ello.

El corazón de Eros dio un fuerte vuelco al escuchar eso, haciéndolo latir con mucha fuerza.

—Pero, ¿por qué tiene que llevarse el alma de Darlos? —preguntó, muy preocupado, intentando mantener la calma.

—Simplemente, en el momento en que tomó la flor, su alma y la de Dorgan se mezclaron entre sí, uniéndose como una sola.

— ¡No! —exclamó él en un murmullo—. ¿iNo hay alguna manera de que Darlos viva, separando sus almas, por ejemplo!? —gritó esta vez,

alterado, poniéndose en pie, inquieto.

—No lo sé. Pero hay alguien que nos puede decir algo sobre ello —dijo, pensativa.

— ¿Quién? —preguntó esperanzado—. Si hay, aunque sea una pequeña posibilidad, de hacer algo al respecto, quiero intentarlo.

—Está bien. Debemos ir a Térentir. Está a un día y medio de aquí, hacia el oeste. Pero no te garantizo nada bueno.

Hubo un largo silencio.

—Ya estamos aquí. Hemos recogido unas cuantas moras y unas pocas manzanas —interrumpió Tommy poco después, llegando con la fruta en una bolsa.

— ¿Qué os pasa? ¿Por qué estáis tan callados? —les preguntó Billy, viendo que los dos estaban en completo silencio.

—Tommy, Billy, hay algo que debéis saber —les dijo Eros, con rostro grave.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Tommy, intranquilo.

Selene respondió, explicándole lo mismo que a Eros.

Cuando terminó, Billy habló:

—Pero, ¿Dorgan no te ha dicho nada al respecto? —preguntó.

—No. Lo siento —negó con la cabeza.

—Ahora mismo debemos apartarnos de nuestra misión principal y marchar hacia el oeste. Tenemos que intentar que no le suceda nada a Darlos —explicó Eros.

—Por supuesto. Es nuestro amigo —dijo Tommy, estando de acuerdo.

—Marchemos ya, entonces. No quiero esperar demasiado —dijo Billy, subiendo al caballo.

Ella llevaba un pequeño medallón de plata colgado del cuello, con relieves de flores azules a su alrededor, y con runas élficas en el centro. Se lo quitó y lo abrió, siendo su interior un espejo, y lo dejó en el suelo. Seguido de eso, pronunció un nombre y el cristal mostró un paisaje y una yegua blanca con crines y cola plateada galopando hacia él. Sorprendentemente, la yegua salió del medallón haciéndose cada vez más

grande conforme surgía de su interior, parándose frente a Selene.

— ¿Cómo has hecho eso? —le preguntó Tommy, asombrado.

Ella sonrió.

—Este medallón es el hogar de mi yegua. Cuando lo abro y la llamo, como habéis visto, sale de él. Y cuando lo abro de nuevo y lo deposito en el suelo, vuelve a meterse dentro.

—Entonces, el nombre que has pronunciado antes, es el suyo, ¿no? —le preguntó Billy.

—Sí. Ella se llama Siria, y las runas élficas que hay grabadas en el medallón, significan eso —contestó amablemente.

El cielo se tiñó de oscuridad y las estrellas comenzaban a salpicarlo con su luz. Los cuatro cabalgaban contra el viento, intentando no detenerse para llegar lo antes posible a su destino. La luna les mostraba el ancho camino, guardado por nogales negros a ambos lados.

Ellos miraban el sendero con atención, y una gran luz blanca lo atravesó de lado a lado, perdiéndose entre los árboles. Todos pensaban que era debido al cansancio y no dijeron nada, pero Billy, interrumpiendo su marcha, habló:

— ¡Deteneos! —gritó.

Ellos se pararon y se dieron la vuelta hacia él.

—No sé si habéis visto lo mismo que yo, pero una luz blanca acaba de pasar justo un poco más adelante. La habéis visto, ¿verdad? —preguntó, preocupado.

—Entonces, no he sido yo solo —se dijo para sí, Eros.

— ¿Qué puede ser eso? —preguntó Tommy.

—Deberíamos andarnos con cuidado. Hay muchos enemigos acechando siempre —dijo Eros, dándose la vuelta nuevamente, vigilando el camino.

—No creo que sea buena idea parar para averiguar lo que es. Deberíamos seguir —dijo Selene.

No pudieron decir nada más, porque repentinamente esa misma luz comenzó a resplandecer por el interior de los árboles que quedaban a su

derecha, saliendo a su encuentro.

Todos sacaron sus armas, excepto Selene, que era la única que no llevaba, mientras se protegían de aquel fulgor.

—No temáis —dijo una voz femenina—. Podéis destaparos los ojos —su tono era apaciguador.

Mientras lo hacían, descubrieron de quién provenía, debido a que la luz se extinguió, mostrando un cuerpo en su lugar. Era un ave de dos metros de altura, con una fastuosa silueta. Su plumaje era blanco, y de su cola caían largas plumas que acababan en un brillante dorado, al igual que en sus alas y en su extensa cresta. Su pico no era muy largo y era puntiagudo. Sus ojos brillaban como llamas nacidas del sol.

El ave miró a Selene y dijo:

—Me envía Naia a por vosotros. Quiere asegurarse de que llegáis a salvo —inclinó su cabeza levemente.

— ¿Quién eres tú? —le preguntó ella.

—Digamos... que soy su protectora —respondió—. Aguardad —el plumaje comenzó a emitir nuevamente una suave luz blanca que cubrió su cuerpo. Cuando esta se disipó, reveló la figura de una mujer casi humana.

Su cuerpo, algo rollizo, estaba cubierto por una fina camisa blanca, de tirantes, con un nudo en su costado, dejando ver parte de su vientre, y en la parte inferior, llevaba una larga falda del mismo color, decorada con plumas blancas y doradas en su bajo. Sus manos tenían uñas largas y negras, como en sus patas en su forma original. Su bello y exótico rostro, de piel blanquecina, estaba adornado por la parte de sus ojos, con una sombra dorada, extendida sobre sus párpados hacia las sienes, dibujando unas alas. Sus ojos seguían siendo del color del sol al atardecer, resplandeciendo sin descanso. Su pelo estaba recogido en una cola alta, con finas trenzas que caían en su espalda, adornadas con plumas que bailaban sobre ellas.

—Me llamo Élatran —sonrió, inclinándose hacia delante.

—Pero, ¿cómo sabe ella que vamos en su busca? —preguntó Eros.

—Naia es la Erudita del Saber. Ella conoce la historia de Lerian de miles de años atrás hasta ahora —explicó Selene—. Pero también se caracteriza por sentir cuando alguien necesita de sus conocimientos, y eso le otorga el poder protegerse de personas o seres de pensamientos malévolos o de

ayudar a los que lo merecen.

—Entiendo —asintió Eros con la cabeza—. ¿Nos puedes dar un segundo? —le preguntó a Élatran.

Ella asintió, dejándolos apartarse un poco a los dos.

— ¿Crees que está bien fiarse de ellas? Cuando sepan que estamos ayudando a Darlos, ¿qué crees que harán? —preguntó, algo desconfiado y preocupado.

—Ella no está del lado de nadie. Solo ayuda a los que de verdad se merecen su sabiduría. No te preocupes.

Él suspiró, y volvieron con los demás.

— ¿Partimos ya? —sonrió Élatran.

—Sí —respondió Eros.

Élatran volvió a su forma original, y volando, los condujo durante un buen rato hacia un barranco, donde un puente de piedra se extendía a ambos lados haciendo de paso.

Ésta se detuvo delante de él y les dijo:

—Tras este puente se encuentra Veredian. Si seguimos sin descansar hacia el noroeste, llegaremos a Térentir mañana por la mañana. Un poco más adelante podréis recuperar energías hasta que amanezca —dio media vuelta y cruzó el barranco surcando el aire; sus plumas se movían siendo acariciadas tiernamente por este.

Ellos la siguieron hasta el otro lado, cruzando el viejo puente de piedra gris desquebrajada superficialmente y el barranco de espesa negrura, que causaba temor al mirar hacia abajo, sin poder distinguir la siniestra profundidad de este.

Poco más cabalgaron hasta que se detuvieron, entre la espesura de los árboles, apartados unos metros del camino.

—Podéis dormir los cuatro. Yo haré guardia —dijo Élatran. Les dio la espalda, volvió a su cuerpo humano y se quedó de pie frente al campamento, mientras los demás preparaban sus mantas para dormir.

Selene devolvió a Siria a su colgante.

Cenaron tranquilamente y hablaron durante un rato mientras lo hacían, alrededor de una pequeña hoguera.

— ¿Qué hay de ti, Élatran? ¿No quieres unirse a nosotros y comer algo? —le preguntó Eros.

—No tengo hambre. Gracias —respondió con una pequeña sonrisa, volviendo su cabeza hacia él un momento.

Eros asintió una vez con la cabeza y se metió un pedazo de carne seca en la boca.

—Y bien, ¿dónde has estado viviendo hasta ahora? —le preguntó Billy a Selene, un poco curioso.

—Vivo en Sorn, hacia el noroeste —respondió amablemente.

—Eso está un poco lejos, ¿no es cierto? —dijo Eros.

—Está a cinco días de donde os he encontrado, pero con mi yegua tardé menos en llegar a vosotros.

—Nunca te preguntamos esto, pero, ¿cómo nos has encontrado? —preguntó Tommy.

—Dorgan me enseñó el paradero donde os hallaría. Me costó un poco ubicar el sitio, pero no perdí demasiado tiempo. Debido a la posición del sol y los árboles que crecían allí, me facilitó las cosas —contestó—. Por cierto, vosotros venís de muy lejos, ¿no? —le preguntó a Billy y Tommy.

—Sí. Tharia es nuestro hogar. Cruzamos nuestro país y otro más para llegar hasta aquí —respondió Billy.

Ella, sorprendida, se quedó boquiabierta.

— ¿Y llegasteis hasta aquí solo para ayudar a un desconocido sin saber si era malvado? No me lo puedo creer.

Ellos les explicaron cómo comenzó todo, al igual que a Darlos.

—Finalmente, cuando Darlos nos contó todo con detalles, nuestro viaje se volvió mucho más significativo, y nos hizo darnos cuenta de que, más que conocer a fondo su historia y emprender una aventura, ayudar a toda esta gente y hacer un bien por ellos, es mucho más importante que eso,

teniendo delante un propósito más grande —explicó Tommy, con los ojos rebosantes de brillo.

—Aprecio eso de vosotros. Parecéis felices ayudando a personas que ni si quiera conocéis, muy, muy lejos de vuestro hogar. Ni si quiera los problemas que hay aquí os atañen y aun así os mostráis preocupados por ellos. En serio, os admiro mucho por esto —sonrió Selene, con cariño.

—Nos halagas. Gracias, Selene —sonrió Tommy.

—Nunca oí por qué decidisteis venir, pero no creo que haya mucha gente como vosotros, tan dispuestos a ayudar —dijo Eros.

—Nos alegramos ser de ayuda —respondió Billy—. Pienso que es algo muy importante, el formar parte de algo tan grande para devolver la alegría y la esperanza a la gente.

—Yo pienso igual —se incluyó Tommy.

—Bueno, ¿y tú de dónde vienes? —le preguntó Selene a Eros.

—Sinceramente, de ningún lugar en concreto. Yo viajo de aquí para allá, ayudando a la gente que lo necesite. Algunas veces me pagan por mis servicios los señores de cada sitio al que voy, aunque no siempre acepto el dinero, por sus motivos económicos. Y nunca cojo el dinero que un campesino me quiera dar como agradecimiento por la ayuda. Así es como me gano la vida.

— ¿Y así te va bien? —preguntó ella.

—No me puedo quejar —sonrió él—. Vivo mi vida justo con lo que necesito. No me hacen falta lujos.

—Así que eres todo un caballero, ¿eh? —sonrió ella—. Después de la muerte de Dorgan, la gente tan solo ha podido resignarse a la vida que tienen, y con un odio voraz hacia Darlos, atemorizados por los monstruos que plagan este bosque, rezando día a día para que nunca ataquen sus hogares. Muchos otros lugares no han corrido y no corren la misma suerte. Y por mucho que los reinos de Leria intenten dar caza a todos los monstruos y proteger cada pueblo y

ciudad, nunca hay suficientes soldados y nunca se acaba la maldad que habita en el bosque.

—Pronto dejará de pasar eso —dijo Tommy—. Y aunque suene arrogante, cambiaremos este lugar.

La noche aún era joven y los grillos cantaban envueltos en su calidez. Eros se había despertado de repente y no podía volver a conciliar el sueño. Miró a su alrededor y los demás dormían profundamente, mientras que, de la hoguera ya apagada, aún emanaba calor. Se volvió y vio a Elatran de espaldas, con su hombro echado sobre un árbol, en silencio. Se puso en pie y se adentró más en la espesa arboleda sigilosamente, en sentido contrario de donde estaba ella.

Esta lo escuchó con sus finos oídos y se dio la vuelta, viendo que los árboles ocultaban su cuerpo a medida que se alejaba, pero no le dijo nada, simplemente volvió a vigilar el camino.

Un largo suspiro. Eros había encontrado un pequeño claro y estaba sentado sobre una roca.

Selene, que acababa de llegar, estaba de pie, a su lado.

—No he podido evitar seguirte —dijo ella—. Yo tampoco podía dormir.

Él, sin asustarse, miró hacia arriba, a su izquierda, encontrándose con sus ojos.

—Es sobre Darlos —dijo. Miró de nuevo hacia el suelo.

—Lo sé. Entiendo que estés preocupado. Decirte que no lo hagas no estaría bien, es normal estar así, se trata de la vida de tu amigo, pero quiero que sepas, que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo.

—Gracias —dijo—. Que no sientas rencor hacia Darlos, es admirable. Yo, si estuviese en tu lugar, estaría lleno de furia.

—No siempre fue así. Yo tenía ocho años cuando murió Dorgan. Mi... único... mi... preciado amigo... me lo arrebataron —dijo, con la mirada perdida, recordando aquel triste día—. Yo me sentí sola a pesar de que mi padre estuvo conmigo; me pasé los días llorando y pensaba que siempre estaría ahogada en mis lágrimas, recordando mis buenos días junto a Dorgan.

“Poco más tarde, cuando me enteré de que lo habían asesinado, odié al culpable con todo mi ser, pero mi padre me habló con comprensión: <<Mi niña, sé que estás muy triste por la muerte de Dorgan, y también muy enfadada, y no te voy a decir que no lo estés, porque entiendo tu dolor, pero yo te ayudaré a sanar esas heridas, porque estaré a tu lado para que lo logres. Ven a mí cuando te sientas preparada para ello. Y sé que odias a

la persona que asesinó a tu amigo, pero no dejes que ello te consuma porque eso no te llevará a ningún lado, y Dorgan no querría eso para ti; recuerda siempre que tú eres más fuerte que el dolor, y que Dorgan siempre estará en tu corazón, al igual que tú estarás en su alma>>.

“Decidí apoyarme en él, sin embargo, mi dolor y mi odio tardaron en curarse bastante tiempo, (aunque eso no significó perdonar a Darlos), pero sanaron gracias a su ayuda; sin él, quizás algún día Darlos habría muerto por mi mano y nunca podríamos haber tenido la posibilidad de resucitar a Dorgan.

“Y cuando él me mostró lo que Darlos quería hacer, decidí apoyarle y darle esta oportunidad para perdonarle, porque creo que hay que tener el valor de enfrentarse a su gran pecado cara a cara, sabiendo que algún castigo caerá sobre él, además, de que sus actos demuestran que su arrepentimiento es sincero.

—Tu corazón es grande y hermoso —dijo él, con una pequeña pero cálida sonrisa.

Ella cerró sus ojos y negó con la cabeza, mostrando su rostro sonriente.

—Solo quiero hacer lo que creo que es lo mejor —respondió, mirándolo a los ojos.

—Tu decisión es propia de la bondad, y no pongo en duda que tú desprendes mucha —afirmó, poniéndose en pie y deteniéndose frente a ella—. Deberíamos volver. Hay que levantarse pronto.

Ella sonrió de nuevo y asintió una vez. Después lo siguió hasta el campamento.

El día acababa de comenzar con el sol borrando los últimos colores de la noche y todos se pusieron en pie sin perder tiempo después de que Élatran los despertara.

Desayunaron antes de partir.

— ¿Estas bien sin haber dormido en toda la noche? —le preguntó Eros a Élatran, mientras bebía algo de agua.

—No te preocupes. No me siento cansada en absoluto —sonrió—. Estoy acostumbrada a hacer guardias nocturnas cuando alguien con negras

intenciones se quiere acercar a Naia; y créeme, que eso suele pasar muy a menudo. Estad tranquilos; podré descansar cuando llegemos a Térentir.

Los caballos estaban listos; ellos se subieron a sus lomos y cabalgaron más rápido que la noche anterior, siguiendo a Élatran, que volaba con elegancia un poco más alto de lo que se encontraban sus cabezas, entre los verdes árboles que se arremolinaban a ambos lados del bello camino de tierra blanca.

Élatran giró su cabeza hacia atrás mientras aminoraba su vuelo.

— ¡Ya casi llegamos!

De repente, el camino se abrió delante de ellos, haciendo que los árboles se apartaran a izquierda y derecha para dejar paso a un campo al descubierto, borrando la senda de la que pronto se despedirían.

— ¡No os detengáis! Pronto veréis las ruinas.

El claro cielo añil, estaba cubierto de blancas y espesas nubes, que se movían lentamente deshaciéndose en disimulados girones. Bajo los cascos de los caballos, un prado de hermoso verdor, se expandía hasta más allá de donde alcanzaba la vista, moteado por los vivos colores de las pequeñas flores que allí crecían.

Poco después, comenzaron a alzarse a lo lejos dos columnas de piedra, altas, grandes y redondas.

Cuando llegaron hasta allí, todos se detuvieron y Élatran les habló de nuevo:

—Dejad a los caballos atados aquí. No les ocurrirá nada —diciendo esto, nuevamente retornó a su apariencia humana.

Entre las dos columnas, con algunas grietas considerables, víctimas del tiempo, separadas la una de la otra por cuatro metros, bajaban unas muy desgastadas escaleras de piedra. Descendieron por ellas unos pocos metros, acompañados por la cálida luz que se colaba por la entrada, llegando hasta un ancho pasillo bien iluminado por una fila de antorchas a cada lado. En sus paredes había bellos dibujos de flores blancas.

Élatran los guio hacia delante, pasando de largo varias puertas.

Llegaron

hasta una gran sala circular, donde estanterías esculpidas en la piedra, aguantaban el peso de muchos libros, algunos muy viejos y desgastados y otros más nuevos. En su centro había una gran mesa de madera, repleta de polvorientos archivos, y encima, del techo, colgaban tres faroles dorados,

sujetos a unas cuerdas, unas más largas que otras.

Una persona encapuchada de blanco, se encontraba al otro lado de la mesa, mirando fijamente hacia una de las estanterías de enfrente.

—Naia, acaban de llegar los invitados —interrumpió Élatran.

Esta se dio la vuelta, como recién salida de su ensimismamiento, y sonrió.

—Bienvenidos a mi morada —dijo con una voz femenina y amable.

Era una mujer de unos treinta años, de cabello castaño. La blanca capucha dejaba ver claramente su rostro de piel marfil y sus ojos celestes. De su frente colgaba una fina cadena negra, con una pequeña piedra naranja en forma de diamante en su centro. Bajo su larga capa llevaba un vestido del mismo color, con piedras también anaranjadas incrustadas en su cintura y bajo.

—Sentimos molestar —habló Selene, inclinándose.

—No es ninguna molestia. Me siento halagada cuando alguien viene en busca de mi conocimiento —sonrió.

—Su hogar es acogedor —dijo Billy, sonriendo.

—Muchas gracias. Me complace que estéis cómodos aquí, en un lugar tan

apartado de la gente, y sobre todo bajo tierra.

—Lo que importa es lo que su interior aporte —añadió Eros, inclinando levemente la cabeza.

—Cuanta amabilidad por vuestra parte —volvió a sonreír—. ¿Queréis algo de té?

Todos asintieron y Naia le dijo a Élatran que hiciese un poco.

Ella se retiró por un momento y volvió con una bandeja con un vaso de cristal para cada uno, rellenos de un té violáceo.

Naia apartó en la mesa un espacio para ellos y, Élatran sacó unas sillas.

—Perdón por este desorden —se disculpó Naia.

—No se preocupe —dijo Tommy amablemente.

Selene le dio un sorbo al té y preguntó, sorprendida:

— ¿Esto tiene azúcar?

Naia negó con la cabeza.

—Esta infusión está hecha con unas dulces flores que recogemos de los alrededores —explicó Élatran.

—Está muy bueno. Gracias —respondió ella.

—Bueno, ¿qué es lo que queréis consultar conmigo? —preguntó Naia, después de darle un sorbo a su té.

Eros miró a Selene, dejándole la respuesta a ella, y ella le devolvió la mirada, entendiendo.

—Es respecto a Dorgan y Darlos —comenzó a decir ella.

Naia la escuchaba atentamente, sin sorprenderse por la respuesta.

—Darlos quiere resucitar a Dorgan y eso significa que le devolverá su alma. Sabemos que el alma de Dorgan, al tomarse Darlos la flor, se unió a la suya, pero si su alma le es devuelta, Darlos morirá por esa causa.

—Es cierto —asintió Naia.

— ¿Hay algo que podamos hacer para que eso no ocurra?

Eros y los demás se mostraban preocupados esperando su respuesta.

Naia cerró los ojos y pensó un momento.

—Yo no poseo esa clase de respuesta —dijo al fin, abriendo sus ojos de nuevo—. Sé muchas cosas de este bosque que nadie más sabe, sin embargo, la respuesta a eso no la conozco. Quiero decir, para saber algo hay que indagar en las huellas que cada suceso deja a su paso, pero por desgracia aún no he investigado eso. Todo lo que yo he aprendido, lo he

estudiado antes.

Eros, Billy y Tommy perdieron la esperanza. Naia los miró y vio sus caras preocupadas.

—Pero sí que puedo deciros dónde empezar a buscar esa respuesta —les dijo a ellos—. Hay un pergamino en Nethnien que habla sobre Dorgan y en el que puede que haya escrito algo sobre eso. Aunque no es a ciencia cierta; solo sé que eso guarda muchos misterios sobre él.

Ellos albergaron unas pocas esperanzas nuevamente.

—Si eso es así, iremos hacia allí —dijo Eros, algo impaciente ahora.

—Iré yo hasta allí —habló Selene, poniéndose en pie—. Para que no nos demoremos tanto iré yo sola mientras vosotros os dirigís a la cueva, para no retrasar más nuestro cometido; aunque puede ser que nos encontremos por el camino antes de que lleguéis allí —sonrió.

—Está bien —asintió Eros con la cabeza—. Si necesitas que alguno de nosotros te acompañe, solo dilo.

—No hará falta. Más rápido iré si voy sola, mi yegua es muy rápida y tardaré menos en llegar. Así que partiré ya hacia el sureste —dijo ella. Y mirándolas a ellas, dijo—: Naia, Élatran, gracias por todo —las abrazó y se volvió hacia ellos de nuevo—. Tened cuidado en el camino —sonrió y los abrazó también.

Eros se sintió avergonzado de repente, pero le devolvió el abrazo con cariño. Tommy y Billy se dieron cuenta de esto y se sonrieron.

—Ve con cuidado tú también —dijo Tommy, algo preocupado.

—Puedo defenderme sola. Quien quiera vérselas conmigo no tendrá oportunidad —sonrió.

Ellos fueron a despedir a Selene fuera, salvo Élatran y Naia. Recorrieron el largo pasillo de aquel lugar y salieron a la superficie. Selene desató las riendas de Siria y se subió en ella, dejando caer su vestido por encima de su espalda desnuda.

—Hasta pronto. Nos volveremos a ver —sonrió.

—Hasta pronto. Ten cuidado —dijo Eros.

—Adiós. Buen viaje —dijeron los otros dos a la vez.

Ella asintió una vez con la cabeza y marchó veloz hacia Nethnien.

—Es hermosa, ¿verdad? —dijo Eros, viendo como ella cabalgaba sobre su bella yegua, con su cabello dorado resplandeciendo al sol de mediodía, bailando sobre su espalda.

—Sí. ¿Te gusta ella? —le preguntó Tommy con una sonrisa.

—Creo que sí. Es una dama de gran corazón —respondió, con la vista perdida a lo lejos.

—Pues no tardarás mucho en volver a verla —señaló Billy, sonriente.

Volvieron adentro para despedirse de Naia y Élatran.

—Nosotros también nos marchamos ya —dijo Eros.

—Os acompañaré parte del camino que debéis tomar; luego, volveré —dijo Élatran.

—No te preocupes, sabemos cómo volver —respondió Tommy.

—Insisto. Os haré llegar más rápido al camino principal por otro lado.

—Pero, ¿y Naia? Debes estar con ella —dijo Eros.

—No os preocupéis por mí. Yo estaré bien aquí —sonrió ella.

—Está bien, no quiero parecer desagradecido —asintió él—. Gracias por todo —se inclinó.

—Yo ayudo a la gente que lo merece, así que está bien —sonrió Naia de nuevo.

—Ten cuidado —le dijo Billy.

Ella asintió una vez con la cabeza.

—Tened buen viaje.

Élatran los guio hacia el noreste, cruzando campos y ríos poco

profundos y pasando por varias pequeñas aldeas.

—Aquí nos separaremos —dijo ella, deteniéndose, mientras miraba hacia el norte.

La tarde acababa de echarse sobre ellos; sólo habían detenido su marcha una vez desde que habían partido de Térentir, y ahora, era la segunda parada que hacían.

—Siguiendo hacia el noreste un poco más, llegaréis hasta unas granjas; después os encontraréis más civilización y será cuando veáis la gran ciudad de Kirthan; allí os espera el camino que debéis seguir. Y si continuáis toda la tarde, llegaréis poco después de anochecer —explicó ella.

—Gracias a ti nos estamos ahorrando varias horas de viaje. Te lo agradezco —dijo Eros, mientras tomaban un poco de agua bajo la sombra de un gran y solitario roble, rodeado de arbustos que llegaban hasta la lejanía, enfriando sus cuerpos acalorados.

Unas cálidas luces se fueron haciendo más cercanas en mitad de la noche, y conforme ellos avanzaban por un campo envuelto en hierba cortada, después de haber dejado atrás pequeñas casas salpicadas en él, distinguieron altos muros por donde éstas se derramaban.

—Esto es Kirthan —comentó Eros.

— ¿La conoces? —preguntó Tommy.

—Así es —respondió.

—Bueno, no es de extrañar. Tú has viajado por varios sitios —dijo Billy.

Después de despedirse de Élatran, continuaron su camino dejando que los caballos avanzaran tranquilamente, sin presionarlos; aun así, la noche seguía siendo joven cuando llegaron a la ciudad.

Billy miró hacia arriba mientras marchaban justo antes de cruzar el grueso muro de desgastada piedra; se fijó en las grandes antorchas que pendían de su pared y vio las oscuras manchas que sobresalían por encima del parapeto; <<Unas grandes ballestas>>, pensó.

La ciudad estaba llena de gente, y ellos se abrían paso cuidadosamente por la ancha calle, para no herir a nadie con los cascos de los caballos; tampoco se fijaban en ellos por llevar armas; estaban acostumbrados a

ver a viajeros armados, debido a los monstruos que podían acechar los caminos.

Un hombre joven, ataviado con una sobrevesta amarilla y un sol negro dibujado en su pecho, que iba un poco distraído, se chocó de frente con el caballo de Eros. Éste se detuvo en seco mientras el desconocido miraba hacia

arriba para disculparse, pero su rostro mostró sorpresa y se tornó en una agradable sonrisa.

— ¡Eros! —exclamó—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

— ¿iÁquelos!? —llamó él, con tono alegre.

— ¡Qué bueno verte!

—Déjame que pueda apartarme del camino con mis amigos para poder bajar del caballo —dijo.

— ¿Recuerdas la taberna “Los dos robles”? —preguntó.

—Claro. ¿Cómo olvidarme de ella? —sonrió.

—Entonces nos vemos ahí ahora —saludó con una pequeña inclinación a Billy y Tommy y se dio la vuelta para ir calle arriba.

—Ahora os lo presento, pero por lo pronto, vamos a quitarnos de en medio —indicó Eros.

Ellos asintieron con la cabeza una vez y continuaron la marcha.

Subieron por el camino un pequeño trecho más hasta que doblaron la esquina para meterse en una calle de la derecha que se encontraba vacía. Esta era ancha pero no muy larga, y no tenía salida. A su izquierda se alzaba una taberna haciendo esquina, con un establo junto a ella; se bajaron de los caballos y los ataron al poste.

Estos entraron en su interior y el tabernero se acercó a ellos dándoles la bienvenida; Eros le avisó de que tenían caballos fuera para que les diesen de comer, y el amable hombre mandó a una empleada de mediana edad para que los atendiese.

Había bastante gente animando el sitio con sus charlas y risas, casi hasta abarrotarlo, pero Eros, echando un vistazo por alrededor, vio a su conocido sentado en una mesa, al lado de las ventanas que daban a la calle sin salida. Este le dijo al tabernero que se sentarían allí, señalando el lugar con el dedo, y el hombre asintió una vez con la cabeza, diciéndoles

que iría en un momento a escuchar sus pedidos.

Los tres se acercaron a la mesa y su conocido les ofreció asiento; Eros se sentó a su lado, y los otros frente a ellos.

— ¿La taberna ha cambiado de dueño? —preguntó Eros.

—Sí —respondió Áquelos—. Bueno, no exactamente; su hijo es el que se ha puesto al frente ahora porque su padre sufre de una enfermedad.

—Lástima; su padre es un buen hombre —dijo él. Y volviéndose a sus amigos, dijo—: Siento no haberos presentado antes. Este es mi amigo Áquelos; aunque yo no me uní al ejército Kírthano como él, fui su compañero en varias misiones que requerían de la fuerza —sonrió.

—Es cierto; aunque sólo estuviste un año y medio viviendo aquí, pasamos mucho tiempo juntos luchando contra monstruos peligrosos —agregó Áquelos.

—De eso hace ya dos años —suspiró Eros, nostálgico.

En ese momento, el tabernero se acercó a ellos preguntando por lo que querían tomar; todos decidieron beber cerveza.

—Terminando de hacer las presentaciones, ellos son mis buenos amigos Tommy y Billy —concluyó él.

Ellos inclinaron levemente la cabeza una vez.

— ¿Qué os trae por Kirthan? —preguntó Áquelos.

—Nada —respondió Eros con naturalidad—. Sólo estamos de paso. Vamos hacia el norte en busca de un grupo de brécuils que ha devastado una pequeña ciudad para acabar con ellos y que no vuelvan a hacer daño a nadie—explicó.

—Así que sigues haciendo cosas así. Me alegra que sigas esforzándote por la gente indefensa, pero ten cuidado, porque todo esto es peligroso y algún día puedes ser tú el que acabe mal —le advirtió él.

—Lo sé. Créeme que lo hago sabiendo que algún día puede que enfrentarme a ellos sea lo último que haga.

—Disculpen. Las bebidas ya están aquí —interrumpió el dueño de la taberna, con la bandeja ocupada por cuatro jarras de espumosa cerveza.

Las depositó sobre la mesa y se marchó. Todos le dieron un largo

trago.

—Te digo esto —prosiguió Áquelos mientras se limpiaba los restos de la cerveza con los dedos—, porque desde hace unas dos semanas, esos monstruos están mucho más activos que antes y se dejan ver por más zonas pobladas. Antes al menos ocurrían menos casos de asesinatos, pero ahora parecen más agresivos —dio otro trago a su bebida.

Eros les echó una mirada rápida a sus amigos mientras que ellos se la devolvieron.

—Te agradecemos por el aviso —habló Billy—. Avanzaremos con más cautela a partir de ahora.

—No hay de que —sonrió—. Tal vez, dentro de un tiempo se inicie una guerra como esto no cese; sabemos que ellos nos superan en número y que la posibilidad de ganar es escasa, pero al final, nuestra paciencia no dará lugar a cantidades o a cuestiones de ganar o perder, sino a vengarnos por todos estos años de sufrimiento.

Los tres escuchaban en silencio.

—Si Dorgan siguiese aquí esto no habría ocurrido de tal forma —mientras lo decía, sus ojos mostraban rabia y desesperación—. Si él pudiese volver a nosotros, todo este mal se arrancarían de raíz, pero tal cosa es imposible —suspiró—. Ese elfo nos condenó a todos por la maldita inmortalidad —su puño se cerró fuertemente sobre la mesa, mientras decía aquello con dientes apretados.

Tommy y Billy querían defender a Darlos ahora que él había cambiado, pero reprimieron sus ganas de hablar para seguir manteniendo en secreto sus verdaderas intenciones y no ponerlo en peligro.

—Sabemos que todo esto no hubiese pasado de no ser por lo ocurrido con Dorgan, pero debemos mirar al frente y no hacia atrás, porque nada se arreglará lamentándose por el pasado, sino pensando en lo que se puede hacer en el presente para tener un mejor futuro —dijo Eros, intentando relajar tensiones.

—Tienes razón —asintió Áquelos con la cabeza varias veces—. Por eso me alisté en el ejército Kírthano, para hacer cosas que cambien nuestro futuro para mejor.

Tommy se puso en pie y alzó su jarra de cerveza.

—Brindemos por ello. Brindemos por el mañana, para que llegue con

felicidad —dijo.

Todos se levantaron y chocaron sus vasos, bebiendo tras ello.

La puerta se cerró tras ellos, y con ello, las voces del interior de la taberna enmudecieron. El viento se había levantado un poco y sus cabellos ondeaban suavemente.

—Nosotros pasaremos la noche en una posada y nos marcharemos temprano por la mañana —dijo Eros, dirigiéndose a su amigo.

—Yo me iré a casa con mi familia. Espero que tengáis buen viaje y volvamos a vernos pronto —dijo Áquelos.

—Cuídate mucho —habló nuevamente Eros.

Él asintió con la cabeza.

—Lo mismo digo —concluyó. Se volvió a Tommy y Billy, y dijo con una sonrisa—: Encantado de conocerlos. Me alegra que Eros no parezca tan solitario como antes y tenga más amigos a parte de mí.

Ellos dos se inclinaron.

—Es un gusto para nosotros también —respondió Billy—. Y nosotros también nos sorprendimos de que Eros tuviese más amigos —sonrió.

—Os diré algo —comenzó a decir Áquelos, mientras se acercaba a él y a Tommy, inclinándose un poco hacia ellos—: parece muy serio, pero en realidad es un pedazo de pan —dijo, esta vez a media voz, mientras sonreía como un niño travieso.

Eros, que lo había escuchado perfectamente, dijo seriamente:

— ¡Oíd vosotros! No os divertáis a mi costa.

Los otros tres se miraron y comenzaron a reír fuertemente. Eros, que se mantenía serio aún, al final se dejó vencer y se unió a sus carcajadas.

Poco después, Áquelos se perdió entre las casas que se encontraban al otro lado de la larga calle, y Eros, dejando a los caballos descansar en el establo, condujo a sus amigos calle arriba para más tarde llegar hasta una pequeña posada que se encontraba en la orilla izquierda del camino.

Antes de irse a dormir, hablaron sobre lo que Áquelos les había dicho

en la taberna.

—Eso que él ha dicho antes, tiene sentido —comentó Tommy, que se encontraba sentado sobre el lado de su cama, con los pies en el suelo—. Que todos esos monstruos se hayan vuelto más rebeldes recientemente, pienso que tiene que ver con nosotros y los huesos de Dorgan, por no hablar de Darlos.

—Tienes razón —respondió Eros, que se encontraba frente a él, sentado en su cama con los brazos cruzados—. No sabemos todo lo que planean, salvo que nos quieren para recuperar los huesos y hacer algo con ellos; el qué, aún no lo hemos descubierto; y eso que aún no sabemos, pienso que es lo que los tiene más envalentonados.

—Me preocupa seguir avanzando a ciegas, sin saber qué nos espera cuando obtengamos los huesos —comentó Billy, que estaba al lado de Eros, mientras miraba hacia el suelo, como ausente—. Y eso sin pensar en lo que puede ocurrir de camino a la cueva —levantó su mirada y miró a sus amigos.

Eros le respondió después de pensar un poco:

—Sé que el camino que nos queda por delante no tiene color, porque no sabemos cómo irán saliendo las cosas, pero nos tenemos a nosotros para protegernos, y a Selene, que también nos ayudará. Y, sinceramente, mis preocupaciones hacia eso vuelan fuera de mi mente si pienso en que lo que vamos a hacer no va a ser solo por Darlos o por mí, o por vosotros, sino por toda esta gente que vive con temor día a día.

—No me malinterpretes; cuando acepté venir hacia Lerian para ayudar a Darlos ya daba por hecho que el peligro me perseguiría si todo era cierto. No me preocupa mi vida, lo que me preocupa es morir o ser atrapado por nuestros enemigos y no completar lo que se nos pidió. Y, sobre todo, morir cuando ellos tengan lo que deseen y que el caos se sume a la ya existente desesperación y miedo, y dejar en sus manos a esta gente que puebla este sitio, o aún peor, al mundo entero.

—Solo podemos avanzar hacia nuestro objetivo —empezó a responder Tommy—. No podemos desviarnos para recabar información sobre nuestros enemigos, eso significaría perder tiempo y cederle más terreno a ellos. Y no tenemos a nadie que indague por nosotros, puesto que lo que estamos haciendo es secreto; está Selene, pero la necesitamos a nuestro lado, porque es una gran ayuda; y también está Élatran, pero ella debe permanecer al lado de Naia.

—Lo sé —respondió Billy—. Debemos centrarnos en nuestra misión. Pero, aunque no sabemos cómo irá nuestro viaje, al menos tenemos una ventaja, y es que sabemos parte de lo que planean, y estamos prevenidos

por esa parte.

—Cierto —asintió Tommy una vez con la cabeza.

Una vez hablado, todos se acostaron en los mullidos colchones, metiéndose entre sus finas y suaves sábanas de verano, con el sueño pesado apoderándose de ellos, adentrándolos en buenos sueños que olvidarían tan pronto despertaran.

Luego de haber encontrado y seguido el camino que buscaban poco después de salir de Kirthan, tras una larga cabalgata, cuando cayó la noche, se desviaron hacia el oeste por entre los árboles para buscar algún lugar en el cual dormir.

Se encontraban descansando bajo un gran árbol de hojas blanquecinas en forma de grandes lágrimas colgadas de sus voluminosas ramas, bien cubiertos por sus gruesas raíces.

Mientras Tommy y Eros dormían profundamente, dos ladrones se acercaron a ellos a hurtadillas para robarles, pero Billy, que se encontraba sentado entre sus mantas, cubierto por las sombras de la noche, al acecho de cualquier ruido o movimiento, y que parecía estar dormido para ellos, los pilló justo cuando se acercaban a una de las bolsas.

— ¡Oíd vosotros, como no quitéis vuestras sucias manos de ahí, os atravieso la espada por la garganta! —exclamó sorprendiéndolos, dando un salto de su cama y apuntándolos con el arma.

— ¡No des un paso más! —exclamó uno de ellos, poniéndose en guardia con un puñal.

— ¡Tommy, Eros! ¡Despertad! —los llamó, volviendo su mirada hacia ellos fugazmente y volviéndola a posar sobre los ladrones.

Los dos, sobresaltados y alertados, se pusieron en pie ya armados.

—Soltad vuestras armas o mato a vuestro amigo —dijo otro ladrón tranquilamente, que se acercó por la espalda a Billy y le puso un cuchillo en la garganta; él, tragó saliva.

Ellos hicieron caso y tiraron sus espadas.

—Tú también, suelta tu arma —le dijo a Billy.

Él la tiró y levantó sus brazos, al igual que sus amigos.

—Bien, buscad algo de valor —les ordenó. Parecía ser el jefe.

—¿De verdad crees que tenemos algo de valor? —preguntó Eros irónicamente, mientras los ladrones rebuscaban en las bolsas, dejándolo todo tirado por el suelo, como ropa de viaje o alguna manta y comida envuelta en trapos limpios, entre otros—. Solo somos tres pobres viajeros que van hacia la ciudad de Lídenlus, que está al oeste —mintió.

El ladrón soltó una carcajada corta e irónica. Apartó su cuchillo de Billy y lo empujó hacia sus compañeros; estos, frenaron su caída.

—No os mováis de ahí —amenazó con la espada que acababa de desenvainar, apuntándola hacia ellos—. ¿De verdad quieres que me crea que

no tenéis nada de valor? No sois viajeros normales; lleváis armas, poco equipaje y mucha comida, además de algunos objetos para cocinar.

— ¿Y por qué los viajeros normales no pueden llevar armas para defenderse de seres despreciables como vosotros? —respondió Eros, con desdén.

El ladrón fijó una mirada hostil en él y le contestó seriamente:

—No intentes desafiarme por medio de ofensas o te las verás conmigo.

—Aquí no hay nada, Gurt —interrumpió uno de sus compañeros, soltando una de las bolsas en el suelo.

El ladrón volvió la mirada rápidamente hacia él.

—Yo he encontrado tres bolsas con bastantes monedas en estos sacos —informó el otro, sonriendo.

—Vaya, vaya. Con que simples viajeros, ¿eh? —dijo Gurt, volviéndose hacia los tres nuevamente—. ¡Registradlos a ellos! —ordenó, sin dejar de mirarlos.

Los dos comenzaron por Tommy y Eros, palpando sus ropas; ellos se empezaban a impacientar.

—No deberíais hacerlo —indicó Eros, con los brazos hacia arriba, mirando a Gurt.

—Lo dices como si pudieseis hacer algo al respecto —rio él. Sus

compañeros lo imitaron.

No le dio tiempo a él a contestar, cuando ya uno de ellos registró a Billy y encontró la estrella en el morral que llevaba en su cintura.

— ¡Mira! —exclamó él, alzando la mano que la sujetaba. Su rubia barba medio larga y arreglada ocultaba parte de sus labios—. ¿Qué es esto? ¿Una estrella?

—Dámela, Thork —le ordenó Gurt, extendiendo su mano—. Tu vigíalos, Gillian. Esto puede tener mucho valor —sonrió para sí.

Justo cuando la depositó en su mano, Gurt dio un grito mientras dejaba caer la estrella al suelo y echaba su brazo hacia atrás.

— ¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Thork, confundido.

—Justo cuando me has dado la estrella... esta me ha ardido en la mano —respondió, nervioso; sus manos temblaban levemente.

Aprovechando el momento, justo cuando el ladrón con la cicatriz en el cuello que los vigilaba a los tres, volvió un instante la cara, Eros le dio un golpe con su puño en su mejilla, haciendo que este cayera al suelo. Rápidamente, los tres recogieron sus armas y Eros levantó bruscamente al ladrón, apuntándolo con su arma.

Cuando los otros dos ladrones se percataron de la situación, intentaron echar mano a sus armas, pero Tommy y Billy ya habían dirigido las suyas hacia ellos.

—No debisteis asaltarnos —dijo Tommy, que amenazaba a Thork.

—Una muy mala idea —añadió Billy, que tenía la punta de la espada sobre la garganta de Gurt; una pequeña gota de sangre la recorría lentamente.

En el semblante de Gurt asomaban sentimientos de furia. Alzó un grito de rabia viendo que no había podido salirse con la suya.

—Tú, saca las bolsas de monedas de tu zurrón y devuélvelas, pero como vea un movimiento raro mataré a vuestro jefe —mandó Billy a Thork, con tono serio.

—Vo... voy —respondió, nervioso y asustado. Metió la mano dentro de su

chaleco, abrió su morral y sacó las bolsas.

—Tíralas al suelo.

Con sus manos temblorosas, las dejó caer.

— ¿Qué hacemos ahora con ellos, Eros? —preguntó Tommy.

—No podemos dejar que se vayan, si lo hacemos harán daño a alguien más. Pero tampoco vamos a matarlos —respondió él.

—Tengo una idea: los llevaremos hasta Kirthan y los entregaremos a la guardia; ya se encargarán de ellos —expuso Billy.

—Haremos eso —asintió Eros—. Atémosles las manos de uno en uno. Comienza tú mismo, Billy —le dijo, echándole una pequeña cuerda que llevaba en el interior de la bolsa que colgaba de su cintura.

— ¿Queréis haceros los héroes ahora? —rio irónicamente Gurt, mientras Billy le ataba las manos.

—No me hagas cambiar de opinión —lo miró Eros, hablándole serio.

Gurt dejó de reír y volvió su cabeza hacia otro lado; sus compañeros no hablaban, se mantenían callados, en silencio, con sus rostros serios.

Cuando Tommy y los demás desmontaron su pequeño campamento, volvieron sobre sus pasos durante lo que quedaba de noche para llegar de nuevo hasta Kirthan.

Los ladrones, completamente desarmados, llevaban las manos atadas y una cuerda los unía a los tres, haciéndolos mantener una fila. El primero era Gurt, y detrás de él iban Thork y Gillian. Eros caminaba delante de ellos con Sérox a su lado, Tommy al lado, a la derecha de ellos, y Billy detrás junto a Cronn, para mantenerlos vigilados; todos marchaban en silencio.

—No teníamos suficientes problemas para ahora lidiar con esto —comentó Tommy, con un resoplido.

—Tranquilo, por la mañana nos desharemos de la escoria —respondió Eros, sin volver su cabeza.

—Podéis dejarnos por aquí, si tan molestos somos —respondió Gurt,

sonriente.

—Tu chiste no tiene gracia —le contestó Billy sin ninguna emoción en el tono de voz.

El sol comenzaba a asomar ya por el este; llevaban caminando varias horas sin parar.

— ¿Podemos descansar, por favor? —preguntó Gurt, algo cansado.

—No, no podemos. Ya casi llegamos a Kirthan —respondió Eros, cortante—. ¡Parad! —susurró de repente, señalando con la mano que se detuvieran—. Apartémonos del camino —murmuró, mientras se metían entre los árboles, alejándose un poco de él.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Tommy en voz baja.

Gillian cayó de boca al suelo y casi hace caer a sus compañeros, que quedaron de cuclillas, con sus rodillas casi tocando el suelo. Tommy y Eros se volvieron apresuradamente hacia ellos, y Billy, rápidamente lo ayudó a levantarse.

—Ten más cuidado la próxima vez —le dijo ásperamente.

—Podemos esperar aquí. No quiero perder de vista el camino —dijo Eros,

volviendo su mirada hacia fuera—. Hay unos cinco brécuis un poco más adelante, parados en el sendero.

— ¿Qué importa? Podemos con ellos —respondió Tommy.

— ¿Cómo pretendes que luchemos con ellos tres aquí? Serían un estorbo; no podemos quitarles el ojo de encima.

—Si me desatáis y me devolvéis mi arma, puedo luchar junto a vosotros —dijo Gurt.

—Buen intento —contestó Eros, que continuaba mirando el camino.

Billy se dio cuenta de que Gillian movía sus brazos velozmente; al ver ese comportamiento extraño, le preguntó, mientras se acercaba a él:

—¿Qué estás haciendo?

Justo cuando llegó hasta él, Gillian tiró al suelo las cuerdas que lo habían sujetado y una piedra afilada, y salió a correr en dirección sur, todavía entre los árboles.

— ¡No escapes! ¡Conseguirás que nos encuentren! —exclamó Billy a media voz, mientras iba tras él.

— ¡No! — protestó Eros en voz baja, que vio lo que sucedía—. Tommy, encárgate de vigilar a esos dos; yo iré en busca de Billy y Gillian —dicho esto, echó a correr tras ellos.

— ¡Maldita sea! —exclamó Billy, mientras se limpiaba el sudor de la frente con su brazo y recuperaba el aliento; se había detenido porque lo había perdido de vista.

— ¿Sabes hacia dónde ha ido? —le preguntó Eros, que acababa de llegar a él, después de buscarlo durante un pequeño rato.

Billy negó con la cabeza.

—Separémonos —dijo Eros.

Billy siguió hacia el sur y Eros hacia el oeste; no creían que fuese tan necio como para ir hacia el este, donde se encontraban los brécuils.

Poco después, Billy logró avistarlo a unos cinco metros más hacia delante, rodeado por altos álamos; Gillian se había detenido, buscando desesperadamente con la mirada por dónde seguir. Pero justo cuando iba a alcanzarlo, una flecha de plumas rojas salió de entre la maraña de árboles y atravesó la cabeza del ladrón, haciéndolo caer al suelo, muerto.

Billy se detuvo, sorprendido. Seguidamente, contempló que los brécuils se acercaron al cuerpo sin vida de Gillian; rápidamente, estos se dieron cuenta de su presencia y corrieron hacia él. Este echó a correr en dirección opuesta, y gritando, avisó a Eros y Tommy, (si es que le oían).

— ¡Preparad vuestras armas! ¡Nuestros enemigos vienen hacia aquí!

Eros corrió hacia la voz y repentinamente se topó con él, deteniéndose.

—Volvamos con Tommy, no podemos dejarlos a su suerte —dijo Billy rápidamente. Los brécuils ya estaban más cerca de ellos.

Cuando volvieron, Tommy los esperaba ya armado.

—Menos mal... que me has escuchado —dijo Billy, un poco inclinado hacia delante, con las manos apoyadas en sus muslos, volviendo a recuperar el aliento.

Él y Eros desenvainaron sus espadas.

—No te he escuchado con claridad, pero he sentido que los gritos eran alarmantes —dijo él—. ¿Qué ha pasado con Gillian?

—Lo han... asesinado —contestó Billy, intentando hacerlo sin brusquedad.

Los ojos de sus amigos se abrieron de par en par ante la noticia, pero no dijeron nada, solo se limitaron a agachar sus miradas.

—Deberíamos de salir al camino, allí hay más espacio para la lucha —indicó Eros—. Los caballos deben marcharse. No se irán muy lejos.

— ¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Gurt, preocupado, mientras ellos espantaban a los caballos con un pequeño azote en sus cuartos traseros—. Dadnos nuestras armas y os ayudaremos.

—No vamos a hacer eso. No nos vamos a fiar de vosotros —le respondió Billy, mientras corrían hacia fuera.

— ¡Maldita sea! ¡No queremos acabar como Gillian! ¡Nuestras vidas están en vuestras manos! ¡Déjanos defendernos, aunque sea! ¡No vamos a escapar! —replicó desesperado.

Cuando salieron al camino, Eros dio un gran suspiro y, después de desatar rápidamente la cuerda que mantenía los pomos de las espadas enganchados de una de las mochilas, cortó sus cuerdas y se las devolvió.

—A la primera que vea un pequeño movimiento sospechoso, seré yo el que os mate —les dijo seriamente, mirándolos a los ojos.

Los brécuils salieron a su encuentro, con las armas en alto.

Cada uno luchó contra uno, y, mientras estaban sumidos en la pelea, el enemigo que luchaba contra Tommy, lanzó un pequeño cuchillo dirigido hacia la cabeza de Gurt, pero fue detenido en el aire casi justo cuando iba a alcanzarle, por la espada de Eros, que luchaba a su lado. Gurt lo miró mientras su espada chocaba con la de su enemigo y se lo agradeció

asintiendo una vez con la cabeza.

Uno a uno, finalmente cayeron.

— ¿Estáis todos bien? —preguntó Eros, que acababa de sentarse en el suelo, con la espalda echada en el tronco de un árbol.

Todos asintieron, salvo Thork, que había sido herido en el brazo.

—Déjame ver —dijo Gurt, que se acercó a él para examinarlo—. El arma

no ha penetrado demasiado en la carne —se volvió hacia Tommy y los demás, que descansaban bajo la sombra de los árboles que había en la orilla del camino—. ¿Tenéis algo con qué curarlo?

Tommy abrió su bolsa, le dio unas vendas y le prestó su bota que llevaba un

poco de agua.

—Gracias —le agradeció Thork, con amabilidad.

—No hay de qué —respondió él, serio, mientras volvía a su sitio.

Eros se levantó y fue hacia ellos.

—Nos iremos en cuanto acabéis de eso —informó seriamente, refiriéndose a la herida.

—Iremos con vosotros, así que no hace falta que nos atéis las manos de nuevo. Nos entregaremos —indicó Gurt. Seguidamente, le limpiaba la sangre con un pañuelo empapado en agua

Thork gruñó debido al dolor.

— ¿Estás loco? —le protestó después a él.

—Ya has visto que no podemos huir, y, además, ellos han confiado en nosotros y nos han dejado defendernos con armas. Nos entregaremos y no se hable más —respondió, tajante. Hizo un nudo a la venda y se alejó de él para unirse a los demás, que ya estaban en pie, esperándolos.

Thork no lo rebatió más, simplemente fue tras él para ponerse en

marcha.

—Dejaré que vayáis sin ataduras, pero Tommy y Billy os vigilarán, como antes. Ah, y las armas devolvédmelas —les dijo Eros.

Tenían Kirthan de nuevo frente a sus ojos, después de haber caminado entre hermosos campos de cultivo. De día, aquella gran ciudad se contemplaba mejor.

Tan solo dos grandes arcos separados por una columna de estructura lisa y capitel con aspecto de hojas alargadas caídas hacia abajo elegantemente, formaban su entrada por el norte. A ambos lados de la calle principal, (solo en la parte de arriba), había estatuas de piedra grisácea separadas unos metros unas de otras, que adornaban el lugar, dando una sensación de majestuosidad. Los limoneros decoraban las calles con sus alegres colores, desprendiendo en el ambiente un aroma ácido. Las viviendas apenas se dejaban espacio entre ellas.

Eros, que recordaba dónde se encontraba el edificio de la guardia, los llevó hasta allí. De nuevo, había mucha gente en el camino, dándole alegría a la ciudad, y Tommy y Billy se aseguraron de no perder de vista a aquellos dos ladrones.

Llegaron al centro de la ciudad, donde la calle se ensanchaba de forma circular y más abajo volvía a estrecharse, y una fuente se erguía hermosa en medio de esta; contemplaron su belleza un momento.

Una bella mujer sonriente danzaba descalza sobre el agua junto con un hombre apuesto, en un pequeño círculo que ocupaba poco más que sus cuerpos. Lo rodeaba un borde de no más de cinco centímetros del cual salían pequeños chorros inclinados levemente hacia arriba, cubriendo de agua los pies de los bailarines.

—¡Que belleza! —exclamó Billy, mirando con asombro las hermosas caras felices de la pareja—. Ayer no me fijé en esta obra de arte; estaba demasiado adormilado para darme cuenta de ello.

—Ni yo la recordaba tan hermosa—dijo Eros, observándola atento—. Y creo que ninguno reparó en ella —sonrió burlón—. Si os fijáis, cuando los miras, parecen cobrar vida.

Tommy no les quitó la vista de encima a los ladrones, que se encontraban a su lado, también mirando la fuente, pero le echó un rápido vistazo.

—Sí que es bonita; algo bello para la vista, después de tantas cosas feas que hemos presenciado hasta ahora —hizo una pausa—. Y no es que quiera interrumpir este momento, pero debemos irnos —concluyó.

—Cierto —respondió Eros.

Se volvieron hacia el callejón de su derecha y llegaron hasta un pequeño edificio donde unos pocos soldados vestidos de uniforme de blanco y amarillo se reunían en el pequeño patio exterior, sentados en sillas, mientras hablaban entre ellos.

— ¡Perdonen! —interrumpió Eros. Todos los miraron, los cuales, algunos de ellos, se asombraron de verle—. Queríamos entregarles a dos ladrones que nos intentaron asaltar anoche —explicó, mientras Tommy los ponía por delante.

Uno de los soldados, de unos cuarenta años, el que parecía su capitán, se acercó a ellos y les echó un vistazo.

—Después de tanto tiempo sin vernos, te presentas con dos vulgares ladrones aquí —dijo, mientras se volvía hacia Eros, muy serio—. Me alegra verte —sonrió. Se acercó a él y lo abrazó; sus compañeros los observaban.

—Siento que no haya podido presentarme de otra manera —sonrió Eros.

—Áquelos me contó que te había visto por aquí.

Él asintió con la cabeza.

—El problema que nos toca resolver a mis amigos y a mí no me permitió venir a saludar, pero otro inconveniente me ha hecho estar de vuelta casi tan pronto como me fui.

—Ya veo —echó un ojo sobre los ladrones—. Intentasteis robar a la persona equivocada.

—Así es —asintió Gurt, sin ningún preámbulo.

—Hoy en día nadie se puede fiar ni de los caminos más seguros —dijo el soldado.

—Pienso lo mismo —asintió una vez con la cabeza.

—Tome. Son sus armas —se las alcanzó Billy.

—Gracias.

—Debemos marcharnos ya —avisó Eros a su conocido—. Lamento no poder quedarme por más tiempo. Espero volvamos a vernos alguna vez, con menos prisa que hoy.

—Antes de que te vayas, ¿podemos hablar a solas? —le preguntó.

—Claro —asintió él.

El soldado se dio la vuelta y lo llevó dentro del edificio.

Era una sola sala con las paredes decoradas con escudos amarillos y negros y viceversa, con un sol dibujado en su centro, y un mapa de la ciudad. Había una mesa repleta de papeles y una caja de tinta con una pluma blanca al lado; solo dos sillas la acompañaban.

Un silencio se apoderó de ella.

— ¿Qué quieres decirme, Sredick? —preguntó Eros, llenando la estancia con su voz inquisidora, mientras el soldado miraba hacia el mapa, dándole la espalda.

Este se volvió hacia él con expresión seria.

— ¿Sabes algo de lo que está ocurriendo en Lerian? —preguntó.

—Apenas sé nada, tan solo lo que me dijo Áquelos, que las actividades de nuestros enemigos se están volviendo más frecuentes.

— ¿Seguro que no me ocultas nada? —lo miró de arriba abajo, para después posar sus ojos inquisitivos en los de él.

—Tan solo sé esto. No sé a qué viene esa desconfianza —respondió calmadamente.

Sredick quitó sus ojos de encima y se apoyó contra la mesa.

—Sabes... —comenzó a decir con su mirada puesta en el suelo—, hace una semana tres de mis hombres murieron a manos de un pequeño grupo de breuils. Los mandé a una misión de captura y no volvieron jamás en vida; viendo que tardaban demasiado en volver, fui a buscarlos personalmente con otros dos de mis hombres, pero nos encontramos sus fríos cuerpos tendidos en el suelo, junto a dos de ellos —volvió a mirarlo a la cara—. ¿Y qué me encuentro ahora?, que poco después apareces tú con dos amigos tuyos y dos supuestos ladrones y, ¿pretendes que me crea todo ese cuento de que os intentaron asaltar? Al principio te he creído, pero he visto tu arma —la señaló con el dedo, con el rostro enfurecido—;

esa espada pertenece a la escoria de Córcum; la conozco muy bien porque eran las armas que portaban esos dos monstruos.

Eros la miró un momento después de que Sredick lo pillara desprevenido.

—Espera un momento —se volvió hacia él seguidamente y se intentó acercar, pero Sredick dio un paso hacia atrás—. No es lo que piensas.

— ¿Que no es lo que pienso? Creo que tú has intentado infiltrar a esos dos falsos ladrones para acabar con nosotros desde dentro; no llevaban ni ataduras en las manos. Sé que estas con Córcum.

Eros rio ante tan tonta acusación. La cara de Sredick se volvió aún más violenta.

— ¿Cómo piensas que yo pueda estar bajo las órdenes de tan semejante monstruo? En serio —su expresión se volvió seria—, ¿de verdad crees eso de mí aun cuando yo te he ayudado en varias ocasiones a atrapar a gente o a esa clase de escoria, o incluso a enfrentarla? —desenvainó su arma y la tiró al suelo.

Sredick se sobresaltó al principio, creyéndose amenazado, casi a punto de sacar su espada también, pero no dijo nada, simplemente las palabras no salían de su boca.

—No voy a matar a nadie o a hacer algo malo. Tan solo nos enfrentamos a una muchedumbre peligrosa y mi arma se quebró —mintió un poco sobre eso—, y para poder defenderme tuve que coger un arma enemiga. Así que no tengo nada que ver con Córcum, ni miento sobre los ladrones, ni pretendo hacer daño a nadie. Y respecto a los ladrones, ellos decidieron entregarse, yo confié en ellos y los trajimos hasta aquí sin atar sus manos, pero bajo vigilancia. Parece que ya no eres tan perspicaz como antes.

Sredick seguía sin habla.

—Creo que la muerte de tus soldados no es tuya, y también pienso que te está afectando demasiado para andar con esas conclusiones con viejos amigos —su voz sonaba seria—. Me marcho ya; pienso que he perdido un tiempo valioso.

El soldado cayó contra la pared, aturdido, arrepentido de haberlo acusado de tal cosa, enterrando por ello su amistad a mucha profundidad bajo tierra. Eros tenía razón, la muerte de sus hombres le había afectado y por ello se había comportado como un necio.

Eros, sin recoger el arma, salió del edificio en dirección a sus amigos.

—Podemos irnos ya —dijo, como si nada hubiese sucedido.

Tommy y Billy sabían que algo había pasado, pero no preguntaron.

Eros dirigió su mirada a los ladrones.

—Espero que, si alguna vez el destino hace que nos encontremos de nuevo, seáis otra clase de personas. Hasta siempre.

Los dos callaban mientras los observaban darse media vuelta a los tres para marcharse y, repentinamente, Gurt habló:

—Gracias por habernos protegido de esos brécuils. Espero que alguna vez volvamos a vernos en mejores circunstancias.

Los tres se volvieron para mirarlo y asintieron una vez con la cabeza. Finalmente, tomaron distintos caminos y se alejaron de Kirthan nuevamente.